

Víctor Sueiro

La gran esperanza

Más allá de la muerte hay un
sendero de luz y sabiduría
que todos debemos recorrer

Biblioteca Víctor Sueiro  Planeta

ÍNDICE

Portadilla

Legales

Dedicatoria

Ante todo

1. Coqueteos con la muerte
2. Asombros y razones
3. El ángel del amor
4. Reacciones ante la muerte
5. Encuentros muy cercanos
6. La fe y la ciencia
7. El espectáculo debe continuar
8. Los códigos del Más Allá
9. Un caso muy particular
10. La luz, la luz
11. Más allá con los niños
12. Nadie puede explicar esto
13. Confianzas y desconfianzas
14. Algo está ocurriendo

Ernesto Sabato

Después de todo

La gran esperanza

Víctor Sueiro

La gran esperanza

**Más allá de la muerte hay un sendero de luz y sabiduría
que todos debemos recorrer**

Sueiro, Víctor

La gran esperanza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2013.

E-Book.

ISBN 978-950-49-3721-0

1. Metafísica.

CDD 110

Diseño de cubierta: Departamento de Arte del Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

© 1991, Víctor Sueiro

© 2008, Herederos de Víctor Sueiro

Todos los derechos reservados

© 2013, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: noviembre de 2013

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-3721-0

*A mi hija Rocío, por cinco motivos.
Primero porque la amo.
Los otros cuatro sobran.*

*Otra vez a mi mujer, Rosita; mi mamá, Haydée; a mi hijo postizo Alfredo Cartoy Díaz;
a mis amigos. Por ser precisamente míos y yo de ellos.*

A lo mejor de cada uno de ustedes: el alma.

MUCHAS GRACIAS, POR DIFERENTES RAZONES, A:

Ernesto Sabato, Monseñor Miguel Ángel Irigoyen, Monseñor Justo Laguna, teólogo Pde. Juan Borrego, Dr. David Bendersky, Connie Markram, Dr. Luis de la Fuente, Pde. Manuel Morales, Dr. Jorge Wisner, Indra Devi, Dr. Jorge Rago, Dr. Kenneth Ring, Jorge Cupeiro, Dr. Rubén Posse, Pde. Héctor Moreno.

A todos los que aquí dan su testimonio personal con sus nombres y apellidos reales, sumándose con eso a la hermosa tarea de alcanzar esperanzas a los demás. También mi agradecimiento y mis disculpas a más de cincuenta casos que no fueron incluidos en el libro por temor al exceso, pero cuyos datos guardo.

A todos ustedes que en cualquier lugar público o por teléfono o por carta me dieron con sus palabras más amor del que merezco.

—Hay algunos que no quieren aceptar ciertos hechos asombrosos sólo porque no los pueden comprobar de manera científica... Lo que yo no entiendo, Don Ernesto, es que entre ellos parece haber gente inteligente...

—Precisamente por eso, Víctor. Porque son *nada más* que inteligentes.

(Fragmento de una charla con uno de los más importantes y fundamentales pensadores del mundo actual, Ernesto Sabato.)

Ante todo

Meterme otra vez en este tema es como caminar sobre burbujas calzando zapatos de buzo y pretender no reventar ninguna. Lo sé. Pero también sé que debo hacerlo, por mí y por cada uno de ustedes. Poco después de comenzada mi adolescencia sentí lo que la mayoría de las personas sienten en esta etapa: una gran necesidad de hacer algo por el mundo. Muy sanito todo, muy idealista, pero poco efectivo en la realidad. Algo mayor, supe que ese desesperado amor por el género humano debía ser empleado de una manera más razonable, persona por persona si era necesario. Ni siquiera esto era muy fácil. ¿Cómo ayudar al mundo si a veces no podía ayudar a una sola persona que lo necesitara? La cosa explotó con toda su potencia cuando Alguien decidió que tuviera que vivir mi experiencia de muerte clínica, mi Gran Experiencia. Lo que sentí, los testimonios que recogí después y las opiniones de cardiólogos, neurólogos, filósofos, teólogos, sociólogos y especialistas hicieron nacer a *Más allá de la vida*, el libro anterior, donde se rastreaban respuestas para la pregunta más importante que el hombre se hace desde que piensa: ¿qué ocurre cuando morimos? Allí había logrado reunir poco más de una docena de testimonios de personas que habían pasado por lo mismo que yo. En ese momento me parecieron muchos pero, a raíz de su publicación y de las innumerables notas periodísticas gráficas, radiales y televisivas —que nunca podré agradecer lo suficiente— comenzaron a llamar o a escribir otras personas que contaban, también, su Gran Experiencia. Hoy guardo en mi archivo más de un centenar de casos, comprobados con nombre y apellido, de esos compañeros de viaje; datos específicos de los médicos que los atendieron, fechas, horas, lugares donde ocurrió la maravilla y mención de los institutos profesionales en los que fueron internados, además de sus pormenorizados relatos grabados o manuscritos. A esto se sumaron decenas de otras personas que habían perdido a sus seres queridos y buscaban el regalo de la Esperanza, aportando a su vez un puñado de historias extraordinarias acerca de los últimos momentos de aquellos a quienes amaban y, también, de situaciones misteriosas posteriores a esos fallecimientos. No me hicieron sentir nunca como el «especialista en la muerte», sino como el «especialista en la Esperanza». Eso, además de proporcionarme un infinito placer, me demostró que sí hay cosas que se pueden hacer para ayudar al mundo, para ayudar al prójimo, devolviéndome con toda su fuerza mi loco sueño de adolescente.

Ahora, con este segundo librito sobre el tema, volvemos a estar juntos en el mismo bote. Ustedes sienten miedo a la muerte, pero también sienten la necesidad de que algo o alguien les aplaque ese miedo, les achique la ansiedad; de no ser así, no tendrían este libro en sus manos. Yo, por mi parte, seguí investigando durante un año entero con plena

dedicación. Todos los hechos y las personas aquí mencionados son reales, así como sus nombres y apellidos. Esto reforzó mucho más mi idea acerca de la existencia de una vida después de la vida; de no ser así, tampoco tendrían este libro en sus manos.

No pretendo convencer a nadie de nada. Sólo relato hechos reales.

No soy curandero, ni gurú, ni pastor, ni profeta, ni sacerdote, ni místico, y no tengo ningún poder especial diferente del de ustedes. Simplemente relato, con una honradez que llevo con orgullo desde siempre, lo que otros me contaron y yo mismo sentí. Sin discriminaciones religiosas o raciales de tipo alguno, sino, por el contrario, con un afán desesperado de sumar en lugar de restar.

La idea sigue siendo desdramatizar la muerte. Demostrar, en lo posible, que es un auténtico principio —maravilloso— y no un final.

Responder con ejemplos y con la Fe a preguntas tales como: ¿puede ser todo tan estúpido como para terminar, en un cerrar de ojos, sin que siga algo después?, ¿qué es la muerte, en realidad?, ¿qué ocurre con lo más importante de nosotros, a lo que yo llamo alma y ustedes pueden llamar como se les antoje, pero jamás negarlo?

Esta vez, a cada centímetro que avanzaba no dejaba de sorprenderme, de descubrir una nueva señal, de sentirme más seguro de que este reparto de esperanzas no era una ficción sino una certeza, la más bella.

Esta vez se sumaron nuevas opiniones de profesionales, muchos de los testimonios de viajeros —no todos, por razones de espacio y para no abrumar—, material especial de las investigaciones realizadas en institutos de los Estados Unidos, experiencias con chiquitos de cinco a quince años, opiniones de teólogos, relatos de personajes famosos.

Esta vez se incluye una inolvidable charla con una de las mentes más lúcidas del mundo contemporáneo, Ernesto Sabato, un «abridor de mentes» que hace cuarenta años se enfrentó con coraje y sabiduría de adelantado, por entonces, a los positivistas del «ver para creer». Un lujo mundial, viejo. Un lujo mundial.

El lenguaje de este librito no cambió mucho con respecto al anterior. Sigue siendo directo y emotivo más que literario. Sigue siendo un grito de luz que pretende desgarrar la oscuridad y los miedos, hablándoles más que escribiéndoles.

Hasta desde el mismísimo Himno Nacional nos vienen a recordar a los argentinos que tarde o temprano vamos a estirar la patita. Empieza diciendo «Oíd, mortales...» para que no tengamos dudas de que lo somos. Es cierto, somos mortales. Pero también eternos, que es mucho más importante. Lo único que muere, que desaparece, es el cuerpo; de allí que el verdadero problema de la muerte sean los que quedan y no los que se van. Aquí la pretensión es apuntalar a unos y a otros, y patearles las encías (me asombra estar tan recatado y haber escrito «encías» tan finamente) a los escépticos porque sí. Algunos de ellos se preguntarán, por ejemplo, por qué los primeros libros contemporáneos sobre el tema de la vida después de la vida (doctor Raymond Moody; doctora Elizabeth Kübler-Ross) recién aparecen con testimonios de sus pacientes en los primeros años de la década del sesenta, sumándose, año tras año, desde entonces. ¿Por qué antes no, eh?, preguntarán montados en una soberbia que les costará domar. La respuesta es muy sencilla: los primeros métodos de reanimación y resucitación nacen precisa y casualmente

en 1960. Por consiguiente, es a partir de entonces que personas que sufrieron paros cardíacos, por ejemplo, pueden ser devueltos a la vida y contar lo que sintieron. Antes de eso, simplemente seguían el viaje. Si quieren ponerse científicos, muchachos, esto es pura ciencia.

Cuando escribo estas líneas ya han pasado trece meses y trece días desde aquel en que mi corazón se detuvo y mis pulmones dejaron de funcionar. Estaba clínicamente muerto. El doctor Jorge Wisner y su equipo del Sanatorio Güemes me trajeron de regreso con un oportuno choque eléctrico, poco antes del mediodía del 20 de junio de 1990. Todo duró cuarenta segundos. La muerte, digo. Ese día, en lugar de los cien mil latidos que cualquier corazón produce cada veinticuatro horas en un ser humano, el mío decidió descansar y no originó alrededor de 50 pulsaciones. Mudo como un pez. No parece mucho, pero la cifra es feroz cuando pensamos que si su silencio hubiera continuado apenas unos 150 bombeos más yo no estaría ahora escribiendo esto, y ustedes estarían leyendo tal vez el *Ulyses* de Joyce —que es tan aburrido, con todo respeto— o una revista de actualidad que, con las cosas que pasan en el mundo, es la mejor ficción a la que uno puede tener acceso en los últimos años. Pero el caso es que aquí estoy. Al menos hasta el momento de haber terminado de escribir esta frase. Ni siquiera prometo terminar la que sigue. Sin embargo, este sentimiento de aparente inseguridad es todo lo contrario. Por todo lo investigado, por todo lo vivido, por todo lo sentido, el asumir la idea de la muerte física y convivir con ella con naturalidad significó sacarme una carga pesada de encima. No vayan a imaginar que me creo Indiana Jones ni cosa parecida. Cada noche, al apagar la luz y apoyar la cabeza en la almohada, rezo un poquito como siempre —por los demás y por mí mismo—, mientras no puedo evitar preguntarme si al día siguiente continuaré en este mundo. Pero no me miren raro. No hay dramatismo en esa muda pregunta. Apenas ansiedad, por un lado, y pena por el otro, cuando pienso en mi hija, mi mujer, mi mamá, mis amigos. Odiaría que sufrieran. No deben hacerlo si creen en mí. Mientras tanto y por las dudas, vamos a amarnos con todas las ganas y dejarnos de joder con arruinar la vida por pequeñeces.

Quiero confesar aquí que, a veces, extraño tanto aquella Luz, aquella Paz Total, que debo hacer grandes esfuerzos para no deprimirme. Sin embargo, la Vida y la Gente me parecen más hermosas y brillantes que nunca. Ante el misterio de lo que sigue después de la muerte física, la ciencia no tiene ni la menor respuesta; la filosofía juega con algunas teorías; la religión apela a la fe. Queda lo empírico, el producto directo de la experiencia humana de algunas personas que ya no temen al «qué dirán» y cuentan —contamos— lo sentido. Tal vez ese grupo sea una especie de avanzada de lo que sería (¿quién puede dudarlo?) el hallazgo y la respuesta más grande en toda la historia de la humanidad. Cada segundo que pasa nos acercamos al momento de la despedida física. Por eso cada segundo merece ser vivido en positivo, saboreándolo y como se nos dé la gana, siempre y cuando al hacerlo no estemos embromando al prójimo.

Claro que para vivir con todo hay que vivir sin miedos. Y el miedo más grande es el miedo a la muerte. Este librito pretende disminuirlo, al menos.

Este librito, que habla de la muerte, es un homenaje a la Vida.

VÍCTOR SUEIRO
Agosto 1991

UNO

Coqueteos con la muerte

«... levantó suave y temblorosamente la solapa de mi saco. Yo bajé la cabeza y miré mi propio pecho cubierto de sangre.»

Sonaron tres disparos de un arma calibre 38.

En ese momento yo no sólo ignoraba el calibre: ni siquiera sabía que eran disparos; mucho menos podía imaginar que dos de aquellas balas me habían atravesado.

Eran las 20 y 30 de la templada noche del 19 de octubre de 1962. Yo tenía diecinueve años, una perra negra atorranta y cariñosa a la que llamaba Diana en honor a una noviecita que me había desairado en mi adolescencia, un único traje oscuro con rayas muy finitas y con chaleco ya que era casi de rigor para un estudiante de abogacía de aquellos tiempos —que hoy me latén como más viejos que la injusticia— y tenía, también, un descomunal deseo de cambiar el mundo.

Los tres estampidos sonaron como cañonazos, amplificados por la galería marmórea y enorme de la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Pocos minutos antes se había frustrado una conferencia del español Giménez de Asúa por un pequeño detalle: un grupo que seguramente no estaba muy de acuerdo con las ideas reformistas del filósofo había irrumpido en el aula 1 para hacer conocer su opinión, armados con cadenas, palos, cachiporras y alguna que otra lindeza a la que ya por entonces uno se había acostumbrado si era estudiante. Gran desbande. Gritos, empujones, patadas, trompis, palabras vociferadas que harían sonrojar a un cosaco borracho; todo muy didáctico teniendo en cuenta el lugar donde ocurría. Desde aquel primer piso, los que pudimos descendimos a la planta baja.

De pronto me sentí caminando por la galería en cuestión, mientras a mi derecha y a mi izquierda varios jóvenes, varones y mujeres, corrían tratando de alcanzar la puerta que se abría más adelante hacia una salvadora escalera que daba a la biblioteca de la

Facultad. Muy metafórico lo de mis compañeros corriendo a mi derecha y a mi izquierda, ya que —si bien por entonces me creía un reformista en lo que hacía a la universidad— no me ligaba absolutamente nada a la política. Yo estaba allí porque ya trabajaba como cronista volante arrojando información a Fernando Veronelli, mi muy querido e inolvidable cascarrabias jefe a cargo de la sección policiales del viejo diario *El Mundo* y de la revista *Careo*, un entrañable catálogo de hechos sangrientos. Por esa condición de periodista y por mis diecinueve años era casi razonable que sintiera que Clark Kent era Bugs Bunny comparado conmigo. Sólo así se entiende que, al ver correr a mis compañeros y sentir a mis espaldas una rugiente multitud de la que no me separaba más de una veintena de metros, yo continuara caminando a paso normal. Recuerdo con total nitidez que en un momento, haciendo gala de una asombrosa estupidez que me acompañaría luego en varios momentos futuros de mi vida, pensé: «...Caminando, con las manos en los bolsillos y de espaldas, no me van a hacer nada...».

En el momento en que terminé de pensar la palabra «nada», sucedió todo. Sonaron los tres cañonazos y, aturdido por el estruendo, en el mismo momento sentí un golpe en mi hombro derecho, como si me hubieran pegado con la parte plana de un trozo de madera. Golpe seco, duro, pero indoloro. Recién allí —y más que nada por el estruendo— dejé a Clark Kent para las historietas y corrí hacia las escaleras, advirtiéndome, además, que yo era el único que había quedado en la galería. Supongo que mi cociente intelectual de entonces debía medirse en números negativos. Subí a los saltos y, una vez arriba, me topé con un nutrido grupo de estudiantes asustados que habían salido de la biblioteca. Uno de ellos era mi compañero Néstor Romero, quien, si lee estas líneas, se asombrará de que lo recuerde, ya que no volvimos a vernos en los últimos veintiocho años.

Me puse frente a él y, aún agitado, le dije:

—Negro, mejor demos la vuelta porque abajo están tirando petardos...

Eso es lo que mi pobre cerebro había deducido: petardos. Por un lado, porque era muy común que se usara ese tipo de método intimidatorio y, por el otro, porque, al no sentir dolor alguno, no se me ocurría ni en la peor de las pesadillas que me hubieran baleado. Néstor Romero, morocho él, se puso blanco como si hubiera donado cinco litros de sangre en ese segundo. Me estaba viendo de frente, y observaba mi pecho. Con una voz quebrada y finita que nunca le había conocido, me dijo:

—¿Qué petardos?

Mientras lo decía, levantó suave y temblorosamente la solapa de mi saco. Yo bajé la cabeza y miré mi propio pecho cubierto de sangre. Supongo que allí me sobrevino una especie de shock. No me puse histérico, no bramé por un médico, no grité, no lloré, ni siquiera elevé el tono de voz cuando, refiriéndome al domingo siguiente, del que nos separaban apenas 48 horas, solamente dije en un irreflexivo pero cariñoso acto edípico:

—Qué lindo Día de la Madre le voy a dar a mi vieja...

Abajo se escuchó una ráfaga; enseguida disparos aislados, gritos. Una chica que recién salía de la biblioteca, pobrecita, se encontró de repente conmigo, ensangrentado, mientras me quitaban cuidadosamente el saco, y vomitó sobre sus apuntes que seguramente le habían llevado por lo menos una semana de trabajo. Yo estaba con el torso desnudo y la

camisa, coloreada en rojo, apretada contra el orificio de salida de la bala, por sobre la tetilla derecha a la altura del hombro; Néstor me cubrió las espaldas con el saco de mi único traje oscuro a rayas finitas y, abrazándome, me llevó por esos largos pasillos buscando cómo salir del edificio. Seguían sonando disparos en alguna parte; Néstor me apretaba fuerte mientras caminábamos y me decía: «No es nada, no es nada», mientras lloraba sin poder evitarlo.

Yo —hijo del shock— lo consolaba, le decía que no se hiciera problema, y le aseguraba que no sentía ningún dolor. El chaleco de aquel traje quedó allí, seguramente tirado en algún rincón, con toda su dignidad perdida sin poder disfrazar de estudiante de abogacía a ningún otro.

Luego logramos salir del imponente y peligroso edificio. Le rogué que cruzáramos la avenida. Entramos, en esa lamentable condición, en la confitería «De las Artes» (que aún existe en ese mismo lugar), y desde allí un azorado barman me dejó hablar por teléfono. No llamé a una ambulancia, ni a mi madre, ni a un amigo. Llamé a mi jefe, Veronelli, para pasar la información de lo ocurrido y para que enviaran fotógrafo y cronista a la Facultad. Sólo alguien con tinta en las venas puede entender aquella actitud. Bendito sea quien la entienda.

Finalmente, un auto cuyo conductor se compadeció de las señas desesperadas de Néstor se detuvo, me llevó velozmente al Sanatorio Agote —el más cercano—, y salió disparado para no meterse en líos, porque, a esa altura, yo era un lío para cualquiera.

Primera sorpresa: el Agote era, por entonces, básicamente una maternidad. No era precisamente el lugar más indicado para atender a un tipo baleado y sangrante. Sin embargo, los médicos me llevaron a una sala de partos (¿una metáfora, tal vez?) y me practicaron la revisión inicial mientras esperábamos una ambulancia para el traslado.

Segunda sorpresa: tres médicos y algunas enfermeras rodeaban a aquel fenómeno que era yo, ya que un baleado en una maternidad es tan común como un astronauta en la corte del rey Arturo. Los médicos insistían en hacerme sentar en la camilla, ponerme una gasita en la boca y pedirme que tosiera bien fuerte. Yo lo hacía, ellos miraban la gasita que se mantenía inmaculada y luego no dejaban de repetirse entre ellos, y también a mí: «No puede ser, no puede ser... Tiene que escupir sangre...» Confieso que llegué a sentirme casi culpable por no hacerlo. Ya no sangraba por la herida del hombro y, para el asombro de los galenos —que se portaron de maravilla y de los que ni siquiera supe sus nombres para poder agradecérselo—, tampoco tenía el menor vestigio de sangre en mi boca. En ese momento yo no entendía por qué «no podía ser». Luego supe que, por el orificio de entrada de la bala, se suponía que tendría que haber rozado, al menos, mi pulmón derecho. Pero no.

Tercera sorpresa: ya me habían vendado el hombro y la ambulancia estaba llegando, cuando una enfermera que rodeó la camilla por el lado de los pies se detuvo mirándome la pierna izquierda enfundada en mis pantalones y preguntó enarcando las cejas como en los dibujos animados: «¿Y esto qué es?» Nunca fui gran cosa de aspecto, pero no era como para que una mujer me mirara tan fijamente y lanzara aquella pregunta. Pero no se refería a mí; al menos no a mi integridad física total. Se refería a un par de agujeros en

mi pantalón, a la altura de la rodilla izquierda, y a esa mancha pegajosa y oscura que se confundía con el color de mi traje, ese que era el único y que ya les describí. En menos de un minuto cortaron el pantalón con una tijera dejándome definitivamente sin mi uniforme de estudiante de abogacía y sin qué ponerme si en los siguientes días tenía que asistir a un casamiento o algo por el estilo, y descubrieron el segundo balazo. Orificio de entrada y orificio de salida. No tocó ni rozó un solo hueso, una sola arteria, una articulación. Nada. Sólo músculos. Por eso ni siquiera lo había advertido yo mismo: no sentía dolor ni molestia alguna. Hoy, casi tres décadas más tarde, aún se pueden apreciar a simple vista los dos orificios. Pero en todos estos años jamás sentí dolor alguno ni allí ni en el hombro.

La ambulancia me llevó, por mi cobertura médica de entonces, al Sanatorio Güemes. Sí, el mismo donde veintiocho años después fuera devuelto a la vida después de mi muerte clínica sobre la que versa el libro anterior: *Más allá de la vida*. ¿Otra casualidad? ¿Es que existen realmente las casualidades? Ya lo veremos más adelante.

Radiografías, estudios, análisis y toda la batería. A la mañana siguiente, con mi nombre en los diarios como uno de los estudiantes heridos en el tiroteo de la noche anterior, me visitaron dos médicos.

Luego supe que uno de ellos era el director del lugar. Fue el que me preguntó:

—¿Qué día cumplís años?

—El 9 de febrero, doctor.

—Vas a tener que cambiar la fecha. Yo te diría que debés festejar tu cumpleaños todos los 19 de octubre, porque naciste de nuevo...

—Pero yo no siento nada, doctor...

—Sí, te creo... Ocurre que la bala que entró por la espalda tenía que atravesarte el pulmón necesariamente, dada su trayectoria, pero rozó apenas el borde del omóplato y debido a su velocidad se desvió hacia arriba; así te salvaste...

—Dios mío... Me hubiera perforado el pulmón. Hubiera muerto.

—Tal vez no, pero seguro que no hubieras podido seguir caminando. Pero eso no es todo... Cuando la bala se desvía sube en su trayectoria hasta atravesarte de lado a lado... Aquí, pegada al costado del cuerpo y bien arriba, está la arteria axilar, que es como un caño rebosante de sangre... De allí se desprende la subclavia, que está conectada en forma directa con el corazón... Hay un punto, un único y pequeño lugar, donde las dos, superpuestas, forman un ángulo. Si la bala hubiera dado en cualquiera de las dos habrías muerto en muy poco tiempo, desangrándote y con pérdida de conocimiento... Pero la bala pegó y atravesó exactamente ese punto del ángulo, debajo del lugar donde se superponen, sin rozarlas, traspasando nada más que músculos y grasa... El orificio de entrada de la bala está en tu espalda, a unos veinticinco centímetros por debajo del hombro derecho. El de salida en la misma línea vertical, en el pecho, pero sólo a unos cinco centímetros por debajo del hombro... Y todo eso sin tocar absolutamente nada vital en una zona llena de elementos vitales...

—Por eso me hacían toser en la gasita...

—Seguro. Era casi imposible que no escupieras sangre. Por eso hoy sos el asombro de

todos nosotros. Uno en un millón, pibe... Uno en un millón... Feliz cumpleaños...

Veinticuatro horas más tarde estaba en mi casa. Justito para el Día de la Madre. Ni siquiera tuve tiempo de tener miedo, tan rápido pasó todo.

Es la primera vez en mi vida que hago público este hecho, absolutamente real en cada uno de sus detalles, aun en el más mínimo. En una ocasión, hace cuatro o cinco años, lo conté, pero muy superficialmente y quitándole todo lo cruento, en un programa de Hugo Moser que se llamó algo así como *Protagonistas del 2000*, porque eran chiquitos de no más de doce años los que preguntaban lo que querían al invitado. Uno de los «protagonistas», un varoncito, me había preguntado si alguna vez en mi vida había estado en peligro de muerte. Recuerdo que el mismo Moser me confesó luego su asombro por la pregunta y por la respuesta, ya que solamente mi familia y mis más íntimos amigos conocían esta historia. Aún hoy no termino de comprender por qué aquel chiquito quería saber eso de mí, siendo aquélla una pregunta nada habitual en un reportaje y mucho menos en boca de alguien de su edad. Faltaban años para mi experiencia de muerte clínica y, repasando el video —que aún conservo— de aquel programa, advierto que no hablábamos de nada que se ligara a semejante tema. Varios años después, no hace mucho, otra de las cosas que descubrí en la investigación periodística para el libro anterior y para éste, fue que los más chiquitos tienen —y no se trata de creencias de viejecillas, sino de comprobaciones de tipo científico que no albergan la menor duda— una sensibilidad, una intuición, una percepción y un poder sensitivo sencillamente fuera de lo común. También de eso hablaremos más adelante, y se asombrarán de la misma manera en que yo me asombré y aún me asombro.

Otros coqueteos

El caso es que hoy me decidí a contar con detalles esta historia por primera vez por una razón fundamental. Desde mi retorno de la muerte clínica, desde mi Gran Experiencia, me pregunté muchas veces por qué fui alcanzado por esa tan bella gracia, y no logré encontrar merecimientos personales como para que así ocurriera. No la estoy jugando de humilde ni de modesto. Simplemente, creo que algo tan maravilloso como lo que me tocó sentir debe ser ganado y, si bien sé que jamás hice mal a nadie, sé también que no tengo los atributos de un santo. Fue cuando surgió la otra posibilidad: tal vez me fue permitido sentir todo aquello para volver a contarle de esta manera, en el idioma de todos los días, desprovistas las palabras del dramatismo que siempre se le da a la muerte, sin complejos de tipo científico que hubieran podido atarme o amordazarme en algunos párrafos, sin depender de nadie más que de cada lector, con entera y absoluta libertad. Eso encajaba mejor. Casi enseguida, hice una suerte de rápido repaso por los momentos de mi vida en los que pude haber muerto y no ocurrió; nunca lo había hecho y yo mismo

me sorprendí.

Aquella vez de los balazos, a los diecinueve años, fue una, pero desde chiquito me rondaba el último minuto con asiduidad.

Apenas había dejado de ser un bebé cuando enfermé de difteria, un mal peligrosísimo y casi siempre mortal en aquella época, hace más de cuatro décadas. Dos años más tarde volvió a atacar, y con más furia que la primera vez. En ambos casos, fue la lucha de mis padres por aquel hijo único que parecía irse de sus manos lo que me salvó; eso, más una internación prolongada y una increíble cantidad de millones de unidades de penicilina, tantas que, por años, mi cuerpo no soportó ningún tipo de antibiótico. Estaba atiborrado, borracho de penicilina.

Tan chiquito.

Tenía quince años cuando una noche, en una plaza del barrio de Villa Luro, había una suerte de festival del rock, que por entonces recién nacía. Yo estaba allí, con un grupo de amigos de pelo largo, patillas a lo Presley, jeans y campera de cuero, correteando en la oscuridad para intentar una mejor ubicación. Mi miopía, mi despiste habitual y la falta de previsión municipal me hicieron caer como en una zambullida en el pozo donde el jardinero guardaba sus herramientas. Unos tres metros de profundidad y paredes y piso revestidos de un cemento del que puedo dar fe de su dureza. Podía haber sido fatal, pero todo quedó en siete puntos de sutura en la cabeza, cinco en el mentón, una especie de descalabro general y nuevo susto para mis padres, pobres. A los veintitrés años y en plena Avenida del Libertador, a la altura de la estación de Olivos, volvíamos con Eduardo Forte (actual jefe de fotografía de la Editorial Atlántida) de hacer una nota, algo apurados, ya que era día de cierre de edición. En ese momento se cruzó un camión con acoplado, al que ahora recuerdo como si hubiera sido el edificio del Sheraton que avanzaba lentamente para obstruirme el paso. Intenté esquivarlo. El paragolpes del Sheraton rozó la frágil cola de mi Renault Dauphine, pequeño e indefenso como un bebé de lata. Volcamos: cuatro vueltas completitas sobre el asfalto. Era como si nos hubieran metido en una licuadora gigante. Era la muerte allí, esperando en cada pirueta en la que todo se rompía, los vidrios estallaban, la nafta se desparramaba por todas partes, y nosotros ni siquiera gritábamos, supongo que porque ya nos habíamos entregado y de nada servía gritar ni hablar ni pensar. Resultado: terminamos siendo rescatados del auto, que había quedado patas para arriba (en realidad gomas para arriba), y aparte de sentirnos como un trapo estrujado y con tantos raspones sanguinolentos como para una película de terror, no nos ocurrió otra cosa.

Muchos años después —el 20 de junio de 1990— llegó el paro cardiorrespiratorio, del cual me recuperaron para la vida el doctor Jorge Wisner y su equipo, y del que nació, por todo lo que sentí durante mi muerte clínica, lo que originó la primera investigación periodística sobre el tema, que produjo la aparición de *Más allá de la vida* y ahora de este otro librito.

Veinticuatro horas más tarde —y sin que nada tuviera que ver con el paro en cuestión— tuve un infarto. Estos estallidos arteriales producen un dolor similar al de un filoso cuchillo removiéndose lentamente bajo el tórax, casi con morbosidad. Un dolor que no

suele superar casi nunca las cuatro o cinco horas, ya que si continúa después de ese lapso la situación es sensiblemente más delicada, y uno está caminando por el borde de un bisturí cada vez más cercano. El goteo de morfina endovenosa marea, atonta, embota, pero el dolor sigue allí, instalado. Queda dicho: cuatro o cinco horas, a lo sumo. En mi caso —cuidado permanentemente como un bebé por el doctor Wisner, el doctor Luis de la Fuente, que es el jefe de hemodinamia, los médicos y el personal de enfermería de la unidad coronaria del Sanatorio Güemes, mi amigo Alejandro Armani y toda la gente del lugar, benditos sean— no duró cuatro o cinco horas. Duró treinta y tres largas, penosas, abombadas y difíciles horas que bien podrían haber sido las últimas. Como para el libro de récords. Pero zafé una vez más. No sé cómo, pero zafé.

En septiembre de ese mismo 1990 —año duro— ya estaba en casa. Una mañana me levanté y el dolor abdominal que me tenía a mal traer desde hacía unos días se transformó en una patada de mula en el costado derecho del vientre. Me doblé en dos y ya no pude moverme: la patada era insoportable. Ambulancia de emergencias. Para saltar detalles: fui internado en el Güemes (ya es mi segundo hogar) a las doce del mediodía del viernes 7 de septiembre, y a las ocho de la noche estaba boca arriba en uno de los quirófanos, con el doctor David Bendersky y su equipo rodeándome y haciéndome chistes para aflojar la tensión. Supongo que la mía y la de ellos, ya que debían intervenirme de urgencia, aplicarme anestesia total y correr todos los riesgos que esto implicaba, sumados a mi infarto de apenas sesenta y ocho días atrás. A las diez de la noche, mi hoy amigo Bendersky le decía a mi mujer, Rosita, en el pasillo de la unidad coronaria adonde me habían devuelto por si surgía alguna complicación: «Gracias a Dios que lo operamos hoy mismo. Le extirpamos la vesícula, tapada de barro biliar y cálculos, pero lo peor era que estaba en el borde exacto de una peritonitis y de una septicemia, es decir, una infección que se hubiera desparramado por todo su organismo y puesto la situación casi en el terreno de lo irremediable, sobre todo teniendo en cuenta su reciente infarto. Todo este desastre se hubiera desencadenado en unas pocas horas más...»

La única pena de Bendersky era no haber podido usar conmigo el sistema quirúrgico que él había estrenado hacía apenas un mes: la laparoscopia, una intervención con pequeños catéteres que hacen que el paciente pueda volver a su casa en cuarenta y ocho horas, y que tan sólo le queden en la panza un par de casi imperceptibles marcas de no más de un centímetro. Pero no puede ser aplicada en casos de urgencia extrema, como era el mío, razón por la que estuve internado una docena de días, en los que pasé por toda una batería de análisis, y me quedó una cicatriz que no lució jamás ni el peor de los enfrentados a punta de facón con el gaucho Juan Moreira. En esa ocasión hicimos lo imposible para que casi nadie se enterara de lo que estaba ocurriendo. Hasta llegué a prohibir que llevaran al sanatorio a la luz de mis ojos, mi hija Rocío, a visitarme. Al menos los primeros días, en los que tenía dos sondas que salían con rigor plástico de mi abdomen, otro cañito que me habían introducido por las fosas nasales y que llegaba a mi estómago para evitar acumulación de líquidos, un tercero que caía desde la bolsita de suero y terminaba en la aguja que se insertaba en una vena de mi brazo, y los sensores pegados a mi pecho para dar el alerta si mi pobre corazón decidía que todo aquello ya era

demasiado para él. Con una simple mirada se advertía que Frankenstein, comparado conmigo en aquel momento, era Robert Redford adolescente, y yo no quería que nadie me viera así. Morirse no es grave, ya lo sabía, pero sentirse indigno y casi humillado sí lo es. Además, estaba el dolor; impresionante y continuo. En la reciente herida, en todo el abdomen, en la espalda —ya que no podía cambiar de posición en la cama— y, sobre todo, el de mis brazos, color violeta de tantos pinchazos con la infaltable aguja que me llenaba las venas de suero y de antibióticos. Tengo venas chiquitas y poco visibles. Una porquería, bah; al menos cuando se las necesita gordas, bien claras y resistentes. Iban estallando y había que cambiar la aguja buscando otra venita. Pero se acaban.

Todo este relato tiene un porqué que descubrirán enseguida.

Cuando ya llevaba varios días en esa situación y tenía ambos brazos teñidos por completo de un color violeta fuerte y arrasados por un dolor lacerante, como si me inyectaran fuego, se rompió una de las últimas venitas donde penetraba la aguja, que me hacía llegar el líquido que aún me mantenía con vida luchando contra una eventual infección mortal. Era la una de la madrugada. Vino enseguida alguien a quien jamás olvidaré, Patricia, una chiquita de poco más de treinta años pero con una experiencia y una eficiencia tan grandes que la habían llevado a ser jefa de enfermeras de la unidad coronaria, algo nada sencillo. La acompañaba otra de las chicas. Alargué mi brazo y apreté los párpados, pues sabía que la búsqueda de una nueva vena sería larga y terrible. A las dos y media de la madrugada —noventa minutos más tarde— continuaban en la tarea. En cada posibilidad, en cada intento, renacía una dolorosa esperanza, que moría cuando aquellas autopistas de mi sangre reventaban al menor contacto y era necesario comenzar todo otra vez. A las dos y media de aquella madrugada retiré suavemente el brazo, encogiéndolo como podía. Patricia, que seguía hablándome con suavidad y sin fatiga, con la aguja en la mano me miró.

—Ya no, Patty... Ya no puedo más...

Todos los dolores juntos, mis pocos minutos de semisueño en esos días, mi lucha y la de ellos, el sentirme una cosa, habían reventado no sólo mis venas sino también mi voluntad. Simplemente todo había acabado. En verdad sentía que ya no podía más.

—Por favor, dejalo todo así... No quiero pelear más... Ya no lo aguanto... Por favor...

Me estaba entregando. Sabía que si no me conectaban la temible aguja una vez más, lo que seguiría después sería irreversible. Patricia, que siempre había sido toda dulzura, voz bajita, tonos leves y gestos firmes pero como caricias, cambió como cuando Diego de la Vega se transforma en el Zorro. Pero sin disfraz ni antifaz, sino con un tono y unas palabras que el Zorro no se hubiera atrevido a usar nunca. Me insultó, creo. Me dijo que no tenía derecho. Me recordó a mi mujer, a mi madre, a mi hijita, a mis amigos, a todos los que me querían, a ellos mismos, que venían peleando conmigo y por mí desde hacía qué sé yo cuánto. Me encaró con una furia que no le conocía. Casi me asusté. Sin embargo, en medio de todo lo que sentía —que no eran precisamente unas vacaciones— fui entendiendo no sólo su furia sino sus palabras y su amor por lo que hacía. Hubo un silencio de unos cuantos segundos, roto solamente por los quejidos que inevitablemente

llenar la noche en una unidad coronaria. Durante ese silencio, en el que no dejaba de clavarme su mirada mientras mantenía la aguja en sus manos, abrí los ojos, la miré en medio de la penumbra queriendo contarle sin hablar toda la ternura que me había enseñado en su arranque de bronca, y estiré otra vez el brazo sin pronunciar palabra. Patricia tampoco dijo nada; siguió en lo suyo. Diez minutos más tarde había logrado meter con éxito la agujita en una vena del dorso de mi mano. «Ya está», dijo. Y eso fue todo. Mientras se levantaba para irse musité «gracias» con las pocas fuerzas físicas que me quedaban. Nunca más volvimos a hablar del tema. Las últimas agujas me las introducían en las venas de los pies, porque en los brazos y manos no había ya más lugar. Pero no volví a quejarme. Y volví a zafar.

Todas estas historias están por completo desprovistas de la absurda soberbia que significaría hacer alarde de haberme salvado tantas veces de la muerte (ocho, creo; les gané a los gatos). El objetivo más directo y claro es que todos ustedes sepan, como yo, que la Esperanza es la más poderosa de las armas y que perderla es cosa de ciegos morales o de tontos materialistas. Yo mismo estuve a punto de bajar la guardia y dejar que me noqueen por toda la cuenta, pero Alguien puso allí a Patricia para darme un buen par de bofetadas sentimentales. El otro objetivo de contar toda esta serie de hechos de mi vida que hacen que me pregunte por qué no me dediqué a trabajar de doble en películas de acción es mucho más profundo e inescrutable. Lo digo al principio: ¿Por qué se me permitieron tantas salvadas? ¿Ocho veces no es una cifra exagerada para un fulano común y silvestre? No puedo dejar de pensar, con toda la humanidad que logro reunir, que tal vez todo formó parte de una suerte de plan para que adquiriera experiencia, me dedicara a escribir durante treinta años de mi vida, ganara una credibilidad que después del libro anterior no sólo me asombró sino que me enorgullecí, y sirviera — sencillamente— como una herramienta más para retocar el monumento a la Esperanza en un país y en un mundo donde las tormentas del alma lo han descascarado un poco.

Algo está cambiando, y para bien.

La vida es un don inapreciable y bellissimo del que creo que estamos tomando cada vez más conciencia. Hay que amarla profundamente. Una de las mejores maneras de hacerlo —si no la mejor— es aprender a amarse uno mismo y a los demás, a todos.

La muerte es el final de lo físico, pero el principio de algo tan maravilloso y perfecto que no puede ser ideado por la más florida de las imaginaciones. Allí —siempre y cuando no sea uno mismo el que buscó la muerte— comienza realmente todo, y para siempre.

No hay que temerle. Hay que asumirla. Ni siquiera con una triste resignación, sino con un alborozo que ahora para ustedes es algo difícil de entender y aceptar, pero que tal vez —con todo lo que este librito tiene por delante— se haga luego mucho más fácil y aceptable.

Lo que sigue es apasionante. No saben cuánto.

Pero, como seguirán leyendo, lo sabrán.

DOS

Asombros y razones

«...voy pasando por paredes y por distintos pisos sin usar escalera ni ascensor. Pero todo me parecía que era natural...»

No existen cosas que no tengan explicación. Simplemente existen cosas que nosotros no podemos explicar. El libro-reliquia del francés Henri Bon, que me fuera prestado hace un año por mi amigo el doctor Luis de la Puente y que se llama *La medicina católica* (con el aval de Iglesia a través de su *Imprimatur* acordado por el vicario general de Madrid, doctor Manuel Rubio, lo que garantiza que no se trata de supercherías), habla de muchos casos de invisibilidad. Cuenta, por ejemplo, el de San Vicente Ferrer: la mujer del rey Juan de Aragón, de nombre Violante, quiso —de puro curiosa— conocer por dentro la celda de Vicente Ferrer. Como el santo se negó, ella, entonces, hizo un día violentar la puerta y entró. Vio todo lo que allí había, pero no a Vicente. Al preguntar por él en voz alta, todos los que la acompañaban le dijeron que lo tenía frente a sí. Fue cuando se oyó al santo decir: «Ninguna mujer entró nunca a mi celda, ni siquiera la misma reina. Dios os ha cerrado los ojos para castigaros por esta intromisión». La reina salió primero y luego Vicente. Sólo allí lo vio, y le pidió excusas. ¿Quién explica esto?

Nadie podrá decir jamás que Alexis Carrel era un ingenuo, un individuo intelectualmente pobre o un hombre falto de rigor científico. Carrel fue médico, cirujano, fisiólogo, escritor, filósofo y —entre otras pequeñeces— ganador del Premio Nobel de Medicina en 1912 por su descubrimiento de un tipo de sutura en vasos sanguíneos y arterias que era innovador y perfecto para su época. Murió en 1944 y dejó, entre otros, un libro revelador: *El hombre, esa incógnita*. Él, con una formación basada en la razón absoluta, desnuda allí al ser humano como si fuera arrancando suavemente, una a una,

las capas que recubren a una cebolla. Carrel estaba por completo en desacuerdo con el llamado racionalismo científico. Esta doctrina que suena tan moderna es de principios de siglo y afirma que TODO debe ser explicado por la razón.

Lo que no puede ser explicado por la razón sencillamente no es aceptado, no es reconocido, no existe. Tamaña barbaridad fue adoptada por importantes grupos, que no sólo arruinaron la idea de pretender «ir más allá» en las cosas sino que, seguramente, arruinaron sus propias vidas. Con ese criterio supongo que tendrían una teoría química o algo parecido para explicar, por ejemplo, el amor, lo que no sólo es absurdo sino, también, espantosamente aburrido e inútil. ¿Cómo se explica el amor? ¿Con qué palabras puede uno definir un color cualquiera, el rojo por ejemplo? ¿Y Dios? ¿Quién puede razonar de manera científica la idea de Dios? Sin embargo, no se pueden negar —y mucho menos científicamente— ni el amor, ni los colores ni Dios.

La doctrina racionalista a ultranza está siendo meticulosamente destruida desde hace ya varios años, y camina a paso firme hacia el abismo de la desaparición y el olvido. El mundo ha estado cambiando. La Fe fue ganando terreno y hay ideas nuevas que —ahora más que nunca— están floreciendo para abrir más y más las mentes, para no patear fuera de nuestras vidas a lo asombroso, para no recostarnos en la estúpida comodidad de negar en el acto lo inexplicable sólo por eso: por ser simplemente inexplicable.

Un relato que amo desde siempre cuenta que, después de una vida ciertamente rumbosa y mundana, Aurelio Agustino —quien era, dicho con todo respeto, una suerte de play boy de su época (alrededor del año 400 después de Cristo)— se cansó de su vagabundeo de lujo, que incluía un hijo natural llamado Deodato, y comenzó una búsqueda espiritual que hasta entonces no había estado nunca en sus planes. Aurelio Agustino tenía por entonces unos treinta años y era un hombre inteligentísimo, lo que quedaría demostrado más tarde y para siempre de manera indiscutible. Advirtió que el jolgorio y el placer por el placer en sí no colmaban en lo más mínimo su necesidad de respuestas trascendentales, sobre todo la que correspondía al interrogante: ¿qué sentido tenía su vida? La misma pregunta nos la hemos formulado en algún momento millones de seres pensantes a lo largo de toda la historia del mundo. El padre del joven Agustino era pagano, y su madre una fervorosa cristiana. Por su parte, él decidió bucear en las más difíciles profundidades de la filosofía para decidir su futuro y su presente. Abandonó aquella vida rumbosa y encaró la búsqueda en la lectura de los griegos y los latinos, enamorándose de algunos textos de Cicerón. También leyó la Biblia y eligió pronunciarse en contra del cristianismo. Creyó encontrar la verdad en una religión de su época llamada maniqueísmo (por su creador, un persa llamado Mani), que intentaba explicar los misterios de la vida asegurando que no existía un solo dios sino dos, uno malo y otro bueno, y que la lucha entre ellos era permanente; de allí las bondades y las maldades que entornaban la vida de todos los humanos. Todo dependía de cómo iba el match colosal. Hoy prácticamente no existe como religión, aunque lo que sí quedó, pero como palabra de uso cotidiano, fue el llamar «maniqueo» a todo aquel que no tiene términos medios: blanco o negro, no hay grises. El bueno de Agustino no duró mucho como fiel de aquella curiosa e interesante religión, pero siguió atormentándose en su búsqueda de sí mismo y

de Dios. Cuenta el relato, que siempre amé tanto, que un buen día Aurelio Agustino caminaba por la orilla del mar en una playa desierta de la que sólo eran dueños el viento leve y el atardecer naciente. Iba solo, desplazándose lentamente por la arena, con su cabeza inclinada hacia abajo y las manos tomadas por detrás de su espalda, pensando y repensando la idea de sí mismo y la idea de Dios. Pensando y repensando en una forma racional de explicar a la Fe. Creía que tenía que haber una manera de contar la Fe y entenderla con las armas de la razón, y estaba intentando hallarla una vez más. De pronto topó con un pequeño, que podía tener seis o siete años, y que, también solo en aquel amplio espacio, corría hacia el mar y llenaba con sus aguas una vasija de barro de tamaño mediano, para luego retornar rápidamente hacia un lugar en la playa donde había cavado un pozo de pequeñas dimensiones. Al llegar, volcaba en aquel pozo las aguas que había traído corriendo desde el mar, y partía una vez más para cargar su vasija y repetir la operación. Aurelio Agustino se detuvo a unos pasos del pequeño y observó, con una sonrisa, aquel viaje de ida y vuelta que parecía no tener sentido. Al cabo de un rato no soportó su propia curiosidad y, deteniendo por un instante al chiquitín, le preguntó para qué hacía aquello. El pequeño le contestó con total naturalidad que lo que esperaba era meter toda el agua del océano en su modesto pozo. Agustino sonrió más ampliamente, acarició la cabecita del chico y le dijo con suavidad que aquella tarea era simplemente imposible, que jamás lo lograría. El niño también sonrió y le dijo, con maneras igualmente suaves pero muy firmes: «Meter toda el agua del mar en mi pequeño pozo es más fácil, sin embargo, que pretender meter la explicación de la Fe en tu pequeña razón humana...»

¿No es precioso? ¿No es perfecto? ¿No es clarísimo? El relato, ya con ropaje histórico, sigue contándonos que Aurelio Agustino se acercó al cristianismo una vez más; esta vez para abrazarlo con fervor y enriquecerlo como pocos lo han hecho en toda su historia. Se ordenó sacerdote y en el año 395 fue nombrado obispo de Hipona (su ciudad natal, en lo que hoy conocemos como Argelia); administró su diócesis durante treinta y cinco años; escribió obras filosóficas notables por su erudición y por estar redactadas en lenguaje cotidiano y en primera persona. Es considerado desde hace siglos uno de los llamados Padres de la Iglesia, aunque a cualquier católico le resulta mucho más familiar la denominación con la que hoy se lo invoca: San Agustín.

Por todo esto, la pretensión de este libro y del anterior —*Más allá de la vida*— no fue jamás convencer a nadie de nada. El que quiera oír que oiga. Simplemente yo sentí cosas maravillosas y luego investigué el tema periodísticamente, para escuchar a teólogos, cardiólogos, neurocirujanos, psicólogos, y a más de un centenar de personas que se acercaron con su testimonio. El que sigue es bello y asombroso.

Atravesando paredes

OSVALDO BLASETTI tiene cincuenta y seis años, vive en la ciudad de La Plata y

está jubilado por incapacidad física. El 6 de octubre de 1986, y mientras cumplía con sus tareas en la Caja de Ingenieros, sufre una fuerte descompostura. Rápidamente es asistido por un médico de la empresa y llevado, aún consciente, al séptimo piso, a una pequeña sala de enfermería y primeros auxilios. Lo acuestan en una camilla y en ese momento siente que pierde el conocimiento; todo se vuelve negro. Allí comienza —sin saberlo en ese momento— su Gran Experiencia.

Enseguida me vi a mí mismo en la camilla y a cuatro personas a mi alrededor que intentaban reanimarme. Uno de ellos me quita el pulóver que llevaba y otro empieza a hacerme respiración boca a boca. Los veo y escucho perfectamente pero lo que no entendía en ese momento, aunque tampoco me asombra porque lo tomaba como algo natural, era que yo sentía con mucha exactitud lo que cada uno de ellos estaba pensando... Los cuatro pensaban que yo me estaba muriendo y los cuatro estaban muy nerviosos por eso, los sentía como desesperados... Uno de ellos es el director de la Caja, el agrimensor Suñé, que ni sé cómo había llegado allí tan rápido... Otro es un médico amigo, el doctor Guillermo Oscos. Todos están muy asustados, eso lo percibo clarito, clarito... Pero yo no estaba asustado para nada, ni siquiera cuando veo que empiezan a golpearme el pecho con unas trompadas francamente fuertes. Yo, o mi cuerpo mejor dicho, no sentía en lo más mínimo esos golpes...

Osvaldo había entrado en un paro cardiorrespiratorio. Sin pulso, sin respiración. Estaba clínicamente muerto. El médico Oscos era el único del grupo que sabía con certeza absoluta que sólo tenían tres minutos para intentar devolverlo a la vida, antes de la muerte cerebral e irreversible. Cada golpe en el pecho era una manera de activar nuevamente el corazón; cada bocanada de aire era la forma de devolver, aunque fuera artificialmente, la función a sus pulmones; cada masaje era el único sistema que tenían a mano para hacer llegar la sangre —y por consiguiente oxígeno— a su cerebro, e intentar así ir prolongando esos tres minutos después de los cuales todo terminaría. O todo empezaría. Mientras eso ocurría en la salita, el relato de Osvaldo nos lleva a su punto más impresionante.

Yo no hice nada para que pasara, nunca dependió de mí, pero sentí que mientras mi cuerpo seguía allí abajo ESO que yo era en aquel momento atravesaba la pared de la salita como si no existiera... Ahí nomás, en la puerta pero del lado de afuera de la salita, veo que hay unos cuantos compañeros de trabajo que están muy mal, algunos lloran, haciendo fuerza para no llorar pero no hay caso, lloran... Ya todo el mundo sabía lo que estaba pasando dentro de la salita, donde mi cuerpo seguía ahí tirado, y peleaban por salvarme pero muy nerviosos, muy nerviosos... Siento que voy recorriendo la Caja y pasando por paredes y por distintos pisos sin usar ni escaleras ni ascensor. Pero todo me parecía que era natural, como si así hubiera

sido siempre... En uno de los pisos hay una chica jovencita que llora a moco tendido rodeada por un montón de compañeros, mientras no deja de repetir y repetir: «Osvaldo se murió, Osvaldo se murió...» Otro compañero mío, que tenía setenta y siete años y estaba en el sector de vigilancia, lloraba muy fuerte, sin parar, como un chico. Shuarman es el nombre. Bernardo Shuarman... En otro lugar un compañero que se llama Pascual también lloraba como con hipo y lo único que decía era: «...y tenía un hijo único, igual que yo...» Todos, me di cuenta, ya me daban por muerto. La verdad es que en ese momento estaba muerto, bien muerto en el séptimo, pero ni siquiera pensar en eso me daba miedo o me ponía nervioso. Al revés. Me sentía muy tranquilo y quería consolar a los que lloraban, pero nadie me veía ni me oía...

—Osvaldo... ¿usted veía todo eso que me cuenta desde arriba, como si estuviera en un lugar alto de cada habitación?

—No, para nada... Yo sentía que estaba al lado de cada uno de ellos; si parecía que los podía tocar... Al doctor y al agrimensor y a los demás de la salita también los veía desde al lado...

—¿Usted sentía que tenía como un nuevo cuerpo?

—No. Yo no tenía cuerpo. No tenía ningún tipo de cuerpo. Veía y oía y hasta sabía qué pensaba cada uno de ellos, pero no tenía orejas, ni manos, ni piernas ni nada. No tenía cuerpo.

—Pero, ¿cómo se sentía a sí mismo, entonces?

—Me sentía yo. Absolutamente yo. Ni antes de aquel día ni después me sentí tan completamente yo como en ese momento. No sé si lo explico claramente, Víctor. Era todo yo, ¿se entiende?

—Sí, claro que se entiende. En especial cuando el que tiene que entender es un fulano como yo que sintió lo mismo. No sé los demás...

—Y... Los demás... si no quieren entender, que no entiendan, qué va a hacerle uno... Pero era tan lindo, tan redondito todo... Si no lo entienden es una lástima.

—Totalmente de acuerdo... ¿Me sigue contando?

—¿Por qué nos tratamos de «usted»?

—Tenés razón. Te escucho.

Ya te dije que todo lo que pasaba no dependía de mí, era como si algo o alguien me estuviera llevando. De repente toda la escena de las oficinas pareció que se desvanecía, y yo sentí que entraba por un momentito nomás en una zona completamente oscura. Pero un momentito nada más, ¿eh?, porque enseguida apareció la Luz. ¡Lo que era esa Luz! Una cosa hermosa, brillante, como un sol pero más linda, y además no enceneguía ni nada... Allí sí me veo a mí mismo. Iba con uno de esos trajes que usan los chinos, esos que van cerrados en el cuello... ¿cómo?... ¡Eso! Tipo Mao que les dicen... Yo sentía una paz muy pero muy

grande. Una sensación enorme de bienestar, sin frío ni calor, ni temor ni hambre ni sed ni nada. Solamente paz, mucha paz. No puedo medir todo esto en tiempo. La verdad es que tampoco me interesa. No era el tiempo lo que importaba sino la fuerza con que me llegaban esas sensaciones... Me gustaba mucho estar allí y estar así. Nadie me habló, ni yo le hablé a nadie. En todo ese rato no hubo ningún sonido, salvo una especie de música muy dulce que parecía llegar de lejos, suavemente... Me sentía fenomenalmente bien, pero todo empezó a esfumarse despacito y allí empecé a sentir por primera vez desde el principio un dolor físico que iba aumentando mientras yo iba volviendo...

El dolor físico era producto de los puñetazos que le habían salvado la vida. Aquellos golpes habían logrado enviar oleadas de sangre del corazón al cerebro: las suficientes para que le llegara oxígeno y los minutos terminales se estiraran antes de pasar la línea mortal. Lo habían salvado con un precio francamente menor, aunque doloroso, en cuanto comenzó a volver a la vida: tenía varias costillas malheridas y se le había desprendido de muchas de ellas una considerable cantidad de cartílagos. La lucha había sido dura. Si hasta habían abandonado dándolo por muerto.

—Parece que fueron muchos minutos los que estuvieron golpeándome para intentar reanimarme. Como parecía que no había nada que hacerle, me dejaron, abandonaron. Hasta tal punto estaban convencidos de que ya había muerto que volvieron a ponerme el pulóver y me cruzaron las manos sobre el pecho, con los dedos entrelazados, en la típica posición de los cuerpos en el cajón...

—¿Y qué pasó? ¿Volviste solo?

—Nadie sabe muy bien qué pasó. Lo que me cuentan es que, cuando ya me habían dejado allí, con las manos cruzadas sobre el pecho y todo eso, alguien fue a buscar a mi mujer que estaba afuera esperando. Ya la habían traído desde su trabajo. Ella era en ese momento directora de una escuela en La Plata... Cuando entró en la salita, parece que yo hice algún movimiento. El médico, entonces, se largó de cabeza y volvió a tomar la aguja con la que me habían hecho goteo endovenoso, que ahora colgaba de la bolsita y tenía la punta arrastrando en el suelo, pero no había tiempo para andar cuidando detalles de asepsia. Así como la agarró, me levantó la manga de un tirón y me la clavó en la vena...

Después todo fue muy rápido. Una ambulancia con unidad coronaria lleva a Osvaldo al Instituto Médico Platense y casi enseguida lo derivan a un lugar especializado, el Hospital Italiano de La Plata. Allí le realizan todos los estudios correspondientes, ya que nadie tiene dudas de que Osvaldo sufre problemas cardíacos de algún tipo. Sin embargo, aquellos estudios arrojan resultados inesperados: su corazón y sus coronarias estaban en perfecto estado. Se abortó una posible angioplastia o un *by pass* que ya se estaban preparando.

—Para mí lo que me curó fue la Luz, esa Luz. Se lo dije a los médicos, que hasta se sintieron un poco ofendidos y me retaron por andar pensando en esas cosas. Pero sigo pensando que fue la Luz...

—¿Qué pasó desde entonces, hace ya más de cuatro años y medio?

—Con mi salud nada, gracias a Dios. Jamás volví a sentir ni siquiera una molestia... En mi vida pasó que ni un solo día, desde entonces, pude olvidarme de todo lo que sentí. Fue maravilloso. Pero también pasó que desde aquella vez aprendí a amar a la vida más que nunca, y siento que estoy mucho, pero mucho más enriquecido espiritualmente de lo que jamás había estado antes de aquello... Yo no sobresalgo para nada en lo material; no tengo bienes importantes, y nuestra vida es tranquila pero modesta. Eso sí: siento que tengo un tesoro muy grande en lo espiritual, una de esas cosas que no se compran con dinero...

—¿Todo lo que te ocurrió fue, paso a paso, como lo contaste?

—Por supuesto. Creo que vos también sabés que mentir sobre algo como esto no tendría perdón. Además no tendría sentido.

Tiempo después de aquel día de octubre de 1986, Osvaldo Blasetti, completamente recuperado, estaba en su casa dibujando, que es su hobby. Sin que él mismo supiera luego explicar por qué, se tapa de repente los ojos con su mano izquierda y comienza a dibujar con gran rapidez, casi frenéticamente, algo que ni siquiera ve. Al día siguiente su amigo Hugo Rivelli, dibujante profesional muy respetado en la ciudad, le diría, mirando el dibujo, que aquello era una verdadera obra de arte. Era un rostro. El rostro de Jesucristo.

Otra vez me invade la misma sensación. Esa que se me mete en la sangre, me ronronea en el cerebro y me produce un vacío en el estómago, como el que sentía cuando era estudiante y pensaba en el examen del día siguiente. Es la sensación de saber que ni Osvaldo ni yo ni nadie podemos hacer más que esto: contar. Asumo que no es fácil de entender, salvo para aquellos que pasaron por experiencias similares o para los que, sin haberlo vivido, tienen una sensibilidad superior a la normal. Pero también recuerdo que tampoco es fácil aceptar, por ejemplo, que en el año 1226, el que hoy conocemos como San Antonio de Padua estaba dando una misa en la catedral de Saint Pierre, en Limoges, Francia, y recordó de pronto que se había comprometido hacía tiempo a dar misa en ese mismo día en una iglesia distante a centenares de kilómetros de allí. San Antonio se arrodilló, cerró sus ojos y permaneció así durante unos pocos minutos. Luego sonrió levemente y continuó con la misa. Lo extraordinario fue que en aquella lejana iglesia a la que había prometido asistir aquel Jueves Santo, también estuvo el mismo San Antonio cumpliendo con su palabra. Ubicuidad, le dicen. O, más técnicamente, bilocación. Estar una misma persona en dos sitios distintos el mismo día y a la misma hora. Éste es un hecho comprobado no sólo en el caso del santo de Padua, sino en el de docenas de santos, místicos, bienaventurados, y también hombres y mujeres de otras religiones, pero siempre profundamente devotos. Ocurrió. ¿Alguien lo puede explicar? ¿Quién es el primero en tomar la vasija de barro para llenar con toda el agua del mar el pozo pequeñito de nuestra razón? Maldita sea la gracia que me causa sentirme tan raro por estar escribiendo sobre esos casos, pero me pregunto cómo ha sido posible que incorporemos con total naturalidad a nuestras vidas cosas tales como chiquitas de diez años violadas o asesinadas; padres que matan a sus hijos, o viceversa;

descuartizadores; necrófilos; películas y videos pornográficos con chicos o animales como protagonistas, y otros que se venden muy caros porque uno puede presenciar una tortura y muerte real en la pantalla; caramelos con algún ingrediente de droga para iniciar a los más chiquitos, y toda esa colección de basura que leemos a diario en los periódicos. Toda esa mierda que también forma parte de la condición humana es —supongo que al menos en la mayoría de los casos— repelida por nosotros, las personas. Pero asumida y aceptada. Y, sin embargo, a algunos les cuesta mucho más asumir y aceptar hechos reales y bellos como los de San Antonio o los de Osvaldo y los miles de Osvaldos. Suena absurdo.

Y es absurdo.

Abran las mentes que ahora viene munición pesada.

TRES

El ángel del amor

«¿Sabe usted? Cuando yo era pequeña él siempre estaba conmigo, pero lo había olvidado... Ahora está allí otra vez...»

Amo a la doctora Elizabeth Kübler-Ross.

Nunca la he visto, pero la amo. Ustedes también lo harían si conocieran todo lo que ha hecho, todo lo que hace. Dedicó su vida —tal como lo cuento en el libro anterior— a borrar con una goma grandota el dolor de sus semejantes y a regalarles, con alegría, una montaña de esperanzas para que cada uno la trepe a su gusto. En este 1991 cumple sesenta y cinco años, vive en los Estados Unidos y dirige un instituto cuya finalidad prioritaria es acompañar a morir, enseñar a despedirse de esta tierra, preparar para recibir con alborozo lo que comienza en el momento en que el cuerpo se transforma en apenas una cáscara y lo más importante de nosotros encara la más grande aventura jamás imaginada. Ayuda a morir. Y lo hace con naturalidad y sonrisas. Nada de gestos compungidos, llantos ahogados o palabras de consuelo que a un enfermo terminal deben sonarle como un protocolo simplemente idiota. La buena de Elizabeth tiene archivados y estudiados miles de casos de personas que han pasado por la Gran Experiencia. Es consultada permanentemente por los médicos que tal vez hace unos veinte años la miraban de reojo y hoy la respetan como a una autoridad en el tema. Incluso es también consultada por filósofos y teólogos de todo el planeta. El profesor Hans Ming, notable teólogo católico de Suiza, ha dicho en la televisión de su país que «una incalculable cantidad de gente le está infinitamente agradecida a la doctora Kübler-Ross por haber roto el tabú de este tema y abrir nuevamente la medicina a estas cuestiones».

Pero no siempre fue así de sencilla y linda la cosa. Una conferencia dada en 1982 por la doctora Elizabeth Kübler-Ross comienza con unas palabras que dan idea de lo que fue su lucha. Estas palabras, reproducidas con el resto de aquella notable charla, en su libro

La muerte, un amanecer, dicen:

Hay mucha gente que dice: «La doctora Ross ha visto demasiados moribundos. Ahora empieza a ponerse rara». La opinión que las personas tienen de ti es un problema suyo, no tuyo. Saber esto es muy importante. Si tenéis buena conciencia y hacéis vuestro trabajo con amor, se os denigrará, se os hará la vida imposible y diez años más tarde os darán dieciocho títulos de doctor honoris causa por este mismo trabajo.

Se equivocaba en algo. No tiene hoy dieciocho títulos de doctor honoris causa. Lleva ya veintiocho, y el reconocimiento mundial.

En ese bellissimo libro que agradezco a mi amigo Tito Sánchez, cameraman de Canal 7 y millonario en sensibilidad, la doctora habla de la Luz que brilla frente a nosotros en el momento de la muerte:

Y esa luz es más blanca, es de una claridad absoluta, y a medida que os aproximáis a esta luz os sentís llenos del amor más grande, indescriptible e incondicional que os podáis imaginar. No hay palabras para describirlo.

El amor. Surge una y otra vez, aunque suene para algunos casi tonto. Aquellos que lo piensan así es porque tal vez tienen miedo de «bajar la guardia» para poder amar. En ese caso, amigos, que se jodan. Es mucha gente la que ama en el mundo, y también mucha la que pretende contagiar ese amor a los cuatro costados. Se puede pelear contra un escollo una y otra vez, pero llega un momento en el que uno se da cuenta de que la pelea contra ese escollo le está quitando un tiempo valiosísimo que otros necesitan. Es allí cuando —si el escollo no entiende, si se burla del amor en serio, si sonríe con escepticismo ante los que lo sentimos— uno debe reconsiderar la situación y, al no ser ni santo ni ángel, rendirse a las palabras mágicas: que el escollo se joda. Yo no podría decir esto si fuera sacerdote, teólogo, filósofo, médico, psicólogo o místico. Soy un fulano, nada más y nada menos. Un fulano que no está atado a nada que lo obligue a ser más diplomático o más paciente de lo debido. ¿O es que ustedes imaginan que los curas, los rabinos, los monjes, los filósofos o cualquiera de ellos no sintieron alguna vez unas ganas enormes de decir «que se joda» a un tipo que después de mucha discusión insistía con torpeza e ignorancia en negar a Dios o al Amor o a la Fe? Bueno, yo me doy el gusto. Eso sí: después de intentar muchas pero muchas veces que el pobre ingrato entienda que la vida no pasa por sus pequeñeces sino por la grandeza del Amor. El que quiera oír, que oiga; el que no, ya se sabe.

Claro que hay muchos que oyen; y que son ejemplos formidables.

La historia que sigue es un regalo de Dios. Da fuerzas.

FERNANDO GONZÁLEZ, sesenta y seis años cuando hablé con él en mayo de 1991; jubilado después de haber sido industrial. Este hombre fumaba mucho, tomaba una cantidad excesiva de café y no llevaba una vida precisamente tranquila. En 1982 y ante algunos dolores de pecho accede a que le hagan un electrocardiograma en el Hospital Municipal. Sale con un amigo a tomar algo por allí y, al volver por los resultados, prácticamente se le abalanzan una enfermera y un médico de apellido Kogan. Habían estado buscándolo. Su electro era un verdadero desastre y, al tomarle allí mismo el pulso, acusa alrededor de 300 latidos. El doctor Kogan pide a los gritos una silla de ruedas y no le permiten a González mover ni un párpado.

Francamente yo pensé «éste está en curda», porque no sentía nada de nada... Cuando quise darme cuenta me habían metido en una ambulancia y me llevaban al Hospital Italiano, que es un lugar mucho más especializado. Apenas llego, veo que me estaban esperando cuatro médicos jóvenes, uno de ellos un negro mota. Yo no paraba de chichonear, de embromar con ellos, porque no sentía nada, ya te digo. Me hacen un estudio de urgencia casi enseguida y, mientras me lo hacían, el negro mota les dice a los otros: «Che..., pero éste tiene las coronarias podridas...» Me acuerdo que lo miré, así acostado como estaba, y le dije: «Mirá, yo nunca fui racista, pero a partir de hoy tené cuidado si te encontrás de frente con un Ford Falcon blanco porque soy yo y te voy a pasar por arriba...» Todo en tono de chacota, jorobando. Al día siguiente, y ya internado en la unidad coronaria, pasa de visita el doctor Liotta, que entonces era uno de los capos gordos del Italiano. Liotta me dice: «Bueno, mañana le vamos a hacer una operacioncita». Yo no entendía nada. Poco después pasan los médicos jóvenes y me preguntan si escucho bien, si puedo hablar y cosas por el estilo. Les digo que sí. Me revisan ahí mismo y yo sigo sin sentir nada pero me doy cuenta de que algo estaba pasando. Siento un nerviosismo a mi alrededor, me destapan y se mueven de una manera que no parecía muy natural. Hablan y se mueven rápido... Uno de los médicos dice «ponele la máscara», y otro dice «encremale bien el pecho, ponele mucha crema...» Eso fue lo último que escuché. Después, todo negro.

Los médicos, sin duda, advirtieron que González estaba a punto de sufrir un paro cardíaco. Su pulso, su presión y todos sus signos vitales debían estar cayendo como un piano desde un piso veinte. La máscara era, obviamente, la de oxígeno. La crema era una preparación para el choque eléctrico, la defibrilación, las paletas que con su descarga pueden hacer que el corazón vuelva a funcionar. A partir de esos momentos alrededor de González, algo comenzaba a ocurrir dentro de él. O fuera. O en otra dimensión. O Dios sabe dónde.

Todo negro. De repente una luz impresionante, como yo no había visto en mi vida. Una luz de color blanco pero bien brillante, aunque no enceguecía para nada.

También veo un puntito a lo lejos que se va acercando. No siento miedo, ni siquiera curiosidad. Lo que sí siento es una paz muy, muy grande. Como si fuera una enorme comodidad, no sé si soy claro pero tampoco sé cómo explicar eso que sentía. Era hermoso, eso sí. El puntito se fue acercando hasta estar enfrente mío. Es una mujer de una belleza fenomenal, una hermosura que —por sobre todo— lo que más reflejaba era una gran sensación de pureza. Vestía una especie de manto o vestido largo, como la imagen de la República, ¿viste? El pelo era corto y de color moreno. Me sonrío. Y la sensación de paz que yo tenía se hace todavía más grande. Y me habla. Me dice con voz muy dulce: «Fernando, estoy acá porque he venido a buscarte... Puedes quedarte tranquilo porque vas a estar mucho mejor...» Yo seguía sin sentir miedo. Le rocé apenas una manga de esas vestiduras y ahí sí, sentí una sensación de frío terrible, como si tocara hielo. La mujer no deja de sonreír y de repente me dice: «No es éste el momento. Vas a acompañarme pero en otra oportunidad. Ya nos veremos...» No me explica nada más, no me dice nada más. Solamente se va como vino, hasta volver a ser un puntito a lo lejos, en medio de esa luz impresionante que ya te conté. Pero enseguida también la luz empieza a desvanecerse.

Ya le aplicaron los defibriladores más de una vez. El choque eléctrico recorre todo su cuerpo mientras los médicos se mantienen a prudente distancia y su músculo cardíaco comienza a reaccionar. Débil aún, pero allí está, noble como siempre, respondiendo.

Estoy muy abombado, pero empiezo a sentir un gran alboroto alrededor mío, un alboroto que suena lejano aunque está ocurriendo allí. Alcanzo a escuchar que alguien dice: «Dale otro golpe, que nadie lo toque, sepárense de la cama». Y enseguida me aplican algo sobre el pecho y siento un dolor que quema y un sacudón que me levanta de la cama como si fuera de trapo. Otra voz dice «vuelve, vuelve». Yo estoy aturdido. Me arde el pecho y abro despacito los ojos y voy viendo a un montón de gente que me rodea y están como contentos.

Al día siguiente lo operan. El doctor Daniel Bracco, un excelente cardiocirujano del que me enorgullezco de haber sido compañero de curso en el secundario, le practica el imprescindible *by pass*. Es un éxito. Pero esto ocurría en enero de 1982. Ocho años y algo más tarde, en octubre de 1990, otra coronaria es la que pide a gritos solución, pero esta vez sin paro cardíaco. Nuevamente el doctor Bracco y un nuevo *by pass*. Allí aparece la historia de amor. Amor macho, de amigo, amor porque sí. Fernando González está ocupando su habitación del Hospital Italiano a la espera de aquella segunda intervención y a su lado un compañero, otro paciente, también espera en su cama. Se llama José Luis País (hermoso y metafórico apellido, si los hay). Tiene sólo treinta y nueve años, pero lo suyo es más grave. Desde hace un tiempo está esperando que aparezca un corazón donado para que le realicen un trasplante. Su músculo cardíaco ya

no puede más, hay que cambiarlo por otro. Pero —ya se sabe— eso no sólo es mucho más complicado quirúrgicamente, sino que hace imprescindible que «aparezca» un corazón para poder sustituir el suyo. Y esto es menos fácil aún de lo que parece. Por lo general esos corazones donados pertenecieron a personas que sufrieron accidentes muy grandes, y que murieron en ellos, pero sin que se viera afectado el músculo cardíaco. Su decisión previa, o la de su familia posteriormente, permite usar su órgano del coraje en otro ser humano. Las redes estaban tendidas, pero aún no se había hallado un corazón para José Luis. Él esperaba, y cada segundo jugaba en su contra.

Cuando llegaron los camilleros a buscar a González para su segundo *by pass*, José Luis País ya había estado hablando mucho con él. Le daba ánimo, lo alentaba, lo acompañaba. Mientras lo pasaban a González de su cama a la camilla en la que lo llevarían al quirófano, José Luis se enfervorizó. Se incorporó en su cama como pudo y mientras los camilleros seguían en lo suyo comenzó a gritarle a su compañero:

—¡Fe, González, mucha fe! ¡Cincuenta por ciento en Dios y cincuenta por ciento en los médicos, González! ¡Fe, mucha fe! ¡Vamos a comer juntos unos ravioles que yo mismo voy a preparar! ¡Fe, González!

Y González se deja llevar (¿qué otro remedio?) por pasillos impersonales mientras escucha solamente el chirrido de la camilla deslizándose y el grito, cada vez más lejano, de José Luis —mucho más grave que él— pidiéndole FE. González es operado una vez más por el doctor Bracco, y me cuenta esta historia en mayo de 1991, siete meses más tarde.

José Luis País (Dios mío, que apellido para semejante relato, confieso que me impresiona) recibe finalmente un corazón donado desde Rafaela, en la provincia argentina de Santa Fe (reparen en eso: la provincia de Santa FE, lo que él tanto proclamaba. ¿Por qué no de otro lado?) Lo recibe bien, no hay rechazo. Pero José Luis muere en junio de 1991 por un linfoma, un cáncer.

No se me ocurre nada para redondear esta historia. Está todo tan dicho en ella que cualquier cosa sonaría tonta. Sólo pedirles a ustedes que aprendan el ejemplo de amor de José Luis País, que tomen total conciencia de que se trata de un hecho absolutamente real, que recen —cada uno de acuerdo con su religión— por este hombre que le gritaba que tuviera fe a otro cuya gravedad era mucho menor que la propia, y que dejen de quejarse por las estupideces cotidianas que nos ocurren. José Luis: te quiero, viejo. Nunca te conocí pero te quiero.

Elizabeth Kübler-Ross cuenta que, a través de los miles de testimonios recibidos, pudo constatar la presencia de «compañeros de juegos» para cada uno de nosotros. Lo que los católicos llamamos Ángel de la Guarda. Dice que, cuando crecemos, los mayores nos dicen que ya está bien de esas cosas y que tales compañeros de juegos en realidad no existen. Ella niega fervorosamente esa afirmación idiota, como muchas de las que nos enorgullecemos los adultos, grandes racionalistas, grandes científicos, grandes pelotudos. Aclara Elizabeth que, cualquiera sea la religión, ese Alguien nos acompaña

siempre. Dios es la bondad infinita y la comprensión absoluta, así que no va a hacer diferencias por la religión que heredamos o elegimos y en la que ÉL sigue siendo el Único. Yo soy católico, y estoy orgulloso de serlo porque siento a la mía como la religión del amor. Pero eso no significa de manera alguna que los que no la practiquen sean mis enemigos, mis rivales o mis oponentes. Si abrazo la religión del amor le haría un flaco favor a mis creencias al discriminar entre los seres humanos. Juan Pablo II lo pone de manifiesto día a día, abriéndose hacia otras religiones, sumando en lugar de restar.

Kübler-Ross cuenta que, en una ocasión, estaba junto al lecho de una anciana moribunda y el desenlace era inminente. En un momento, la anciana dijo con total claridad: «Allí está otra vez». No era necesario para Kübler-Ross que aclarara a quién se refería, ya que la doctora había vivido esas experiencias en muchas ocasiones. La anciana continuó: «¿Sabe usted? Cuando yo era pequeña él siempre estaba conmigo, pero lo había olvidado completamente... Ahora allí está otra vez...» Al día siguiente moriría, y seguramente sería acompañada hacia la bellísima eternidad que ya vislumbraba por aquel al que había vuelto a recordar, pero que nunca se había movido de su lado. Su Ángel de la Guarda, su compañero de juegos. El símbolo del Amor.

Admito que no es sencillo hablar del amor en un mundo tan difícil como el nuestro, pero si no entendemos que es la única solución, bien jodidos estamos. Y nada de ponernos místicos ni de creernos especiales. Nada de formar ahora la Secta del Amor o cosa que se le parezca. Nada de querer sacarle el jugo a esa cosa de quererse los unos a los otros que, mirándola bien, hasta puede ser un buen negocio, macho. Nada de bastardear, abaratar o ensuciar esto que es tan simple. Toda la doctrina cristiana, si se la entiende, puede resumirse en una frase: «Amar al prójimo como a sí mismo». Si se cumple no hay homicidios, robos, violaciones, estafas, guerras, deshonras, mentiras, o cualesquiera de esas basuras que a menudo hacen del mundo un asco. En cuanto a las doctrinas de las demás religiones, no son diferentes. Es posible que alguien que esté leyendo estas líneas sonría con escepticismo sobrador, con gesto de que todo esto es una infantil pavada. Comprendo. Para ese alguien, de existir, enrosco mi dedo índice alrededor del pulgar de manera que quede un agujerito como la boca de un clarín. Luego acerco esa mano así dispuesta hasta mis labios, donde la apoyo. Mientras aprieto levemente estos últimos, tomo suficiente aire, enseguida lo expulso a través de mi construcción manual y provocho un peculiar sonido, al que se conoce popularmente como «cornetilla» y que es, a la sazón, lo más parecido a un flato que puedo enviarles desde estas páginas. Porque amor sí, pero estupidez no. Hay personas tan torpes que pueden chocar pedaleando en una bicicleta fija, o que pueden confundir bondad con bobería, para decirlo liviano y sin exagerar. Como no tengo compromisos, salvo conmigo mismo y con Dios, puedo decir sin vueltas a los descreídos de puro materialistas a ultranza que — por una vez y por su propio bien — cierren un poquitín sus bolsillos, sus bocazas y sus braguetas, que son los elementos con los que suelen pensar, y abran sus mentes y sus corazones. Siempre estarán a tiempo. Y para lo que sigue lo van a necesitar.

MARTINA GUSBERTI es una adorable criatura nacida en Cremona, Italia, y llegada a la Argentina de chiquita, con mamá y papá. Ambos músicos y, por lo que se nota, deliciosamente sensibles. En ese clima creció. Se recibió de profesora de piano, juguetó con las danzas clásicas y con el teatro independiente; saboreó las artes. Hoy es médica y, luego de pasar por una primera especialización en fonoaudiología, encaró el estudio de la psicología y obtuvo también su título. Hace veinte años que ejerce como psicoanalista, y que se mueve con soltura y dulzura en los peligrosos terrenos de la psiquiatría. También es escritora. En su libro *Réquiem para la adolescencia*, editado en 1989, incluye un breve y emotivo cuento llamado «Simbiosis», que hace que se me llenen los ojos de gotitas arteras cada vez que lo releo. En ese cuento relata los últimos seis días de vida de su papá, aquel querido y sensible tano al que hasta siento como si lo hubiera conocido. Mezcla los momentos de dolor de aquella agonía con sus propios recuerdos ligados a su padre: los castillos de cartulina que venían en las páginas centrales de la revista *Billiken* y que él armaba, con dedos irrepetibles, para colocarlos junto a la cama de Martina, mientras soñaba con la alegría de ella al comenzar un nuevo día con aquella ofrenda de amor; la manera en que le lustraba los zapatos abotonados; la mano de él aferrando la suya, pequeñita, para llevarla cada día al colegio de monjas; el baile de egresada donde giraron juntos en la pista, todo sonrisa, todo dicha. Cuenta allí también las frases que más recuerda de los momentos finales de su papá en la tierra. Robarle ahora al cuento esas frases hace que no sea necesaria ninguna otra explicación que justifique, en este librito y en este capítulo, el relato que están leyendo.

«¿Sabés?, me siento tan bien, estoy liviano como una cometa, parece que mejoro, ¿no creés? ¡Cuánta gente me rodea! ¿Quiénes son?»

Y luego:

«Sí, ya los reconozco... Mis camaradas de la guerra del catorce. Ahí están Nino Rossi, Giancarlo Mori, Paolo Stefanini... Fijate, hasta nuestro capitán —que como siempre te conté era autoritario y estirado—, hasta él quiere saludarme. Son muchos, nadie habla, pero todos me sonríen».

Y luego:

«¿No ves qué bien estoy? Siento paz. Ahora el corazón ya no me hace sufrir, es mi amigo. ¡Qué día de gloria! Hija... ¿no te regocijás conmigo? ¿No me oís?»

Y luego:

«¡Cuántos son! Están todos mis amigos del Chaco, los soldados de “mi” guerra, los viejos compadres de Italia. Todos, todos me quieren dar la mano...»

Y, finalmente, las que serían sus últimas palabras:

«... ¡Y cuánta luz, cuánta luz viene hacia mí! Hay un hermoso portal que se abre a mi paso y todos vienen a mi encuentro...»

Se incorpora levemente, aferra con fuerza la mano de su hija y muere.

Comienza a vivir su Gran Aventura.

CUATRO

Reacciones ante la muerte

«No llores si me amabas. ¡Si conocieras el don de Dios y lo que es el Cielo!»

No nos engañemos. La mayoría de ustedes pueden posarla de valientes y sacar pecho (las mujeres más, claro), pero cuando se habla de la muerte corren el peligro de alcanzar una indecorosa situación diarreica, como si se hubieran emborrachado con laxantes. No los estoy acusando, que quede en claro. Yo viví durante cuarenta y siete años atenazado en mis partes pudendas por el temor a la muerte, y tuvo que ocurrirme lo que me ocurrió para aflojar la tensión. Por eso intento abrir las tenazas de ustedes, aunque sea un poquito. No los quiero convencer de nada, por supuesto; me limito a contar lo que investigué y lo que sentí. Muchos se preguntarán por qué aparecieron ahora tantas personas que se comunicaron conmigo para contarme sus experiencias cercanas a la muerte. ¿Por qué antes no lo hicieron público? Es muy sencillo: ¿a quién?, ¿en qué lugar?, ¿con qué argumentos, fuera de lo que ellos mismos sintieron? ¿Ustedes creen que yo hubiera escrito *Más allá de la vida*, y ahora este otro librito, si no hubiera sido porque al investigar el tema descubrí cientos de cosas con las que ni siquiera había soñado jamás? Ellos —los que ahora aparecieron— no tenían mi profesión, ni mis medios, ni una imagen conocida a través de veintidós años de hacer televisión y que si sirve para algo es para que a uno lo escuchen un poco más. ¿Qué podían hacer? Sin saber que había otros que habían pasado por lo mismo, se sentían más desprotegidos que Hussein después de la guerra. La cuestión puede resumirse en uno de los primeros llamados que recibí en casa después del reportaje sobre mi Gran Experiencia que me hiciera en la televisión Juan Alberto Badía, antes de la salida del primer libro. Era una mujer. Y sintetizo:

—Mire, yo lo llamo para agradecerle...

—Es muy amable, pero no tiene por qué.

—Sí, vea, tengo. Lo que pasa es que yo pasé por lo mismo que usted hace dieciocho años. Un paro cardíaco y dejé de respirar... Cuando los médicos lograron recuperarme, al ratito, les conté a ellos y a toda mi familia lo que había sentido: la luz tan brillante, esa paz que usted también recuerda y cada una de las sensaciones... Pusieron cara de que me perdonaban por las pavadas que decía, y me daban palmaditas en el hombro diciéndome: «Bueno, bueno...» Después de la tercera vez de haberlo contado, como siempre reaccionaban más o menos igual, decidí no volver a hablar del tema. Porque uno le toma mucho respeto a eso que «vivió» ¿no es cierto?

—Ya lo creo que es cierto.

—Bueno, por eso me callé. Pasaron dieciocho años, como le digo. Ayer, cuando usted apareció con Badía contando lo mismo, mi marido escuchó muy atentamente sin separar los ojos de la tele. Cuando usted terminó, se dio vuelta, me miró con los ojos grandotes y me dijo nada más que: «Vieja..., ¿entonces era cierto lo tuyo?» Ahora mi familia me escucha y me pide detalles de aquello. Por eso le quería agradecer. ¿Me entiende?

Claro que la entendí. Y hasta me reí con ella de la anécdota más larga de la historia: desde su comienzo hasta su final duró dieciocho años. Aquí es bueno poner en claro que el marido de Nora no me creía más a mí que a ella, ni aceptaba el hecho sólo porque lo estaba escuchando en la televisión. La razón por la cual —muy honestamente, por otro lado— admitió su error de tantos años, fue que lo que yo relataba era casi idéntico a lo que había contado Nora. No podía ser —como no lo es— una casualidad.

Son comprensibles todas las reacciones ante una Gran Experiencia. La única que no vale es la negación desde la absurda torre de marfil de algunos «intelectuales» que, subidos a ella, miran al resto del mundo desde arriba y sonríen socarronamente ante los hechos cotidianos o ante lo que —simplemente— no comprenden. Ignoran, entre otras muchas cosas, que a la gente le suceden hechos pequeños, o enormes, no importa, pero propios. Ignoran que no es necesario posarla de estar más allá de todo y hacer panegíricos de la droga, la homosexualidad o la promiscuidad para ser diferentes. Son diferentes, y pocos, por suerte. Ignoran que la vida pasa por la cocina de un hogar y no por la cama de un bulín supuestamente bohemio. Ignoran, entre otras muchas cosas y finalmente, que no están subidos a una torre de marfil sino a una de bosta, y que si deciden bajar al llano serán bienvenidos.

Por lo demás, como decía, todas las reacciones son válidas.

Incredulidad, dudas, asombro, apasionamiento, replanteos, lágrimas o sonrisas, junto a mil sensaciones más, son previsibles.

No jodamos, no se trata tampoco de decir: «Oh, qué maravilla, ¿de dónde sale el ómnibus que me lleva a la muerte?» El tema es profundo, aunque insisto que no debe ser solemne. La muerte forma parte de la vida, exactamente igual que el nacimiento. A menudo honramos más a la parca que al primer berrido, aun sin darnos cuenta. ¿Que no es así? Les muestro. Tomemos como ejemplo algo cotidiano: nuestras fechas consideradas días no laborables en honor de nuestros máximos próceres. Recordamos en la Argentina al general José de San Martín el día 17 de agosto, fecha de su muerte y no de su nacimiento. El Día de la Bandera es el 20 de junio, en homenaje a su creador,

Manuel Belgrano, que murió en ese día y mes. El Día del Maestro es el 11 de septiembre porque en esa fecha murió Domingo Faustino Sarmiento. ¿Y los nacimientos de cada uno de ellos? Estoy seguro de que pongo en apuros a más de cuatro si les pregunto qué día nacieron los tres próceres. Ya ven, muchas veces la muerte es más honrada que la vida, lo que no está del todo bien porque la vida es una maravilla que no tiene precio, tan grande es su valor. Pero así es la cosa. En lo religioso los cristianos celebramos la Navidad (natividad, nacimiento) de Cristo. Pero también —y es lógico— recordamos en la llamada Semana Santa su agonía y muerte. Hay que aceptarla, integrarla, asumirla y abrir las cabezotas para entender que Allí comienza lo importante. Lo que no significa que no valoremos cada segundo de nuestra vida, que es, a pesar de todo, maravillosa. Pero sin miedo al pensar en el día en que abandonemos este sobretodo de carne que, con razón, nos cae tan simpático al fin de cuentas.

Platón en realidad no se llamaba Platón. El magnífico filósofo griego llevaba como nombre auténtico Aristocles. Alguno de ustedes puede decir que hizo bien en ponerse un seudónimo con semejante nombrecito, pero se equivocaría por dos razones. Primero porque Aristocles era un bello nombre en su época (unos 400 años antes de Cristo), y no como ahora que sería motivo suficiente para asesinar a los padres de uno y no ser condenado; y segundo porque no se lo cambió él sino un fulano llamado Aristón de Argos, quien era su profesor de gimnástica, y comenzó a llamarlo con el poderoso nombre de Platón haciendo alusión directa a las anchas espaldas y fuerte contextura física del muchacho. ¿Quién podía imaginar a Platón como una especie de fisicoculturista, no? Uno siempre tiende a idealizar a un filósofo como una especie de diminuto y ratonil enclenque, de anteojitos montados en la punta de la nariz e incapaz de levantar una hoja del suelo sin herniarse. Pero uno se imagina tantas cosas que no son, francamente. El asunto es que Platón (llamémoslo así porque el apodo le quedó para siempre y porque si lo mencionamos con su nombre verdadero más de uno creerá que nos referimos al tano pizzero de la otra cuadra) fue uno de los que despertaron la conciencia del mundo de su época con respecto a la espiritualidad y esas cosas. Hoy entendemos que la frase «amor platónico» se refiere a toda aquella relación teñida de afecto que no se concreta revolcándose en la cama con el otro o con la otra. Nuevamente nos equivocamos o, al menos, achicamos la cosa. Amor platónico —el que el filósofo defendía y trataba de impulsar— es todo amor honesto y desinteresado. Si ustedes tienen una relación honesta y desinteresada con sus parejas estarán viviendo un amor platónico, aunque vivan más en la cama que de pie. Pero, ojo, que no es sencillo tener y mantener este tipo de amor. Ojo también, porque Platón se refería no sólo a la pareja sino a toda la gente, al ser humano. Todo este prólogo acerca de uno de los más grandes filósofos de la historia del mundo es para contarles que esta especie de Popeye pensante dejó impresa en sus *Diálogos* —que son espectaculares por su claridad y el sentido del humor con que este hombre maneja algo tan árido como puede serlo la filosofía— la idea bien clara de que, de manera alguna, la vida se termina con la muerte. No fue el único de su estirpe y

origen. Antes que él —unos 500 años antes de Cristo— hubo un poeta griego llamado Píndaro que era de lo más brillante; un fenómeno. Una suerte de genio de las letras y del pensamiento. El Jorge Luis Borges de los griegos, casi. A tal punto era el respeto que se le profesaba que, cien años después de su muerte, cuando Alejandro arrasa literalmente Tebas (donde había nacido y vivido el poeta), advierte a sus tropas que la única casa que debe ser mantenida sin que la roce siquiera una pluma es la de Píndaro. Y así fue. Ni Platón ni Píndaro, ni ninguno de los grandes de todas las épocas, eran intelectuales en torres de bosta. Eran inteligencias superlativas, habitualmente muy morales, que —por ser gente— hablaban y escribían para la gente. El bueno de Píndaro así lo hizo y resumió sin ninguna vuelta, en una sola frase, lo que hoy nos preocupa: «El cuerpo muere, el alma es inmortal». Así de simple y contundente.

Todas estas cosas aparecen aquí para reafirmar la idea de que no es algo nuevo eso de la vida después de la vida. El doctor Raymond Moody, la doctora Elizabeth Kübler-Ross, el doctor Kenneth Ring y todos los que han continuado su tarea en las épocas actuales, simplemente han extraído delicadamente el tema del silencio en el que se encontraba. Ellos comenzaron los estudios contemporáneos sobre este asunto en la década del setenta, y todo ha ido creciendo porque el hombre también creció. Por lo que parece, esto es sólo el comienzo, pero ya hablaremos de eso más adelante.

Al principio de mi salida de la Gran Experiencia no hacía más que repetir que ya no le tenía miedo a la muerte. Pero después, analizando la cosa, advertí mi error. Puedo decir que ya no le tengo miedo a MI muerte, y en ese caso estaré hablando con total exactitud. Porque —a pesar de todo— he imaginado la posibilidad de la muerte de mis seres queridos y, si bien no dudo de sus bellos destinos, la idea de sus ausencias se me hace profundamente dolorosa. El miedo no es por ellos, sino por mí. El gran problema de la muerte no son los que se van, son los que se quedan. Ellos se han transformado en lo que más me importa desde que llegué a esa irreversible conclusión. Por eso sigo y sigo tratando de abrir puertitas a la esperanza. Todo lo que recojo de la historia, de los testimonios, de los investigadores actuales, de los cientos de ejemplos a través de los tiempos confirma —de manera ciertamente empírica, claro está, no hay otra— que aquellos que emprenden el viaje definitivo lo han hecho al más maravilloso de los estados. Y eso tranquiliza, por ellos y por uno mismo. Pero quienes quedan aquí en la tierra extrañan la presencia de quien se fue al Mundo Mejor. Casi es un egoísmo, pero un egoísmo tierno e inevitable. Se buscan soluciones imposibles. La primera vez que firmé ejemplares de *Más allá de la vida*, una adorable señora de edad avanzada me alargó el libro y luego, inclinándose hacia mí para hablarme en secreto, me contó que su marido había muerto hacía dos años, y agregó, en ese tono íntimo y casi cómplice: «¿Usted no puede arreglar las cosas para que yo hable un poco con él?» Al recordarlo y escribirlo estoy otra vez, como en ese momento, atacado de una congoja de mierda, pues imagino, y comprendo, lo difícil que debe ser aceptar la ausencia física de alguien con quien —como en ese caso— se compartieron nada menos que cincuenta años de la vida. Le

expliqué que no, que ni yo ni nadie podía hacer algo así, al menos que yo supiera. Le conté susurrando, para mantener esa intimidad que ella había impuesto, que su marido estaba más cerca de ella que nunca —cosa en la que creo con fervor—, y le dije que ella no debía ni podía hacer nada para alcanzarlo, pero que —no importaba el tiempo que pasara— él estaría Allá esperándola. Me agradeció, me dio un beso y se fue. No sé si más esperanzada, no lo sé. Tal vez hubiera preferido, como la mayoría de la raza humana, una solución mágica. Pero esas cosas no dependían ni dependen de mí. Claro que comprendo el miedo a la muerte; pero sé, también, que la única forma de combatirlo es con la Fe y con la Esperanza y, en el caso de perder a alguien amado, pensar en ese alguien y en donde está con todas las fuerzas, con todo amor, en lugar de pensar en uno mismo y en donde estamos con toda la angustia, todo el temor. No es fácil, ya lo sé, pero no es imposible. Hace falta que alguien nos apunte y este librito —como el anterior— pretende eso. Creí que me iba a salir espuma por la boca de pura rabia cuando una madre que había perdido a su hijo adolescente en un accidente me contó, sentada frente a mí en mi casa adonde llegó a buscar consuelo de algún tipo, que un cura de su parroquia al que fue a ver le había dicho que él no podía decirle nada y le sugirió por qué no iba a ver a un psicoanalista. Me parece razonable acudir a una terapia psicológica en caso de una pérdida tan dolorosa, pero no me parece razonable que este hombre que trabaja de cura (porque me resisto a llamar sacerdote a alguien así por respeto a los muchos buenos sacerdotes que conozco) se lave las manos como Pilatos y se abra del tema como si no tuviera nada que ver. Esta mujer fue llevada luego por una amiga a una de estas sectas nuevas, donde la escucharon pacientemente y le dijeron no sé qué cosa. Tuve que hablar mucho con ella para hacerle entender que la Iglesia, mi Iglesia, no era esa persona que la mandó a un psicoanalista, sino muchísima otra gente que estaba a su lado. Decía que sí, pero no sé si logré convencerla. Es así, Noemí. Tuviste la mala suerte de no encontrar a la persona justa, pero hay muchas personas justas en la que fue tu Iglesia de toda la vida. Créeme.

Me ocurrieron cosas impresionantes después de *Más allá de la vida*. Muchas de ellas confirman que el Coraje ante la vida ayuda a soportar la muerte de los que amamos, de manera insospechable, y que la Esperanza todo lo puede. Durante la Feria del Libro de este año de 1991 firmé ejemplares de mi edición, y recibí un baño de amor de esos que no se olvidan. Ya por el final había llegado Marcelo Biassatti, hijo del periodista Santo Biassatti, viejo compañero de interminables noches juveniles. Marcelo venía a hacerme un reportaje para el programa televisivo de mi amigo Daniel Mendoza, el más brillante e irreplicable personaje con el que me topé en mi vida, una caja de Pandora con patas de la que nunca se sabe qué es lo que va a salir pero que siempre —a la larga— termina con sus bordes chorreados de ternura, que no sé si todos entienden. Yo sí, después de tantos años y tantas polémicas; y me enorgullece no sólo ser su amigo sino terminar por entenderlo siempre.

Pero volvamos al tema. Marcelo me hizo el reportaje y al terminar me pidió que le dedicara un libro, pero no para él. Para una pareja de amigos suyos que, según me contó, lo habían leído y los había confortado mucho. Me dijo Marcelo que tal vez yo conociera

el caso: hacía apenas cinco meses, en la Navidad del año anterior, la pareja esperaba en Bariloche al resto de la familia. La avioneta particular que llevaba a los que faltaban tuvo un accidente del que no hubo sobrevivientes. Entre los que viajaban estaban tres hijos de la pareja. ¿Se puede imaginar tanto dolor? ¿Tanta desesperación? ¿Tanto coraje? Solamente Dios. No dejo de pensar en ellos desde entonces. He rezado por sus ángeles y por el resto de la familia. Y lo sigo haciendo, por la Gran Esperanza.

Retomando lo de las reacciones por *Más allá de la vida*, es curioso que los más cercanos hayan sido los que dieron una suerte de paso atrás. Daniel Mendoza leyó el libro pero se borra del tema con la mayor amabilidad, según su estilo; Jorge de Luján Gutiérrez, que es muy aprensivo, ni siquiera leyó el librito y rehúye cualquier tipo de relato que tenga que ver con lo que me pasó; Lucho Avilés la posa de agrandado conmigo pero no me preguntó detalles durante todo un año, y sé que si yo me resfrío se asustará pero me llamará para decirme que me deje de joder con mis nanas; Juan Carlos Pérez Loizeau jamás quiso saber detalles a pesar de haberme visitado en el sanatorio casi todos los días de mi internación; mi propia familia —Haydée, mi madre; Rosita, mi mujer; Alfredo Cartoy Díaz, mi hijo postizo; Ramón, mi suegro; la tía María— hace, casi, como si nada hubiera pasado. Se niegan a saber. La única que se animó —por carácter y por edad— a avanzar apenas un poquito en mi experiencia fue mi adorada hija, Rocío. Pero hasta allí nomás; nada de indagar detalles o pedir precisiones. También se borra, a la larga. Y es razonable. Los más cercanos, los que se supone que más lo quieren a uno, no quieren admitir que uno estuvo muerto. Muerto. Carajo, aún hoy me sigue conmoviendo escribir esta palabra aplicada a mí mismo. No me borro como todos ellos porque dediqué el último año a investigar el asunto y cada día estoy más confortado.

Hubo otras reacciones. Como la de mi amigo el periodista Enrique Monzón, con el que nos conocemos desde hace unos veinticinco años y con quien debo frenarme al hablar de lo mío porque me mira en silencio y se le perlan los ojos. O la de Antonio Bendeck, asesor económico de la Embajada de Honduras en la Argentina, a quien conocí por su interés en mi libro y con quien ahora me une un afecto muy grande por él y su familia. O la de mi amigo Alberto Daniel Piotti, que disimula el caso gritándome a guisa de saludo cada vez que nos encontramos: «¡Elmer querido!», en clara referencia al personaje que hace muchos años fuera el protagonista televisivo de la serie *El hombre que volvió de la muerte*. Con lo que demuestra que es más viejo de lo que parece. Humor, temor, emoción, silencios, gritos. Somos tan diferentes. También están las cartas, como la bellísima que me mandó el gran pope de las novelas televisadas en América latina, el señor Abel Santa Cruz. Cariñosa, inolvidable, llena de emoción, para un cuadrito. O la de Raúl Matas, que por años fue director general de la televisión chilena, y uno de los más auténticos caballeros que jamás haya conocido. No supe de él en los últimos veinte años, pero allí apareció su misiva, desbordando afecto desde el otro lado de los Andes. O el sentido poema que me dedicara otro amigo, el periodista Eduardo Marrazzi, rebosante de porteño y macho afecto. Cómo los quiero, Dios mío.

Y la gente. Toda la gente en la calle. Con las alforjas llenas de amor, pidiéndome que

me cuidara, como si fuera de la familia. Agradeciendo la Esperanza. Y los jóvenes de catorce, quince, dieciocho años que se interesaban y preguntaban todo, sorprendiéndome porque nunca imaginé que a esas edades la cosa pegara tanto. Pero es que hay muchas cosas que uno no imagina y que ni siquiera sabe luego cómo agradecer. Todos desnudando su esperanza secreta. Al igual que la reacción en cada reportaje. Todas distintas en algo pero iguales en esencia.

Mirtha Legrand lagrimeó durante mi relato en su programa y aludió luego al libro en más de media docena de ocasiones, cosa que desde aquí le agradezco de todo corazón, aunque lo tenga un poquito maltrecho. El doctor Mariano Grondona dedicó cuarenta minutos de su importante programa al tratamiento impecable del tema, porque entendió el mensaje de esperanza que había tras él. Badía, el primero que me reporteo, ante un silencio en el estudio que no me será fácil olvidar porque sé que los silencios y la atención en un plató de TV no son fáciles ni comunes. Horacio Larrosa, director general de los noticieros de Canal 9, que a través del atorrante de mi muy viejo y querido amigo José de Zer completó un reportaje que mandó al aire en dos días y del que me habló literalmente el país; una hora entera del programa televisivo de Mónica Gutiérrez, con debate; otra hora entera del programa de Silvina Chediek; Antonio Carrizo, el gran maestro, desdramatizó el tema por radio; Rolando Hanglin, en otra emisora, abandonó su manejo de la sátira y el humor para ponerse más serio con la cosa; Juan Alberto Mateyko rompió su propio clima habitual de «todo arriba»; mi amigo Oscar González Oro; Esteban Mirol; innumerable cantidad de radios de la capital de varias provincias del interior del país. Cada uno con su punto de vista, con sus dudas, con sus apasionamientos, pero todos —absolutamente todos— con un respeto profundo, ya no por mí sino por el tema, que era, en realidad, lo que importaba.

Y una carta —una única carta entre cientos— que me retaba un poco. La dejé para el final por dos razones: primero porque ha sido hasta hoy el único medio, que yo sepa, que me criticaba algo, y segundo porque en medio del afecto que destila, me adjunta un poema con el que quiero cerrar este capítulo. La envió Ignacio Anzoátegui, cantor y autor de temas muy dulces, poeta elegido, católico fervoroso, cabeza de una magnífica familia que no se podría comprar con el dinero que él no tiene, nunca tuvo, ni jamás le interesó. Luego del reencuentro epistolar estampado en el principio de la carta, establece los siguientes puntos que transcribo en forma literal:

- 1.— Tu libro es apasionante.
- 2.— Destila verdad por todos los poros.
- 3.— El tema y tu testimonio son invalores.

Pero aquí llega la cosa:

4.— No me gusta cómo está escrito, me parece un libro desnivelado; en cierto modo descontrolado (como si a tu corazón le hubiera faltado un defibrilador a mano). Esto

quiere decir que, al lado de momentos fantásticos, encuentro momentos —párrafos, secuencias, disquisiciones— que me distrajeran mucho del alto meollo de la cuestión. Como si el libro hubiera sido escrito demasiado «en caliente». Al correr de la pluma. Al correr de tu castigado corazón.

5.— Me parece que hay un exceso de malas palabras. Quizás tu intención haya sido dotarlo de naturalidad, despojarlo de artificios. Yo, un viejo mal hablado, sentí desagradado —en algunos momentos— viendo escritas las malas palabras con las que suelo hablar. Desde mi desvencijada óptica creo que se te fue la mano.

Luego sigue una parte bonita, donde me dice cosas que mi pudor me impide repetir pero que agradezco. Quiero responderte brevemente las otras, muy querido flaco. Sí, fue un libro descontrolado, pero no tenía la menor intención de controlarlo. Más que un libro, flaco, fue y es un acto de amor y eso —vos lo sabés muy bien— no puede ni debe ser controlado. El meollo de la cuestión siempre fue «el meollo de la cuestión». Hasta el irme por las ramas tenía que ver porque forma parte de mí. No puedo disfrazarme de otro ni jugar de literato. Es como soy, Ignacio: desordenado, apasionado, agradecido, disperso, loco de desesperación por comunicarme con los demás. Nunca seré un técnico de la literatura ni de nada. Ni siquiera releo los originales, cosa que espantará seguramente a todos los autores. Pero soy yo. Está, en efecto, escrito en caliente. Como éste. Simplemente porque soy caliente para escribir. Siento desde muy chiquito una suerte de fiebre por comunicar cosas. Y ésta era y es la mayor y mejor que comuniqué en mi vida. En cuanto a lo de las malas palabras, no hubo intención de darle naturalidad ni cosa parecida. Salieron, flaco. Yo también soy un viejo mal hablado como vos y aquí siento que le estoy hablando de frente a un amigo, no puedo imaginarme a un lector de biblioteca analizando en medio del silencio cada frase. Para nada. Me imagino que el que está leyendo es un amigo al que le cuento todo lo que sentí, todo lo que investigué, todo lo que me contaron a mí. Y de pronto surge algún carajo o culito, pero vos bien sabés —si no, con repasar el libro te vas a dar cuenta— que no usé ningún término que me avergonzaría usar delante de mi hija. No son malas palabras porque tienen, te aseguro, caro flaco, buenas intenciones. Y es humano siempre que no sea grosero. Vos, que sos tan fervientemente católico como yo, ¿cómo creés que debe haber expulsado Jesús a los mercaderes que estaban en el templo? Lo hizo a puro látigo y seguramente no diciéndoles bellezas. De todas maneras, he tomado cuenta de lo que me decís y me estoy frenando sólo por eso desde que empecé a escribir. No sé si es bueno, pero haré lo posible para que ni por joda se me ocurra escribir ninguna de esas mierdas por las que vos me estás mandando al carajo, aunque con palabras más suaves. Te quiero mucho, Igna, aunque te vea poco. Y te agradezco mucho el poema que me adjuntaste y que creo que viene de perillas para cerrar este capítulo. Lo conocía y me parece un bombón. A propósito, si conocés la historia de su autor —San Agustín—, ¿sabés la cantidad de cosas que tendrías para reprocharle de su vida anterior a la de santo? Otra que malas palabras. Leé sus *Confesiones*. Creo que por eso es mi santo preferido y elegimos con Rosita su iglesia para casarnos. Ese fenómeno maravilloso escribió lo que sigue, que es un poema que se supone proviene de alguien que ya emprendió el Viaje Definitivo. En este capítulo

hablamos del miedo a la muerte y del dolor por la desaparición física de aquellos que hemos amado. Cada uno puede ponerle a estos versos la voz de quien extraña. Imaginen que es quien les dice estas palabras y no van a estar para nada lejos de la verdad. San Agustín, aquí, no es un poeta. Es un vocero, un portavoz de quien está Allí y quiere que ustedes entiendan cómo está. Es quien ahora les dice:

No llores si me amabas.
¡Si conocieras el don de Dios
y lo que es el Cielo!
¡Si pudieras oír el cántico
de los ángeles y verme entre ellos!
¡Si pudieras ver con tus ojos
los horizontes, los campos eternos
y los nuevos senderos que atravieso!
¡Si pudieras por un instante
contemplar como yo la belleza
ante la cual los astros palidecen!
Créeme:
Cuando la muerte venga a romper
tus ligaduras —como ha roto las mías—
y, cuando un día que Dios ha fijado
y conoce, tu alma venga a este cielo
en que te he precedido, ese día
volverás a ver a aquel que te amó
con todas las ternuras purificadas.
Volverás a verme, pero transfigurado,
avanzando contigo por los senderos
nuevos de la luz y de la vida,
bebiendo a los pies de Dios un néctar
del cual nadie se saciará jamás.
Por eso, no llores si me amabas.

Disculpame, Ignacio, pero ¡qué maravilla, carajo! ¡Qué cosa tan bella, tan redondita, tan perfecta! ¡Qué pedazo de mensaje a los que seguimos preguntándonos cosas sobre la muerte! San Agustín. El vocero de los que allí están pero no tienen voz o, al menos, no somos nosotros capaces de oírlas. Creo que más importantes que las reacciones ante la muerte son las reacciones ante la vida.

En lo que sigue podrán apreciar unas y otras.

CINCO

Encuentros muy cercanos

«Al lado mío, apenas un poquito más adelante, estaba Jesús. Yo iba mirándolo y sonriéndome por la paz y porque lo veía a Él...»

Entiendo que es difícil aceptar la muerte.

Cualquiera lo entiende, no hay que ser egresado de Harvard para eso. Después de todo, los egresados de Harvard tarde o temprano también se mueren. Y los profesores, y los que limpian los baños, y los que pasan frente a la universidad sin haber entrado nunca, y usted y yo. Todos nos morimos. A todos la muerte nos iguala, ya que para Dios no corren los egresados de Harvard ni los habitantes de villas de emergencia. Somos hombres, personas que abandonan su cáscara casi perfecta, y que ya no podrán tocar, besar, hablar con los seres amados, llorar en sus hombros o reír dándose abrazos.

Cuando en 1981 nada menos que Su Santidad, el papa Juan Pablo II, el Príncipe de Dios en la tierra para los católicos, fue víctima de un atentado, lo primero que dijo después de los disparos que le impactaron es no sólo histórico sino, también, asombroso: «¿Por qué a mí?» Gracias a Dios el triste personaje que intentó asesinarlo no logró su objetivo: el Papa sobrevivió. Pero aquella frase es para desmenuzarla. «¿Por qué a mí?», preguntó Juan Pablo II Dios sabe a quién, tal vez al mismo Dios. No aceptaba su muerte o, al menos, la cuestionaba, lo que era por completo razonable y aceptable a pesar de su investidura. Tenía un notable antecedente. Según dos de los cuatro evangelistas del Nuevo Testamento —San Mateo y San Marcos—, cuando Jesús agoniza en la cruz, presa de indecibles dolores, eleva sus ojos al cielo y dice, con resignación pero con enorme tristeza: «Eloí, Eloí, ¿lama sabachthani?», es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Luego le dan vinagre empapado en un trapo que alargan hasta su boca seca para multiplicar su dolor. Casi enseguida vuelve a mirar penosamente al cielo, para decir: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y muere. Pero

hasta Él le preguntó a su Padre por qué lo había abandonado. No se puede pedir, entonces, que fulanos cualesquiera, como somos nosotros comparados con Él, podamos admitir con una placidez absoluta la idea de la muerte. Por supuesto que desde un punto de vista teológico aquella frase está irrefutablemente explicada. Pero sigue estando allí, descolgada de la cruz, doliendo.

Al igual que la otra: «En tus manos encomiendo mi espíritu». Nadie mejor que Jesús sabía que aquello no era su desaparición, sino su verdadero nacimiento. Y nadie sufría como Él, hombre, semejantes dolores como para preguntarle a Dios por qué lo había abandonado. En algunos de los testimonios que recibí en los meses que siguieron a mi propia muerte clínica, hubo quienes sintieron, precisamente, la presencia de Jesús.

NORMA HAYDÉE PIQUERO DE GÓMEZ vive en el barrio de Parque Patricios, en la Capital Federal de la Argentina, y acota que su número de documento nacional de identidad es 12.361.358. Es casada, y en mayo de 1991 su hija tenía cinco meses. El 13 de julio de 1978 sufrió un accidente automovilístico que la llevó a un estado de coma con diagnóstico de politraumatismo encefalocraneano con hundimiento y fractura de temporal derecho. Fue internada en el Hospital de Agudos José M. Penna donde la asistieron el doctor Miguel Iusem, el jefe de neurocirugía, el doctor Salvat, y los doctores Fernández Boan, Bitondo, Aguirre y Decilis. Estuvo en estado de coma durante quince días. Al tercero sufrió un paro cardíaco del que fue recuperada. Todos le preguntaban qué había sentido entonces. Aquí lo cuenta:

Sentí que me elevaba y me invadía una gran paz. Todo era cielo. Un cielo negro donde no había estrellas ni planetas ni nada. Se abrió una gran luz que marcaba un camino y una quiere ir desesperadamente por él porque parece que al final del camino está la vida. No tenía sexo, no extrañaba a mis familiares ni me acordaba de ellos. Es más, una no quiere volver. En la tierra, en el hospital, mi cuerpo estaba muy mal y mi cara desfigurada, el cabello se estaba pudriendo por la sangre. Todo era terrible. Los médicos decían que si no reaccionaba no había nada que hacer. Pero yo no estaba ahí. Me trasladaba por ese camino y mi cuerpo estaba perfecto. Tenía una túnica blanca hermosa, mi cabello lo tenía más largo y esa paz tan inmensa que con palabras humanas nunca se puede explicar y que usted también experimentó, gracias a Dios. Esa luz me atraía más y más. Cuando llegué al final del camino estaba sobre una gran nube en todo su esplendor el Señor Jesucristo, era Jesús con toda su grandeza, gloria y humildad. ¿Sabe lo que se siente? Amor. Pero no el amor humano sino el amor que sólo Dios puede dar, ese que necesitamos y buscamos en distintas cosas como religiones, ciencia, ocultismos, pero sólo Dios Jesucristo nos da. Es tan grande y hermoso que cuando lo vi quería abrazarlo desesperadamente y sobre todo al verlo que está vivo y no es una historia. El Señor estaba de espaldas, no me dio la cara, pero Él extendió su brazo

hacia atrás deteniéndome y toqué su bella mano y Él me agarró con suavidad. Yo estaba suspendida en el aire. No toqué espíritu sino carne porque Él está vivo. Muy lentamente me fue soltando y me dijo «no me toques» y algo que no sé qué fue me tiraba para atrás y caí en un túnel de colores donde mi cuerpo giraba y seguí escuchando su voz que decía: «Estoy vivo. Soy Jesús. Ve y diles lo que viste». Caí en un patio que era donde mi mamá vivía de soltera. Estaba mi abuela sentada en su silla y con sus brazos abiertos me esperaba. Corrí y la abracé llorando porque recién ahí me di cuenta de que estaba muerta. Yo a mi abuela no la conocí, ella murió cuando yo nací. En ese momento le dije «abuela, no quiero morir» y ella me sonreía y me acariciaba la cabeza y me dijo «quedate tranquila porque no vas a morir». Fue en ese preciso momento que volví a mi cuerpo. Los médicos me sacaron del paro al igual que a usted. Pasaron diez días más y el 27 de julio a las 18 abrí los ojos (era el día de mi cumpleaños). Lo primero que sentí es que no quería estar ahí. Quería estar allá, con el Señor de la túnica resplandeciente, de largos cabellos, de potente voz y de su luz hermosísima.

He respetado al pie de la letra el texto de la carta de Norma. Lo único que cambié fue escribir con mayúscula Él cuando se refería a Jesucristo, ya que en el apasionado original que conservo está con minúscula, lo cual no le quita en lo absoluto fuerza. Lo mío fue más un acto de respeto literario-religioso que otra cosa. Respeto que Norma mantiene sin dudas y de manera monumental. Por lo demás, el resto del texto ha sido reproducido exactamente y sin el menor agregado ni retoque para no restarle el poder de fe que tiene. Norma agrega luego en su carta algunas consideraciones personales, y dice en un momento dado con la increíble potencia de la espontaneidad:

Quiero afirmar y reafirmar con mi vida, si fuese necesario, que al final del camino con el único que se van a encontrar es con Jesús.

No sé si leyeron bien: «Con mi vida, si fuese necesario», escribió Norma. Si eso no es Fe yo soy madame Pompadour, personaje que no es precisamente uno de mis ídolos.

HILDA F. DE GARCÍA vive en Gobernador Crespo, provincia de Santa Fe, Argentina. Está casada y —como ella misma dice con humilde orgullo— tiene un esposo y una hija de diecisiete años (Pamela) que la quieren mucho. Lindo eso de saber que a uno lo quieren mucho. Muy lindo. El 17 de junio de 1976 se hallaba con un embarazo a término. Pero algo ocurrió:

Cuando ya estaba por tener mi bebé me da un tromboembolismo pulmonar. Me trasladan a la ciudad de Santa Fe y allí me colocan un aparato llamado *Mobbin*

Udim, comúnmente filtro o paragüita. Lo insertan en la vena cava para ayudarme a eliminar coágulos. A las veinticuatro horas me hacen la cesárea con mucha dificultad y mi bebé nació muerto. A los siete días se me abre la herida y queda un tramo de intestino afuera. Me llevan de urgencia a cirugía, bastante delicada por ser dos operaciones tan seguidas y por estar tan anticoagulada. Es allí donde vivo la experiencia que le quiero contar. Saliendo ya de cirugía me siento mal, muy mal, y en ese momento siento que me voy en algo similar a un túnel de humo y al fondo una luz con grandes destellos. Alguien me llevaba, me absorbía, y vi a una persona de barba muy blanca que me esperaba. Yo le pido que me deje ver grande a mi hija y así es como me despierto y veo que me están poniendo oxígeno y tratando de reanimarme. Hoy, después de tantos años, recuerdo todo aquello y pienso que realmente fue una experiencia muy linda pues no tuve miedo, al contrario.

Es obvio que los casos en que las personas que estuvieron clínicamente muertas y cuentan haber «visto» a Jesús tienen, en todos los casos, una educación religiosa católica. No escuché en lo personal ni conozco, a lo largo de la investigación periodística y la lectura de decenas de libros sobre el tema, ninguna situación de este tipo en la que personas de otras religiones hayan contado un encuentro con Cristo. Esto no significa que no existan casos de esta naturaleza, pero es mi obligación poner en claro que no tuve acceso a ninguno. Hay más.

LUISA GONZÁLEZ DE CARBÓ permite, de puro coqueta, que se diga que tiene «algo más de sesenta años». Vive en la Capital Federal y es jubilada. Trabajó como cartógrafa en el antiguo Ministerio de Marina. En la actualidad vive con su hija y, además de su jubilación, recibe una pensión por su marido fallecido, que era abogado. Cuenta:

Yo tuve una fatiga muy grande. Fatiga en el sentido de que yo sufro de asma y empecé a respirar mal. Eran las once, once y media de la mañana del 12 de mayo de 1990. Yo quería respirar y no podía. Estaba acostada en la cama y sentí que me ahogaba. Como pude le pedí a mi hija, que estaba a mi lado, que llamara al hermano, a mi hijo, porque creí que me moría. Mi hija me decía: «No tengas miedo, no tengas miedo», pero yo me sentía cada vez con menos fuerza y sin poder respirar. En ese momento caigo en una especie de balde muy grande, con tiras negras, todo muy oscuro. Enseguida sentí como un tirón de alguien que me llevara hasta un campo amarillo, muy grande, muy amplio, donde había mucha luz pero que a mí no me molestaba ni la luz ni nada. No sentía ni calor ni frío. Yo iba con una túnica larga y sentía mucha paz. Al lado mío, apenas un poquito más adelante estaba Jesús. Yo iba mirándolo y sonriéndome. Me sonreía por la paz y porque lo veía a Él. Pero Él no me miraba. Lo único que yo vi es que Él tenía su

túnica, igual a la mía, sus sandalias y el cabello rubio y ondeado. No cruzamos ninguna palabra. Yo lo que hacía era sonreír porque estaba al lado de Él, que me parecía una cosa imposible. El Jesús que yo vi era alto, espigado, con su túnica y joven, muy joven. Yo no tenía mi edad, era joven también. Me veía a mí misma como de unos veintisiete o treinta años. Me daba cuenta de que era joven, lo sentía. El lugar donde estábamos no tenía ni árboles ni nada, era un sitio inmenso, todo amarillo, muy amplio. Y yo sentí paz. Paz y tranquilidad allí. Mi intención era seguir caminando para buscar a mi hermana, que murió hace dos años, pero se cortó todo de golpe porque ya habían llegado el médico y la doctora en la ambulancia del Hospital Naval y ahí se borró lo que sentía y después me llevaron. Nunca sentí miedo, al contrario. Después, cuando salí del hospital, hablé de esto con un sacerdote que me dijo: «Sos una privilegiada, te busca para algo», y más tarde con un pastor evangélico que me dijo que era «una elegida». Yo no sé nada de eso, pero sé que desde entonces me siento como acompañada todo el tiempo por Jesús y siento también que tengo más energía.

No es muy común que un adulto «vea» a Jesús durante una Gran Experiencia. Más adelante veremos otros casos donde sí es habitual, y los relatos son extremadamente bellos. Pero es otra cosa, aun siendo lo mismo.

No caben dudas de algo: en todos los casos de personas clínicamente muertas que son recuperadas y que han pasado por sensaciones que hasta ahora son por completo inexplicables, siempre esa experiencia ha reforzado la Fe. Siempre. No solamente en los casos que escuché personalmente, sino en todos los que aportan los investigadores del tema de cualquier rincón del mundo. Son destacables los testimonios de quienes se decían ateos antes de una NDE y luego se transformaron en fervientes creyentes. No estoy hablando de una religión determinada sino de la Fe en Dios, canalizándola luego cada uno como más le parezca.

A esta altura es bueno reiterar que no todos los que sufren una muerte clínica sienten las cosas que aquí contamos. Según el doctor Moody cerca de la mitad de los que tuvieron un paro cardiorrespiratorio sienten una Gran Experiencia. Pero según las estadísticas propias de otro de los grandes investigadores, un tanto más severas, solamente un tercio goza de ese misterioso privilegio. Si bien no está claro por qué los restantes —los que sean— no recuerdan nada, hay una considerable y discutible cantidad de teorías al respecto. Para no entrar en absurdas polémicas sin sentido, podemos tomar como la más aceptable la que habla de un «bloqueo mental». La psiquis «baja una cortina» que tapa o borra el hecho, como una forma de defensa a su usuario. Es posible que esa persona no quiera ni pueda soportar lo que sintió y el olvido psicológico acude prestamente como el Llanero Solitario para preservarlo del shock.

Hay otros encuentros muy cercanos. Con una persona en especial, por ejemplo. Alguien ya muerto hace tiempo pero muy querido.

TEODORA GERZINIC tiene actualmente treinta y cuatro años, vive en Castelar y trabaja en la Casa de Tierra del Fuego, en la Capital. Adorable, muy suave, simpática y con un nivel intelectual que la distingue. El 15 de agosto de 1979, cuando tenía veintidós años, sufre una insuficiencia respiratoria aguda fulminante provocada por una alergia a ciertos medicamentos que tomaba por una bronquitis muy fuerte.

—¿Tuviste paro respiratorio o paro cardiorrespiratorio?

—Todo, porque quedé sin signos vitales. Esto duró, según me contaron luego, unos dos minutos...

—¿Qué sentiste cuando pasaste de la conciencia a... bueno, a lo que sigue...?

—¿A lo que sigue? Al mejor momento... Cuando sentí que me asfixiaba, que no podía respirar más, fue desesperante. Allí me entregué; y allí comencé a sentir una paz que no podré describir nunca. De pronto me sentí en el techo de mi habitación observando mi cuerpo y lo que sucedía alrededor de él...

—¿En qué lugar estabas?

—En mi casa, en mi cuarto. Enseguida de haber comenzado yo con los síntomas, la fatiga, la falta de aire, mi mamá había llamado de mucha urgencia a un matrimonio de médicos que no vivían lejos. El doctor y la doctora Nebbia... Cuando empezaron a atenderme yo ya me sentía en el techo de la habitación, así que veía a mi propio cuerpo y a ellos trabajando sobre él. Vi muy claro que la doctora ni siquiera tuvo tiempo de sacarse el tapado y vi muy claros todos los detalles de los preparativos... Mientras los médicos buscaban reanimarme yo veía a mi mamá en la puerta de la habitación llorando a gritos y pidiendo «por favor, sálvenmela»... También vi desde allí arriba la llegada de mi hermana, que no estaba en casa y que se desesperó cuando entró y se dio cuenta de qué estaba pasando... A pesar de la desesperación que yo veía allí abajo, me sentía con una paz absoluta, quería tranquilizarlas pero no podía hacer nada...

—¿Cómo te veías a vos misma?

—Yo estaba en la cama, boca arriba y con la cara completamente desfigurada por la falta de oxígeno, con un gesto horrible. Los médicos me buscaban una vena en el brazo con mucha ansiedad. Iban a inyectarme algo, no sé qué...

—¿Sentías miedo, dolor, angustia?

—No, para nada. Era como una espectadora imparcial de lo que allí abajo ocurría. Días después me pregunté cómo había sido posible que no me contagiara de la desesperación de mi pobre mamá y mi hermana. Pero no dependía de mí. Yo estaba en paz... Enseguida sentí como si empezara a navegar por un túnel lleno de luces de colores y apareció toda mi vida representada como un flash, veintidós años en un segundo...

—¿No habías visto a nadie?

—No hasta ese momento. Fue entonces cuando apareció frente a mí mi abuelo, que había muerto hacía cinco años y al que yo siempre había amado profundamente. Lo vi como puedo ver ahora a cualquier ser humano. Incluso la vestimenta. Estaba vestido con el traje que se ponía en días de fiesta. Me dijo que estaba muy contento porque lo había ido a visitar...

—¿Te habló?

—Sí, me habló. Me dijo eso de la alegría de verme, me dijo también que sabía que yo lo quería tanto y que él me quería igual, muchísimo. Dijo, además, que a él le gustaría mucho que yo me quedara pero que no podíamos quedarnos juntos aún. Que estuviera tranquila porque desde donde estaba él iba a ayudarme siempre...

—¿Todo eso te habló? ¿Y era su voz?

—Era la voz de mi abuelo y era él y yo hubiera querido quedarme con él porque lo amo mucho. Hablo en presente, perdoname, pero es que siempre que me refiero a él hablo en presente desde entonces...

—Está bien, está muy bien...

—Aunque él me dijo allí que no podíamos quedarnos juntos aún, ni siquiera por eso sentí angustia. En ningún momento perdí esa sensación de paz total... Después de las palabras de mi abuelo creció una luz muy brillante pero que en ningún momento me ennegueció. Esa luz me llevó hasta un enorme portón...

—¿Te llevó? ¿Es decir que sentiste como que te acompañaba?

—Me llevó. La luz me llevó hasta ese portón que jamás podré describir. Era hermoso, como tallado, hermoso y majestuoso...

—¿Se abre en algún momento?

—No, no se abre nunca. Allí yo sentí que tenía que regresar a mi cuerpo. Y empecé a sentir cómo iban creciendo dentro mío los dolores. No dolores físicos sino dolores de angustia, ¿entendés? La angustia que allí no había sentido y que ahora volvía... Yo la defino como la angustia de la finitud... Estuve en mi cuerpo de golpe y allí sentí de otra manera a mi mamá, mi hermana, los médicos, la desesperación de todos ellos y enseguida la alegría porque yo estaba volviendo y todo eso... La pareja de médicos se quedó toda la noche conmigo. Pero ya todo había pasado.

Teodora tiene sus ancestros en Eslovenia y es de una familia fervientemente católica. En un lugar como aquél, donde ser católico era algo muy difícil y hasta peligroso. El hermano de su padre —cuenta— debió casarse a escondidas a las tres de la madrugada para poder hacerlo como querían, por Iglesia. Así fue su formación.

—¿Qué cambió en vos después de aquello?

—No cambió mi esencia, pero me ayudó a ponerme en el lugar del otro y a no juzgar ni prejuizar. Aumentó mi instinto de vida. La vida me pareció más hermosa. Me enseñó a darme. Me enseñó a dar.

SEIS

La fe y la ciencia

«Padre Juan: ¿Cómo se explica que un Dios todo bondad, como el nuestro, pueda condenar con el infierno...?»

Vamos a jugar juntos.

Por favor, sigan al pie de la letra las instrucciones que vienen a continuación y verán que es un juego apasionante. Cuando ustedes vean escrita la palabra «ahora» toda en mayúsculas, detengan la lectura y aparten los ojos del librito mirando al frente —estén donde estén— por unos pocos segundos. Luego vuelvan al párrafo que sigue. Atención, entonces: AHORA.

Muy bien. Esos segundos de haber mirado al frente ya forman parte del pasado de sus vidas. Más aún: la reciente frase «forman parte del pasado de sus vidas» también ya forma parte del pasado de sus vidas. Y así siempre, cada milésimo de segundo. Con el mismo mecanismo (la palabra «ahora» toda en mayúsculas como disparador) van a leer en qué página están, luego cerrarán el librito y volverán a abrirlo buscando esta continuidad. Es un acto que forma parte del futuro inmediato de sus vidas y que —en este caso— está por completo programado. ¿Listos? Atención: AHORA.

Hace unos pocos instantes, el acto de cerrar y volver a abrir el librito era el futuro. Ahora es el pasado. Y aquí vienen las sorpresas que tan sabiamente nos enseñó San Agustín en sus *Confesiones*, un tratado de filosofía que aún hoy sigue siendo base para los eruditos en esa disciplina. San Agustín nos dice que el pasado *no es*, ya que, si fuera,

sería presente y no pasado. Lo mismo afirma del futuro teniendo en cuenta que, si el futuro fuera, sería presente. ¿Y el presente, ya que hablamos de él? El presente, nos cuenta San Agustín, es una mera línea divisoria entre aquellas dos cosas que no son: el pasado y el futuro. Una línea sutil e imposible de aferrar porque desaparece en la medida en que ocurre. En pocas palabras, San Agustín nos recuerda que para nuestra concepción habitual, el tiempo se divide en pasado, presente y futuro. Si en realidad ninguno de los tres existen formalmente, el tiempo no existe. Así de simple y categórico. Me gustaría no haberme puesto demasiado difícil. Hasta estoy tentado de apretar la tecla de suprimir en la computadora y empezar otra vez este capítulo con otra cosa. No quiero que se asusten. Lo que ustedes acaban de leer, y hasta el jueguito ese que inventé para tenerlo como prueba y hacer la cosa más palpable y digerible, es nada menos que uno de los principales fundamentos de la filosofía universal. De allí parten un montonazo de cosas en las cuales (no teman) no nos meteremos. Pero la idea base es ésta: el tiempo no existe desde un punto de vista filosófico y, si hay quienes pretenden discutir esto, que le vayan a cantar a San Agustín. Claro que no les aconsejo enredarse en un planteo semejante con el Grande entre los Grandes.

Se trata de comprender que la cosa no pasa por este instante (que acaba de fenecer) ni por el que ya viene, que sigue la misma suerte. La cosa pasa por un Todo que nos demuestra que nuestra vida en la tierra es más efímera que un pedito en un huracán.

Midiéndolos con los parámetros que nosotros inventamos (relojes y calendarios) hay mosquitos que, desde su nacimiento hasta su muerte, no están más de cinco horas en el mundo. Las abejas obreras viven unas cinco semanas. Las ratas hasta los tres años, poco más o menos. El león y la paloma alrededor de treinta y cinco años. El caballo y el mono rondan los cuarenta como máximo. El búho y el elefante pueden celebrar alegremente su cumpleaños número sesenta. Los papagayos llegan a los setenta años. El cocodrilo y el águila suelen alcanzar los cien. La tortuga —el más longevo de los animales contemporáneos— sobrepasa a menudo, cómodamente, los ciento cincuenta años. El hombre, por su parte, que es también un animal y a veces mucho más que los otros porque decide guerras, desparrama el SIDA, se fuma todo, come basura, conduce un auto a velocidades locas y varias lindezas más por el estilo, tiene actualmente un promedio de vida de setenta y cinco años. Se calcula que pueden agregarse un par más —siempre como promedio, lo que es muy importante— al terminar esta década, con la que finaliza también el milenio.

Claro que hay una diferencia notable con la cual llegamos, finalmente, al meollo de la cuestión: de todos, es el hombre el único que SABE que va a morir. Puede disimularlo, taparlo, aparentar indiferencia, jugar a la soberbia o hacer lo que más le venga en gana. Pero SABE. Sabe que va a morir tarde o temprano, irremediablemente, sin poder hacer nada para evitarlo. Nada. Allí empieza a parecer una estupidez el asunto de manejarnos tanto con tiempos, y comienza a crecer de una manera grata y esperanzada el concepto del Todo del que hablamos unas líneas atrás, cuando éramos unos minutos más jóvenes.

Ese Todo abarca nuestro paso por la vida en la tierra y lo que viene después, que es nada menos que la eternidad. No es para nada casual que absolutamente todos los que

han tenido una muerte clínica y han vuelto a la vida dicen (decimos) que durante la Gran Experiencia no existen la idea ni la sensación de tiempo. Aquí el momento fue medido con nuestras pautas: cuarenta segundos en mi caso, un minuto en otros, dos en algunos. Pero Allí no hay relojes. Lo que la inmensa mayoría ha declarado en los testimonios que yo mismo recogí y en los miles que también lo hicieron en los Estados Unidos, en donde más se estudia el tema, es que lo que se siente es una completa ausencia de apuros o premuras de algún tipo. No hay sensación de tiempo. La eternidad no puede tener sensaciones de tiempo porque no hay cómo medirla. Es siempre. Es el Todo. Con la mayor humildad, me consta.

Cuando yo era chico (porque no existirá el tiempo pero sí la memoria), un hombre de sesenta años era considerado «un viejo», aun por sus pares, que se consideraban a sí mismos de igual manera. Hoy puede decirse que está en el mejor momento de su vida. Mientras escribo estas líneas, por ejemplo, no hace mucho que cumplieron ochenta años —el mismo día, el 24 de junio— el escritor Ernesto Sabato y el quíntuple campeón mundial de automovilismo (y quíntuple *by pass*), Juan Manuel Fangio. En los respectivos reportajes y sin dejar de considerar la severa seriedad del primero y la tintineante picardía del segundo, ambos demostraron no sólo una lucidez maravillosa sino también una profundidad feroz. Por esta misma época la increíble Tita Merello —a sus ochenta y seis años y ocho meses— acaba de grabar el tango *Se dice de mí en tiempo de rap*. Otro octogenario, Ronald Reagan, simula descansar en sus campos de California mientras continúa asesorando de cerca al que fuera su vicepresidente y es ahora su sucesor como primer mandatario de los Estados Unidos, George Bush. Y así muchos, famosos y desconocidos.

Lo que esto reafirma es el hecho de que el hombre, con todos sus avances médicos, biológicos, fisiológicos y técnicos, vaya logrando modificar, aumentar, prolongar su estadía en la tierra cada vez más. Mientras que Allí, del Otro Lado, nada cambia porque no hay nada que cambiar. El fenómeno que nos ocupa en este librito —el «viaje de ida y vuelta», la Gran Experiencia— no es en absoluto nuevo. Ya en *Más allá de la vida* contábamos que similares sensaciones están reproducidas en *El libro tibetano de los muertos*, que lleva más de dos mil quinientos años de escrito. O, mucho más atrás, en los documentos egipcios que también tienen su «libro de los muertos». Más cerca de nuestro tiempo, en el año 730, San Beda, mucho más conocido como el «Venerable Beda», escribió en su *Historia eclesiástica del pueblo inglés* un relato prácticamente idéntico a muchos que he escuchado en los últimos doce meses. El Venerable Beda, filósofo, teólogo, historiador nacido en Jarrow, Inglaterra, fue —y aún lo es, claro está— considerado una verdadera autoridad teológica, no sólo en la Iglesia de su país sino en toda la cristiandad, a la que legó muy importantes obras. En la mencionada relata, entre otras, la historia de un hombre al que se había dado por muerto y, sin embargo, despertó y regresó a la vida. Lo primero que dice este hombre al volver es, de acuerdo con lo que Beda escribe:

No teman. He vuelto, rescatado de las garras de la muerte y me fue dada la

ocasión de vivir otra vez entre los hombres. Pero, de ahora en más, no debo vivir como lo hacía hasta hoy. Debo cambiar mi forma de vida.

Me pregunto en qué se diferencian estas primeras palabras después de una Gran Experiencia vivida en Inglaterra hace casi diecisiete siglos con las decenas de frases similares que yo mismo escuché y registré en mi grabador durante la investigación periodística. En nada. Los conceptos son idénticos y —en algunos casos— hasta las palabras. El Venerable Beda cuenta, luego, el relato de este hombre que reconstruye lo que fue su paso por el estado de muerte. Lo hace así:

Desde el primer momento sentí que me acompañaba un guía, un hermoso joven que llevaba una túnica brillante y luminosa y con el que caminábamos muy tranquilamente, sin apuros. Llegamos muy pronto a un valle inmenso y profundo. Allí surgió una luz que todo lo llenaba, una clara luz resplandeciente que me subyugaba. Enfrente teníamos una gran muralla, muy larga y muy alta. Nos encaminábamos hacia ella y yo me preguntaba por qué lo hacíamos si sería imposible traspasarla, pero apenas llegados me sentí en el acto parado con el joven sobre la muralla, sin darme cuenta acaso. Detrás de ella resplandecía un prado muy bello donde la luz era aún más poderosa que aquella a la que nos habíamos enfrentado, aunque cuando lo hicimos no creí que pudiera existir otra luz más poderosa. Se derramaba en derredor como los rayos del sol cuando éste está en su punto más alto. Allí quedé solo unos instantes, disfrutando de aquello, ya que el joven guía había desaparecido de mi lado. Al cabo retornó como de la nada y me habló por vez primera, diciéndome: «Ahora debes volver a tu cuerpo y vivir con los hombres nuevamente, pero si observas cada una de tus acciones mejor de lo que has observado hasta hoy y te esfuerzas por ser sencillo y virtuoso, cuando mueras retornarás a este lugar porque te habrás ganado un puesto entre estos felices espíritus que contemplas. Al dejarte solo fue para descubrir cuál sería tu futuro y ahora lo sé». Al escuchar al joven guía me resistí a volver a mi cuerpo, mostrándome muy reacio a hacerlo ya que estaba hechizado por la belleza y la paz de aquel lugar y no deseaba abandonarlo, pero mientras tanto y sin que yo sepa cómo, me encontré de repente vivo y otra vez entre los hombres.

Oigan, no sé si tomaron conciencia de que todo esto fue contado por el Venerable Beda —un talento teológico, ya lo dije— en el año 730 de nuestra era. No sé si se dan cuenta de que casi palabra por palabra la cosa coincide notablemente con los relatos que les fueron contados a gente como el doctor Raymond Moody, el doctor Keneth Ring, la doctora Elizabeth Kübler-Ross, el doctor Melvin Morse, el doctor Michael Sabom y una enorme cantidad de profesionales contemporáneos que son, en su mayoría, además de médicos, filósofos o psicólogos. Incluyo lo que yo, modestamente, escuché después del libro *Más allá de la vida* en un centenar de ocasiones. En medio de todo este embrollo

metafísico se incluyen casos notables, como el del doctor Sabom que, tal como conté en mi primer libro sobre este tema, era un escéptico de aquéllos. Arrancó negando de manera definitiva lo del doctor Moody, continuó con una suerte de apuesta con una asistente social llamada Sarah Kreitzguer, que compartía sus reuniones religiosas y ante la que trató de «farsante» al doctor Moody, finalmente terminó —al comprobar con sus propias investigaciones que el asunto iba en serio— siendo uno de los popes de este tipo de estudios, en los que hoy en día sigue manteniéndose.

Lo peor que le puede pasar al entendimiento es cerrarse, construir murallas que luego nadie se atreve a trasponer, y negar lo que no entiende. La historia de la ciencia viene demostrando que éste es un error desde el vamos. No hay que olvidar infinidad de casos en los que, sin más remedio, la ciencia cambió. Es notable, por ejemplo, que hasta los primeros años del siglo XIX (no hace tanto) los científicos negaban enfáticamente la existencia de meteoritos. «No puede ser...» decían, «ya que no es posible que caigan piedras desde el cielo, ya que en el cielo no hay piedras». Recién en la década del veinte de este siglo algunos científicos de la Universidad de Princeton comprobaron que, en efecto, caían «piedras» del cielo. Ubicaron algunas, las analizaron y confirmaron de manera científica que se trataba de fragmentos de roca que provenían del espacio exterior. Les dieron nombre, apellido e identidad comprobada nada menos que a los meteoritos. Es igualmente notable que —tal como está expresado en el diario *La Nación*, de la Argentina, con absoluto rigor histórico— el Santo Oficio determinara en el año 1633 (y transcribo literalmente) que «sostener que el sol está colocado inmóvil en el centro del mundo es una opinión absurda, falsa en filosofía y formalmente herética porque es expresamente contraria a las Escrituras. Sostener que la Tierra no está colocada en el centro del mundo, que no es un punto inmóvil y que tiene un movimiento de rotación, es también una proposición absurda y no menos herética en la fe». Un grupo de teólogos, de manera unánime, calificaron de esta manera la tesis de Galileo Galilei, luego de sólo cuatro días de deliberación. El sabio Galileo —procesado y condenado— había nacido en la ciudad de Pisa el 15 de febrero de 1564, y en ese mismo lugar —siglos más tarde— Su Santidad Juan Pablo II habló en la universidad donde Galileo estudió y enseñó, elogiándolo. Dijo Juan Pablo II que «su teoría (la de Galilei) es ahora reconocida por todos como un paso esencial en la metodología de la investigación en general y en el camino hacia el conocimiento del mundo de la naturaleza». Este texto, reitero, fue publicado en *La Nación* del 15 de septiembre de 1989 e incluido en el maravilloso trabajo de Arturo Pasqualis Politti, un ferviente católico de setenta y tres años de edad, catequista devoto, que editó con sus medios un libro al que él llama humildemente «folleto» y que lleva por título *El hombre, corona de la Creación*. El mismo libro donde Politti reproduce dogmas católicos reafirmados en diferentes concilios: «Es de fe definida que el hombre se compone de cuerpo y alma racional y que dicha alma es inmortal». Prácticamente la base de la religión judeo-cristiana está no aquí sino Allá, en la vida eterna. Lo mismo ocurre con los musulmanes, los otros grandes monoteístas de la historia de las religiones.

Pero, a fin de seguir con las pruebas de antaño, Norma Sanz de Ghigo, de Laboulaye,

en la provincia de Córdoba, Argentina, fue uno de los centenares de lectores que me escribieron, aunque llegó más lejos. Me envió una preciosa carta y adjuntó la fotocopia de un curioso cuadro de Hieronymus Bosch, un impresionante pintor nacido en 1450 y muerto terrenalmente en 1516. En ese cuadro, llamado *Purgatorio* sabe Dios por qué, todo consiste en un clarísimo túnel muy negro al final del cual hay una luz que aguarda a la pequeña y única figura de la obra. El original se encuentra en el palacio Ducal de Venecia, y tanto Norma como yo ignoramos si Hieronymus Bosch, más conocido como «El Bosco», vivió algún tipo de Gran Experiencia. Pero expresa, con su arte y hace quinientos años, una síntesis de lo que se siente. Lo único que no encaja es lo de «Purgatorio». En estos últimos doce meses he discutido amablemente con muchos hombres de la jerarquía de la Iglesia la idea del Cielo, Infierno y Purgatorio. No quiero meterme en camisa de demasiadas varas para mi talle y no voy a polemizar sobre el tema, que no es precisamente el de este librito que pretende refirmar la Fe y la Esperanza por sobre todo. Y atención: no pretendo ni por equivocación apartarme de lo que es mi Iglesia. Sería un cerdo si me montara sobre el éxito del primer libro y quisiera crear algo así como una Iglesia nueva o algo por el estilo. Soy católico, apostólico, romano, pero, como tal, tengo derecho a discernir y a preguntar e, inclusive, a disentir. De lo contrario sería otra cosa.

Porque amo a mi Iglesia profundamente es que —por su misma manera y estilo de ser— le puedo plantear mis dudas.

Politti rescata también en su libro una notable frase, que no sólo justifica sino que avala esas dudas. Pertenece a los Documentos del Sínodo, del año 1985, al cumplirse dos décadas del esclarecedor y muy actualizado Concilio Vaticano II. Dice: «La teología, según la conocida descripción de San Anselmo, es la fe que busca entender. Porque todos los fieles cristianos tienen que dar razón de la esperanza que hay en ellos mismos, la teología es necesaria en la vida de la Iglesia y especialmente hoy». Notable. Hermoso. Un indiscutible cristiano como lo fue el filósofo Blas Pascal lo decía tan clarito como el agua no contaminada: «El hombre no es más que una caña; la más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa». Si perdemos el pensamiento, si dejamos de plantear cosas, si sencillamente sobrevivimos y dejamos que todo transcurra a nuestro alrededor, si no tenemos dudas, si no queremos saber más para bien de todos, no somos muy diferentes de un chanco, una rata, una serpiente o una cucaracha. No somos hombres. No sé ustedes, pero yo estoy orgulloso de ser una persona. Respetando profundamente mis creencias pero —al hacerlo—respetándome profundamente a mí mismo. Si no, no vale.

La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe de la Iglesia Católica dirigió una carta a todos los obispos miembros de las conferencias episcopales del mundo el 17 de mayo de 1979. En ella refirma, muy pero muy especialmente, una perfecta fidelidad a las verdades fundamentales de la Fe, de manera especial hoy. Sigue diciendo más adelante, y de una manera que exime de cualquier comentario: «...ha parecido oportuno y urgente llamar la atención de aquellos a quienes Dios ha confiado el cuidado de promover y defender la Fe...» Aclara de inmediato para no dejar lugar a dudas: «Se trata del artículo del Credo concerniente a la vida eterna y, por consiguiente, en general al más allá...»

Agrega luego que no puede haber duda alguna con respecto a este tema y, para clarificarlo por completo, determina sin vueltas y de manera definitiva:

- 1.— La Iglesia cree en la resurrección de los muertos.
- 2.— La Iglesia entiende que la resurrección se refiere a *todo el hombre*; para los elegidos no es sino la extensión de la misma resurrección de Cristo.
- 3.— La Iglesia afirma la supervivencia y la subsistencia, después de la muerte, de un elemento espiritual que está dotado de conciencia y de voluntad, de manera que subsiste *el mismo yo humano*.

Así continúa, de manera muy esclarecedora, durante cada uno de los puntos en los que se refirma la Fe por sobre todas las cosas y en los que se sostiene —como siempre ha ocurrido históricamente— la idea de la vida eterna. Pero en el punto siete, que ruego lean con especial atención, el asunto es definitivo. Dice literalmente:

7.— Ni la Sagrada Escritura ni los teólogos nos dan la luz suficiente para una adecuada descripción de la vida futura después de la muerte. El cristiano debe mantener firmemente estos dos puntos esenciales: debe creer, por una parte, en la continuidad *fundamental* existente, en virtud del Espíritu Santo... pero, por otra parte, el cristiano debe ser consciente de la *ruptura radical* que hay entre la vida presente y la futura, ya que la economía de la Fe es sustituida por la plena luz. Nosotros estaremos con Cristo y «veremos a Dios»; promesa y misterio admirables en los que consiste esencialmente nuestra esperanza. *Si la imaginación no puede llegar allí, el corazón llega instintiva y profundamente.*

Más claro que un manantial, viejo. Vuelvan a leer de dónde proviene esto: carta de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana a todos los obispos del mundo. Atención, nada de la época del jopo. Esto es de hace poquito, del día 17 de mayo de 1979. Algo más de doce años en el momento en que escribo estas líneas. Nuevecito y actual.

Insisto con la posición de mi Iglesia, sin meterme en otras por dos razones: la primera es porque es la que más conozco, y no olvido lo que hace muchos años le dijo a mi amigo el eminente a nivel internacional doctor Luis de la Fuente su querida, intuitiva y muy religiosa tía Manuelita: «Antes de incursionar en otras religiones es necesario que conozcas la tuya al dedillo»; y la segunda razón es que confieso aquí que he recibido de parte de absolutamente todos los que son creyentes en mi religión una catarata de amor, de adhesión y de pedidos de que siga apuntalando a la Fe en un mundo que la necesita tanto. Pero, si bien hubo una considerable mayoría de la jerarquía eclesiástica que entendió el mensaje y me lo hizo saber con entusiasmo, también hubo algunos que —a ese nivel— adoptaron una suerte de temor a jugarse, que sentí como una patada exactamente allí. Aunque ninguno, debo admitirlo, puso en tela de juicio mi testimonio en

ningún momento, hubo quien expresó sus tibias y racionalistas dudas de que ESO fuera el principio de la vida eterna. Con una muy inteligente autoridad eclesiástica, que no voy a mencionar porque no tengo su permiso, mantuvimos una cálida pero también calurosa discusión al respecto. Hasta que, al cabo de un rato, me di cuenta de lo absurdo de la situación. Recuerdo haberle dicho: «Pero, Fulano, se supone que usted es la autoridad de la Iglesia y yo soy el laico. Tenemos los papeles cambiados. Yo estoy defendiendo la Fe y usted la razón. No tiene sentido...» Me dijo que, por supuesto, no negaba de manera alguna a la Fe pero que no encontraba una manera de aceptar racionalmente aquello como el paso a la vida eterna. Después de un rato más de polémica este hombre, quien, me importa reiterar, es muy inteligente, me contó una historia haciéndome prometer que no daría su origen. Por eso no lo menciono, aunque tenga unas ganas grandes como una catedral.

Mi madre durante mucho tiempo venía a visitarme al lugar adonde estoy asignado y caminábamos juntos por los jardines, hablando de nuestras cosas. Había un rincón en aquellos jardines que ella amaba de una manera muy especial. Un rincón donde florecían unas magnolias espléndidas. Siempre nos deteníamos allí y ella las tocaba, las acariciaba, las mimaba. Murió hace unos seis meses. De inmediato yo viajé a Roma por razones que hacían a mi labor... Volví al tiempo, en pleno invierno. Recorrí solo el jardín en el que ella me había acompañado tantas veces. Por la época, todo estaba mustio, seco, muerto también. Pero, al llegar al rincón de las magnolias, no pude dejar de sorprenderme al ver que estaban florecidas como en plena primavera. Eran las únicas flores, aquellas de mamá, las que resplandecían llenas de color y vida. Jamás pude entender ni aceptar aquello. Pero admito que me golpeó...

—¿No le parece una señal clarísima? ¿Por qué no aceptarla?

—Porque no es racional. No cabe en mi entendimiento.

—Pero hablamos de mamá, Fulano, de su mamá... Y de algo que, si bien es cierto que no tiene explicación racional, tampoco se puede negar mediante la razón...

—Ya lo sé, pero no puedo aceptarlo, por formación. Bien pudo ser una coincidencia, algo casual. Me ha dado su palabra de no dar el origen de esto que le conté...

Y tengo que cumplir con mi palabra. Aunque tenga unos enormes deseos de decir quién es él porque estoy seguro (no sé si lo entenderá) de que esto serviría muchísimo para humanizarlo, para acercarlo a la gente más aún, para beber sin miedo de las aguas de lo milagroso, o casi, y para —sin abandonar la labor social— reforzar lo que la gente quiere y necesita: la Fe, la Esperanza, la Caridad. Y Caridad, en las Sagradas Escrituras, se entiende como Amor. Es su sinónimo. ¿No era aquello un regalo de amor? ¿No lo es?

Hay más cosas en los Cielos y la Tierra que todo lo que pueda imaginar nuestra filosofía, como le decía Hamlet a su amigo Horacio.

JEAN GUITTON, noventa años cumplidos en el actual, tal vez el mayor filósofo del cristianismo contemporáneo, aclara algo de esto en un reportaje concedido a la revista *Gente*, a fines de julio de 1991. Enriqueta Sugasti entrevista en París a este hombre, profesor de filosofía a los veintitrés años, y —entre otras muchas cosas— el único católico laico convocado en 1962 por el papa Juan XXIII para formar parte del Concilio Vaticano II. Habla sobre *Dios y la ciencia*, su último libro escrito con la colaboración de los hermanos Bogdanov, doctores en astrofísica y física teórica. Nada de ficción.

La separación entre religión y ciencia sigue siendo una realidad, pero cada vez menos. A la ciencia nunca parecieron interesarle las verdades sobrenaturales. Pero ahora y cada vez más hay una armonía entre ambas. Dios existe. Es una inteligencia superior, una potencia extraordinaria que no es demostrable por las matemáticas ni tampoco es posible expresarlo. En el futuro, la ciencia terminará por aceptarlo.

Es un hecho. Pero quise hallar a un teólogo que me aclarara algunas dudas. Y lo encontré.

Con esto de la proliferación de las sectas uno se asusta un poco. Empieza a ver fantasmas aun donde no los hay. Yo había oído hablar sobre la Renovación Carismática pero no tenía información. Miraba el asunto medio de costado, con ojos de víctima en una película de terror que escucha pasos detrás de sí en medio de la oscuridad de la casa maldita y no se anima a darse vuelta. Pero me estaba equivocando y mucho. Alguien me habló de los carismáticos y me dijo que un grupo considerable residía en la iglesia de la Santísima Trinidad, a la altura del 3600 de la avenida Cabildo. Iglesia Católica, claro. Fue mi primer contacto. Tenía que verlo yo mismo. Fui una tarde y pedí «con alguien» y así conocí al padre Manuel Morales. Manolo es un españolito de no mucho más de treinta años, simpático, abierto e inteligente. Hablamos en un bar frente a la iglesia que, a la sazón, es una belleza. Me borró las dudas por completo.

—¿Qué cosa es ser carismático? ¿Forma parte de la religión católica?

—Sí, claro.

—¿Dependen también del Papa? ¿No hay ningún tipo de separación del resto de la Iglesia Católica?

—Por supuesto que dependemos de Su Santidad. Somos católicos, apostólicos y romanos. Nada hay que nos separe, al contrario.

—Entonces, ¿qué cosa diferencia a los carismáticos?

(No hay nada peor que un escéptico, ya sabemos. Yo casi me estaba transformando en uno, no lo podía creer.)

—Te voy a explicar un poquito... La Renovación Carismática es un movimiento dentro de la Iglesia. Dentro del catolicismo hay varios movimientos. La Acción Católica hace hincapié en la acción y la formación; está el movimiento de los focos, que se basa en el Espíritu Santo y refuerza la unidad y el amor... La Renovación Carismática

también se apoya en el Espíritu Santo y en los dones que Éste puede otorgar a determinadas personas... Se funda en la oración y en cómo Dios, a través de la oración, derrama en ti dones. Por ejemplo, el don de enseñar, el don de ser catequista, el don de profetizar, el don de lenguas, el don de curar, muchos... Es lo que promete Jesús a los apóstoles: que vayan por todo el mundo y los acompañarán signos prodigiosos... El movimiento nace en 1965 en los Estados Unidos y hoy tiene mucha importancia mundial...

—Y la Iglesia en sí, la jerarquía, ¿qué piensa del movimiento?

—Ha aceptado al movimiento. Ha tardado mucho en aceptarlo, pero lo ha hecho. Actualmente hay curas de la Renovación Carismática que han sido elegidos obispos...

—Antes de 1965, ¿no existían?

—No existía el movimiento, pero los carismáticos existen desde el principio del cristianismo. Ya en las cartas de San Pablo vemos cómo el Espíritu Santo derrama sobre la comunidad de Corintos muchos dones... Santa Teresa de Jesús tenía el don de la profecía... Muchos santos han tenido dones. Lo que pasa es que la Iglesia ha reservado los dones para los sacerdotes, religiosas, gente estrechamente vinculada. Los carismáticos decimos que el Espíritu Santo derrama sus dones en ti, en un cura, en cualquier persona...

—Es decir: queda claro entonces que el movimiento no está separado de la Iglesia Católica ni cosa parecida...

(Y dale con eso. Si ya te lo aclaró; pero el grabador sigue.)

—Desde ya. Por supuesto.

—¿Tiene ritos diferentes? ¿La misa es igual?

(Cómo rompés la paciencia, gallego Sueiro, ¿qué querés?, ¿que te lo firme en un documento?)

—Sí, claro. Ellos tienen algunos cantos que suelen ser muy alegres; luego está la imposición de manos donde se le pide a Dios por determinada persona, pero el ritual es el mismo... Ellos no se diferencian en nada de cualquier católico...

—¿Por qué decís «ellos»? ¿Vos no sos carismático?

—(Ríe) Sí. Todos somos carismáticos... Tú tienes tus dones, que el Espíritu Santo te ha dado a ti: el don de hablar, de comunicarte con la gente... Son dones naturales pero no tanto porque poca gente tiene esos dones...

—Me decías que es un movimiento ecuménico. ¿Significa que lo pueden integrar personas de otras religiones?

—Así es. Es ecuménico, y de hecho lo integran personas de otras religiones. Ha unido mucho a la Iglesia Católica con gente de otras Iglesias...

Aclarado esto por Manolo llegó el plato fuerte: ir al tema que nos ocupa, con el hombre al que todos en la Santísima Trinidad honran y respetan profundamente: el padre Juan Borrego. El padre Juan tiene setenta y dos años y lleva medio siglo de estudios teológicos. Pausado, tranquilo, sabio, paciente.

—Padre Juan, ¿cómo se explica que un Dios todo bondad, como el nuestro, pueda castigar con el infierno de acuerdo con lo que dice la religión?

—Está bien dirigida esa pregunta a un sacerdote. Es una pregunta teológica. Hay que aclarar algunas cosas... Por de pronto Dios no condena a nadie, a nadie, a nadie, y muchísimo menos de una manera a la que podamos llamar «injusta». Según los profetas, la misericordia de Dios es el atributo que más campea en Él. De modo que por encima de la justicia, por encima de la bondad, por encima del poder, está la misericordia de Dios...

—¿Y qué es el infierno?

—Lo que se entiende por «el infierno» es algo que nosotros todavía no hemos podido aquilatar. La idea predominante fue siempre la de un lugar de tormentos, de fuego, etcétera; pero hoy día somos muchísimo más cautos debido a lo que se llama en la exégesis «el género literario»... Jesús habla en los Evangelios como se hablaba entonces. Lo que se decía entonces a través de parábolas o metáforas tal vez hoy hay que decirlo con otras palabras. Es sumamente difícil entenderlo hoy de manera absoluta. Jesús habla, sí, de la eterna condenación. Pero nosotros, aquí, de acuerdo con lo dicho por los teólogos, no tenemos derecho alguno a ocupar el puesto de Dios ni a juzgar a nadie. No podemos decir de nadie que esté condenado, ni siquiera de Judas.

—¿Y el purgatorio? Tengo entendido que hasta el Concilio de Trento no existía la figura del purgatorio...

—Es anterior al Concilio de Trento. Hay, por sobre todo, un documento del papa Benedicto XIII, que es de allá por el siglo XIV. Y uno de los concilios laterales se preocupa ya del purgatorio...

—Pero esto significa, padre Juan, que antes de eso —es decir durante unos mil trescientos años— no existía el purgatorio...

—Hay que ir muy cautelosamente en eso. Porque una cosa es definir de Fe y otra es si se encuentra en la doctrina católica. Hay textos donde se sugiere la idea y que son aún anteriores a Cristo. Luego hay otros textos de San Pablo que dicen que algunos sí se salvarán pero que otros, dada la vida bastante deficiente que han llevado, pasarán como por el fuego para llegar a la salvación. Son los textos que suelen citarse en la teología... Ahora usted dice bien que no fue definido de Fe católica hasta que llegó este concilio... Son muchas las cosas que permanecen en lo que ha sido definido como «la noche oscura de los místicos»...

—¿Qué es la noche oscura de los místicos?

—La profundidad de la Fe. La Fe es —y especialmente en los místicos— como una noche oscura e impenetrable. Un andar a ciegas en medio de las tinieblas, ya que no hay una forma de demostrarla a través de la razón...

—Pero, cuando uno muere, ¿se supone que entonces se encuentra la Luz?

—Ah, sí, sí... De modo que constituye el elemento esencial de la bienaventuranza. Lo que se llama el *lumen glorie*, la Luz de la Gloria. En ese momento, entrás en el Cielo.

—La Luz aparece muchas veces en los Evangelios...

—Sí, sí... Sobre todo cuando Jesús dice: «Yo soy la Luz».

—Padre, todos los que hemos pasado por la experiencia de una muerte clínica y sentimos esa Luz, ese Amor, esa Paz, tenemos una necesidad casi desesperante de contarla. ¿Es posible que, de alguna forma, seamos algo así como instrumentos de Dios?

—Yo no estaría conforme con catalogarnos de instrumentos. Dios no nos toma como instrumentos, no nos cosifica. Dios puede, sí, buscar esta especie de mediación humana. Dios busca siempre el elemento humano.

—¿Hay algún tipo de explicación para una experiencia como la que me tocó sentir a mí y a tanta otra gente?

—Yo no voy ahora a decir si eso es natural, si es divino, o lo que sea. Todavía eso no lo hemos entendido. Pero no tendría ninguna dificultad en decir que ante una persona que pasa por esa experiencia hay que aplicar lo predicado por Jesús: si causa buenos frutos, si produce buenos frutos, tomémosla como buena... Dios puede darle a cualquiera las pruebas de la Fe. Si alguno pasa por esta prueba no es, en principio, para su mal, ni luego para el mal de ningún otro, sino al contrario. Debemos aprovecharlo de modo tal que sea para nuestro bien, tomando la frase de San Pablo que dice que «para aquellos que aman a Dios todo les resulta bien...» De modo que si Dios le da a uno esta prueba —vamos a llamarla prueba porque podríamos llamarla Gracia si probáramos que viene de Dios—, esta Gracia, es para bien de esa persona y para bien de otras personas. Imagínate tú que ahora puedes consolar igual a tu querida esposa que a todas las personas que han acudido a ti. Tal vez el Señor pensaba..., ¿cómo te llamas?

—Víctor.

—...Víctor va a ser el medio del que yo me sirva para comunicar a los demás cómo Jesús tomó la humanidad para hacer bien a todos los hombres. No eres un instrumento. En vez de tomar Él la iniciativa está en cierto modo dejando que lo haga el hombre que lo representa...

—Yo no podría pensar eso porque me haría sentir un soberbio, una suerte de elegido. Y no me siento tal cosa.

—La humildad es fundamental. Tú tendrías que decir: ¿Quién soy yo, Señor, para que me hayas encomendado esto?

—Me lo pregunté muchas veces, padre.

—El Señor, dice San Pablo, se sirve de los más humildes para poder hacer bien a los otros.

—¿Qué poder tiene el demonio en nuestra vida cotidiana?

—Yo estoy en completa conformidad con el credo católico, especialmente según lo enunció Pablo VI, con respecto a que es posible, que es posible, la injerencia o la influencia del demonio... Eso sí, yo siempre trato —también con las personas que vienen al confesionario— de poner en claro que todos los malos no pueden ni siquiera tocarnos un cabello sin que Dios dé su permiso. El demonio no puede hacer nada, nada, nada, sin que Dios lo autorice... A menudo llegan aquí personas que dicen que tal o cual les ha hecho un mal, no sé qué, no sé cuánto... Si Dios dice no, no podrán siquiera tocarte un cabello...

—Padre Juan, ¿hay un juicio de Dios al morir?

—Ciertamente. Lo que ocurre es que nosotros no podemos medir la justicia divina con la misma vara con que medimos la humana. No podemos mirar los ojos de Dios. Él tiene su justicia que no es, seguramente, la misma que nosotros podemos imaginar.

—Padre: Dios es el Amor, es la Bondad, es la Misericordia..., ¿por qué habría de castigarnos por algo? ¿No es más lógico pensar en que seremos perdonados, de cualquier manera?

—No se trata de lógica, no al menos de la nuestra. Por otra parte, nadie se condena si no quiere condenarse.

Me pareció una frase redondita como para cerrar con ella la entrevista y el capítulo. «Nadie se condena si no quiere condenarse.» Me hizo sentir libre. Real y mágicamente libre.

Allí nos despedimos. Salí. Afuera era ya de noche. Pero adentro, bien adentro, no.

SIETE

El espectáculo debe continuar

«Ninguno de los famosos aquí mencionados es distinto del resto. Pero justamente eso es lo que quise y quiero destacar.»

Por alguna razón que no tiene explicación clara, en los últimos tiempos el cine norteamericano se ocupó de manera muy especial del tema de la vida después de la vida. No es la primera vez que ocurre, por supuesto. Los más grandecitos recordarán seguramente la versión filmica de *Un cuento de Navidad*, basada en un relato de Dickens, en el cual el malvado y miserable señor Scrooge se transforma en un bondadoso personaje que ayuda a toda la comunidad luego de haber pasado por algo que bien se puede calificar como uno de los «viajes de ida y vuelta» que son el tema central de nuestra preocupación.

También los que peinan canas, o los que lamentan no tener nada que peinar, recordarán una adorable película de Frank Capra que se llamó, entre los de habla hispana, *¡Qué bello es vivir!*, y en la cual James Stewart, después de un accidente de auto, vuelve a su pueblo como una suerte de ángel componedor de entuertos. Y hay más casos, todos ellos bañados con romanticismo y ternura. Pero lo que importa ahora es la ola actual de kilómetros de celuloide dedicados al tema con un enfoque más cercano de lo que nos ocupa.

En *Mi adorable fantasma* James Caan muere en la plenitud de su vida, pero vuelve para complicarle deliciosamente las cosas a la mujer que ama y que está a punto de casarse con otro. Apenas una comedia.

Pero en *Siempre*, de Steven Spielberg, ocurre lo mismo: el protagonista (Richard Dreyfuss) muere en un accidente cuando trata de salvar a un grupo de hombres en peligro, y también «vuelve», aunque para ayudar, sin que ella lo vea ni lo sepa, a su enamorada. Comienzan a verse allí ciertos elementos curiosos si se los compara con los

de personas que han pasado por la Gran Experiencia. El tratamiento tiene momentos de humor, pero, en su planteamiento total, no da para la risa. Sí para la ternura y el asombro.

En este 1991 se estrenaron dos películas en la Argentina, casi en forma simultánea, que trataban ya el tema con un enfoque que evidencia que quienes escribieron los argumentos y quienes las dirigieron «sabían» más cosas sobre él. Sin duda consultaron a alguno de los muchos profesionales que en los Estados Unidos investigan seriamente la cuestión. Los dos filmes batieron récords de taquilla en su país de origen.

Ghost, por ejemplo (conocida en la Argentina como *Ghost, la sombra del amor*), está ubicada en la actualidad entre las diez películas más taquilleras de toda la historia del cine, lo que no es una nadería. En su transcurso aparece muy claramente una luz brillantísima que recibe en el momento de su muerte al protagonista. Y se dan una cantidad de hechos y situaciones que son propios de una experiencia en los umbrales de la muerte. Es otro que «no se va del todo» por amor. Se trata de una comedia dramática, con todo el contenido de ficción que esto implica pero, tanto en algunas actitudes como en determinados diálogos, hay allí más cosas que las que se muestran.

La otra película que fue impacto cinematográfico en los Estados Unidos, aunque con menor potencia que la anterior en nuestro país, fue *Línea mortal*. En ella la cosa no tiene nada de comedia. La hermosa Julia Roberts, su frustrado novio Kieffer Sutherland y tres actores más forman parte de un grupo de jóvenes médicos que —en los tramos previos al ejercicio independiente de sus profesiones— discuten, a veces con enojo, la existencia o no de una continuidad después de la vida. Finalmente, deciden probar qué ocurre en ellos mismos, y para esto se esconden en un enorme lugar, fuera de uso y muy parecido a un templo, y se provocan por turno sus propios paros cardíacos, los que son controlados por el resto. La «línea mortal» en cuestión es la recta de color verde que en los monitores médicos aparece fija y sin movimiento alguno cuando se detiene el corazón de la persona que este aparato vigila mediante electrodos aplicados en su pecho. Cada uno de los personajes se presta a ese increíble experimento, y todos ven retazos de su vida en los que están aterrorizados por profundos sentimientos de culpa por algo que hicieron o que dejaron de hacer. Culpas viejas, que parecían olvidadas, pero que allí reaparecen con toda crudeza. Ninguno pasa por nuestra conocida sensación de paz, luz, serenidad, nubes bellas, valles hermosos o jardines florecidos. Y es por completo razonable que así sea; de allí que estoy seguro de que los hacedores del filme han tenido asesoramiento especial al que han sumado —por supuesto— el aporte de su imaginación. Es por completo razonable que así suceda porque en todos los casos han sido ellos mismos los que provocaron sus muertes clínicas. Aunque los demás estaban allí para rescatarlos, la decisión de alcanzar la muerte fue propia. Casi un suicidio. Todas las investigaciones llevadas a cabo en los institutos norteamericanos que estudian lo que ocurre después del momento de morir coinciden en que todos los testimonios de suicidas frustrados son aterradores, siendo los únicos casos en los que así ocurre. Ya hablamos de esto en *Más allá de la vida*. Pareciera —y creo que no sólo lo parece sino que es así— que no se perdona la autoeliminación. Que no podemos disponer de nuestra vida porque,

después de todo, no nos pertenece. Lo de *Línea mortal* está estrechamente ligado a la realidad. Y no se imaginan ustedes hasta qué punto, ya que ha habido —y aún hay— una cantidad importante de médicos que se han dedicado con exclusividad al estudio de lo que pasa en el momento de morir y que, alentados por sus investigaciones y por los centenares de casos que escucharon y analizaron, decidieron dar el paso por cuenta propia para «saber más». Esto sucedió en los Estados Unidos, y ya lo hablaremos más adelante. Ahora seguimos con el cine que se relaciona con este tema, y llegamos a un caso muy especial.

Bob Fosse fue un excelente coreógrafo y, además, genial director cinematográfico. Su debut fue *Sweet Charity* en 1969, película que refirmó el estrellato de otra amante de los temas del Más Allá: Shirley Mc Laine. Años más tarde creó *Cabaret*, un clásico, y luego vino la que tal vez sea, por muchas razones, su película clave: *All That Jazz*.

En este filme el protagonista es un hombre del espectáculo (precisamente un coreógrafo y director teatral) que hace de todo menos cuidar su salud. Su corazón ya no resiste más pero, a pesar de los infatigables consejos médicos, el hombre no abandona ninguno de sus malos hábitos y el deterioro es progresivo. «*Is show time*» (es la hora del espectáculo) repite cada mañana frente al espejo de su baño, después de accesos de tos y de la consabida pildorita para juntar fuerzas que ya no existen. Mantiene a lo largo de la película un diálogo dulce, suave, melancólico y permanente con la muerte. Y allí empiezan las sorpresas. La muerte no está representada como esa cosa horrible de capucha y túnica negras que lleva una guadaña apoyada en su hombro. Aquí la muerte es simplemente bellísima. Protagonizada por la actriz Jessica Lange (el actor es Roy Scheider), la muerte tiene un rostro rayano en la perfección, unos modales tiernos y cariñosos, una leve sonrisa que nunca abandona. Viste con finas gasas blancas y uno la ve como Bob Fosse debe haberlo deseado: etérea y tranquilizadora. No le reprocha nada, sólo lo induce a que él mismo vaya desgranando su vida y lamente no haber disfrutado de su hija, haber arruinado su matrimonio, haberse dedicado demasiado al placer y a su pasión por el trabajo que amaba. Hasta que llega el final: su muerte. Luego de un supuesto gran show de despedida y en el que él imagina —desde su cama de hospital— que están todos los que formaron parte de sus días, en una casi revisión muy veloz de toda su existencia, el personaje comienza a avanzar por una suerte de túnel en penumbras. Al final de túnel lo espera su ya amiga, la muerte, con los brazos abiertos y el brillo a sus espaldas de una luz espectacular, maravillosa, total. El hombre avanza hacia ésa, su muerte, sabiéndolo. Y se desplaza lento, mirándola con fijeza y sin dejar de sonreír en ningún momento. Los elementos básicos que vimos todos los que pasamos por una muerte clínica. Yo había visto la película mucho antes de tener mi experiencia, y me había parecido bella. Volví a verla después de haber pasado por lo mío, y me pareció impresionante. Pero me impactó mucho más cuando me enteré —en medio de la investigación periodística— que Bob Fosse había vivido una muerte clínica en la vida real y que *All That Jazz* era en gran parte autobiográfica.

Bob Fosse, a la sazón, moriría años después —el pasado— de un ataque al corazón, sentado en una butaca de un teatro sin público donde dirigía una puesta en escena de una

obra suya que nunca llegó a ser.

Peter Sellers, el de *La pantera rosa*, *La fiesta inolvidable* y la magistral interpretación en *Desde el jardín*, había pasado también por una experiencia de muerte clínica a raíz de un paro cardíaco. Relató también la típica experiencia de la Luz y la Paz, pero sólo al principio y muy recatadamente. Luego, por razones que únicamente Dios y él conocían, no quiso hacer más comentarios públicos sobre el tema. Al morir, no hace mucho, se llevó los detalles que aquí calló.

Charles Aznavour fue mucho más explícito. El 31 de agosto de 1956 tuvo un grave accidente al chocar con su auto contra un camión. Fue llevado de inmediato a un hospital en el que, en un primer momento, fue dado por muerto, pero reaccionó luego de fuertes ejercicios de reanimación que le fueron practicados. Tuvo, con confirmación profesional, una muerte clínica. Luego contaría lo que sintió entonces:

Me encontré rodeado de una nube rosada y no sentía dolor alguno. Todo lo contrario: tenía una enorme sensación de bienestar. Oí que alguien gritaba que yo había fallecido y vi que otro me cubría con un lienzo negro. Experimenté la sensación de que me colocaban en un féretro y que yo asistía a mi propio funeral. Caminé entonces por un túnel azul y me llené de una serenidad inmensa... Al rato abrí los ojos y vi a una enfermera a mi lado que me sonreía en forma dulce. Desde entonces no pasa un día en que yo no piense en aquella breve dicha pasada.

Aznavour se recuperó y sigue siendo, hasta el momento, uno de los popes del espectáculo de Francia y del mundo.

Ya conté en *Más allá de la vida* la dulcísima experiencia del talentoso Luis Landriscina quien, durante un paro cardiorrespiratorio que sufrió el 29 de enero de 1990, vio claramente a su madrina —la que lo había criado desde muy chiquito— en una dulce actitud de espera, mirándolo, sólo mirándolo.

Todos ellos personajes del mundo del espectáculo, sin otra cosa que los uniera y, en la mayoría de los casos, sin siquiera conocerse. Con diferentes maneras de pensar, de sentir, de vivir. Con diferentes credos y distintas vivencias, pero con el punto en común de haber sentido ese «algo» mientras estuvieron en estado de muerte clínica. Ninguno de ellos necesitado precisamente de promoción y menos aún de ese tipo.

El doctor Raymond Moody, autoridad mundial en el tema, no podía dejar de rescatar de la literatura algunos párrafos de escritores de primerísimo nivel en los que la idea de la sobrevida está pintada con tonos indelebles. En su tercer libro, *Más allá la luz*, menciona un puñado de ejemplos. Extraigo de allí uno que me impresionó de manera especial, si se

tiene en cuenta que el que lo escribió no era sólo un literato que no necesita adjetivos sino, también, un hombre de una excelsa espiritualidad y alguien apasionado por el tema. Me refiero a Víctor Hugo. En su obra más conocida, *Los miserables*, el protagonista, Jean Valjean, ve morir en sus brazos a una pobre mujer embarazada llamada Fantine. Así lo relata:

Jean Valjean tomó la cabeza de Fantine entre sus manos y la colocó en la almohada, como hubiera hecho una madre con su niña... Hecho esto, cerró sus ojos. En ese instante, la cara de Fantine pareció extrañamente iluminada. *La muerte es la entrada en la gran luz.*

Ya avanzado el inmortal libro de Víctor Hugo, escribe al referirse a la muerte del propio Valjean:

Jean Valjean se hacía más débil por momentos... La luz de lo desconocido se hacía ya visible en sus ojos...

Hasta que llega a las que pone en boca del protagonista como sus últimas palabras, después de una azarosa y complicada vida que se desarrolla a través de *Los miserables*. Le hace decir:

Amaos siempre el uno al otro tiernamente. Es lo único que merece la pena en este mundo, amarse los unos a los otros... *Veo una luz... Muero feliz...*

¿Cuánto más sabía Víctor Hugo sobre todo esto? ¿Cómo se explica que, en el siglo pasado, describiera el momento definitivo de una manera tan, pero tan similar a las miles de descripciones actuales?

El doctor Moody recuerda allí mismo a otros grandes de la literatura que en algunos de sus escritos jugueteaban o afirmaban —aunque a través de sus personajes— con la idea de otra vida en el Más Allá: Charles Dickens en su afamado *Cuento de Navidad*; varios cuentos de Thornton Wilder; un manojo de cartas de Ernest Hemingway.

Donald Mc Clusky, conocido en toda América simplemente como Donald, a secas, es un tipo dulce y delicioso como un bombón. Buen padre, buen marido, buen amigo. Intérprete siempre recordado de temas como *Tiritando* («Las olas y el viento, sucundum, sucundum», ¿se acuerdan?), y una considerable cantidad de canciones que a fines de los sesenta formaron parte de nuestras vidas de una manera inolvidable. Eran otros tiempos, más sanitos, más simpáticos, menos conflictuados. La vida, por entonces,

era como una cosquilla. No sé si lo de él fue exactamente una NDE, una Gran Experiencia, pero fue un momento tan pleno de espiritualidad y de fe que merece ser repetido aquí.

Allá por 1971 viajaba de un lado a otro llevado por su éxito. En un fin de semana se había presentado con su show en la provincia de San Luis y luego —siempre en auto— volaba un domingo hasta La Plata. Los que creen que esto del mundo del espectáculo es vivir entre burbujas de champaña están más equivocados que los europeos antes de 1492, cuando juraban que la Tierra era plana. El mundo del espectáculo es una sucesión de emociones vertiginosas que no las podría soportar ni una patota neoyorkina. Uno está en su mejor momento y puede llegar a creer que el cielo es esa cosa que acariciamos. Luego, a la semana siguiente, uno se pregunta por qué está con el barro hasta las muelas. Y nadie sabe ni puede contestar. Después la rueda sigue girando y vuelven el cielo, el barro, el cielo, el barro. En nuestro país, que tiene códigos tenebrosos, puede ocurrir que superestrellas como Mirtha Legrand se queden en su casa sin trabajar durante diez años, para después volver con toda la gloria. ¿Y esos diez años? ¿Quién cuernos los paga, quién los devuelve? Cuando el teléfono empieza a sonar mucho menos de lo habitual, uno sabe que tiene que cerrar los ojos y aguantar la tormenta. Lo que no sabe es cuánto durará. Pero son las reglas del juego. Por eso es que Donald aprovechaba hasta el último minuto su indiscutible boom. Algunos críticos del mundo del espectáculo en la Argentina deben estar entre los más crueles y despiadados del mundo, apestoso récord. Pocos de ellos pisaron alguna vez un estudio, o saben lo que es una cámara de tres tubos, o conocen los secretos de una producción, pero pegan con la babita corriéndoles por la comisura izquierda de la boca como Dráculas periodísticos. Hay quienes —a pesar de criticarla— llegan a trabajar en televisión (su sueño oculto, siempre), y luego descubren que no los ve ni su abuelita. Entonces retoman el papel de verdugos. Toda una basura, bah. Pero hay cosas peores. Volvamos a Donald y a su «locura» de devorar cientos de kilómetros en un fin de semana porque hay que juntar para cuando lleguen las vacas flacas. Iba rumbo a la ciudad de La Plata. Era de noche. Manejaba él un Peugeot 504 y otras cinco personas —que formaban parte de su grupo— completaban el pasaje. Altura de Wilde en la ruta. Otro auto de frente con las luces altas. Donald le hace guiños con las suyas para pedirle que las aminore. El otro no sólo no lo hace sino que enciende unas adicionales mucho más potentes. Donald se ciega. Hay un muro, allí nomás. El choque contra él es feroz.

—Ese tipo de preguntas como, ¿para qué nacimos?, o ¿por qué está uno en la tierra?, o ¿qué va a pasar cuando me muera?, uno se las hace desde que es chiquito... Yo fui primero a un colegio religioso. San Agustín. Después al Lincoln, que era laico. Y finalmente al Cardenal Newman, con enseñanza religiosa pero sin exagerar... De todas formas yo siempre tuve inquietudes de tipo espiritual, de rezar y todo eso... Después de los dieciocho no te digo que lo olvidé totalmente pero pasé por una etapa donde no le daba mucha bola. Pasé por momentos de mucha euforia con el éxito de «las olas y el viento» y todo aquello hasta que llegó, yo lo notaba, la declinación del furor. Todo seguía

pero no tan brillante.

—¿Fue entonces cuando ocurrió el accidente?

—Sí. Yo iba rápido para llegar al show y pasó lo del tipo que me encegueció con los faros... Yo sentí que el auto saltaba como dos metros. Durante unos segundos, o dos minutos, no sé, todo fue un caos. Cuando pude reaccionar vi que era un desastre todo aquello. Todos los asientos estaban fuera de su lugar y escuchaba gritos sin que ninguno de nosotros pudiera salir del auto. Todo en medio de la noche. Yo sentía un dolor que me arrancaba desde el pie y subía insensibilizando toda mi pierna derecha, que es con la que había hecho presión para intentar frenar... Un dolor que me llegaba hasta el pecho...

—¿Pensabas en alguien, en algo?

—Pensaba en mi mamá y en mi papá. Y, no sé por qué, recordaba que cuando yo era chiquito ellos habían perdido a un hermano mío con el que yo tenía dos años de diferencia. Una muerte de la que mi mamá nunca se había repuesto. No me olvidaré nunca que, siempre, el comentario obligado era la presencia de Billy, Guillermo... Pensé en ellos, en mamá y en papá, y en que me estaba por morir... Pobres mamá y papá, pensé... Ahora yo...

—¿Hiciste algo?

—En ese momento empecé a rezar el Padrenuestro. En voz alta, en el medio de ese caos. Si hoy me lo preguntás, no sé por qué lo hice; sencillamente fue lo que sentí. Hacía años de años que no lo rezaba; allí lo hice casi a los gritos. Luis Miguens, desde el asiento de atrás, empezó a rezarlo conmigo...

—¿Era para pedir algo? ¿Para que esa pesadilla terminara?

—Era porque sí. Porque sentí que lo necesitaba.

—¿Cambió algo?

—Cambió todo. Me vino una gran tranquilidad. Les dije a todos que se quedaran en paz que no nos pasaba nada. Al rato llegaron policías, ambulancias, gente. Me querían sacar y yo les decía que por mí no se preocuparan porque yo estaba bien. En realidad, me sentía bien a pesar de tener la cadera fracturada; pero mi principal preocupación eran los demás, no pensaba en mí, te aseguro. Estaba en paz. Nos sacaron y nos llevaron al hospital de Wilde. A mí me pusieron la cadera en su lugar pero se astilló. Después tuvo que operarme Mejía en la Compañía de María...

—¿Sentiste algo fuera de lo común en algún momento?

—La noche anterior a la operación casi no dormí. Estuve tratando de reconstruir todo mentalmente, de armar las piezas del rompecabezas, queriendo saber cómo había sucedido todo y qué había sentido yo... De repente empecé a acordarme de que en el momento ese en que estaba rezando sentí como una sensación que no puedo explicar... Recordé que sobre mi cabeza, allí nomás, había visto una luz de un tamaño así (con las manos muestra un círculo parecido a un long play) que aparecía quieta pero era como una centella, brillante... Pensé en eso toda la noche. Me operaron muy temprano. Ya en la habitación, me llama por teléfono Cacho Fontana para reportarme para la radio. Me saluda en el aire, y todo eso, y me pregunta cómo estoy... Yo sentí que las palabras no me salían y lo único que atiné a decir, con la voz que se me cortaba, fueron dos palabras:

«Dios existe...»

Enseguida, apenas terminó de pronunciar esa frase que estaba rememorando, rescatándola de veinte años atrás, Donald notó que se le estrangulaban los recuerdos y, tapándose la cara con las dos manos, comenzó a sollozar. Te quise tanto, Don, en ese momento. Era todo tan humano, tan comprensible, tan llanto de macho que no está acostumbrado a llorar y mucho menos frente a otro. Te quise tanto y te entendí tanto. Admito que esperaba eso tanto como vos, es decir nada. Y que no sabía siquiera encontrar una palabra justa, un gesto justo, salvo apretarte las manos que tenías sobre los ojos y repetirte que el relato era hermoso y que ese llanto lo era más aún. El fulano que desde muy joven estaba acostumbrado a encarar escenarios bajo los cuales había miles de personas (miles, tal cual, en clubes y estadios), el tipo éxito, el integrante de una familia que hizo de la música y del triunfo una suerte de constante, el que batió récords de venta de discos y hoy seguía triunfando en cada cosa que se proponía estaba allí —pequeño y enorme como esas ráfagas de felicidad—, llorando su coqueteo con la muerte, agradeciendo otra vez a Dios, acariciando el momento en que, posiblemente, más cerca estuvo de Él. Siendo una persona. Con todo lo que esto significa. Siendo una Persona.

Reitero: ignoro si lo que sintió Donald puede ser calificado como una NDE, una Gran Experiencia, pero el relato está tan rebosante de espiritualidad que no quiero obviarlo. Siento que pesa. Años después, una de las ocupantes del auto, mi querida amiga Mónica Juvet —hija de Nelly Beltrán y Maurice Juvet, actores como ella— moriría muy joven en un accidente también automovilístico en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires.

Ninguno de todos los famosos aquí mencionados es distinto del resto. Pero, justamente, eso es lo que quise y quiero destacar. En el momento final no hay fama ni dinero ni poder ni nada que nos diferencie. Es la democracia de la muerte. Somos todos libres, fraternos e iguales.

OCHO

Los códigos del Más Allá

«La doctora Kübler-Ross quiso probar en sí misma lo que había escuchado de tantos pacientes... Decidió provocarse un paro cardíaco.»

Comprender los códigos del Más Allá es más difícil que embalsamar a una hormiga. No hay más remedio que admitir que no se puede entender con nuestra pequeña razón todo lo que encierra esa dimensión diferente y fenomenal que a todos nos está esperando, nos guste o no. Si, después de todo, hay una enorme cantidad de cosas de nuestro propio mundo terrenal que no alcanzamos a descifrar, ¿cómo podemos pretender que nuestra potencialidad mental —que según dicen usamos sólo en alrededor de un 8 por ciento— abarque, comprenda, racionalice y acepte lo que nos cuentan que ocurre después de morir?

Porque aquí en la tierra hay cosas que incorporamos de manera automática, lo cual no significa que las entendamos. Hay cosas terribles por lo dolorosas, que son, para nosotros, apenas una cifra. Oímos o leemos que el holocausto judío en la Segunda Guerra arrojó seis millones de muertos, y decimos «qué-barbaridad-qué locura-cómo se pudo llegar a una cosa así-etcétera». Pero, ¿nos damos cuenta realmente de lo que significan SEIS MILLONES DE PERSONAS ASESINADAS? Son unos cien estadios de River llenos. En esa Segunda Guerra murieron aproximadamente cincuenta millones de seres humanos, sin que importe su bando. «¡Qué terrible!» y todo eso, pero a los cinco minutos estamos discutiendo con un tipo que nos rozó el auto, o revolcándonos a las carcajadas por un chiste verde contado por alguien. Cincuenta millones es una cifra. Como cuando nos cuentan que en el mayor terremoto de la historia, ocurrido en el año 1556 (2 de febrero) en Shensi, China, murieron ochocientos cuarenta mil personas. Hace mucho, sí. Y muy lejos, sí. ¿Pero eso qué tiene que ver? Era gente. Amaba, tenía familia, lloraba, orinaba y se ponía contenta con sus hijos de la misma manera que hoy lo

hacemos nosotros. Cifras. El terremoto de San Francisco, un actual volcán en Filipinas que entró en erupción, los huracanes de la zona del Caribe, Afganistán, Líbano, Nicaragua, El Salvador, el Medio Oriente, Corea, Vietnam, Malvinas, son cosas que pasan y terminan siendo cifras. Más doloroso y cotidiano es el hecho de que una estadística que se conoció en mayo de este 1991 cuenta que, solamente en la Argentina, se realizan mil abortos por día. Son mil muertes, viejo. Por día. Y aquí. Pero es, también, una cifra.

Insisto: qué jodido es esto de buscarle respuestas a la muerte cuando hay tantas que no encontramos en la vida. Pero el método elegido en mi caso ha sido la investigación periodística, la histórica, la palabra de los que profesionalmente se supone manejan mejor el tema y los testimonios. Así que seguimos empujando el carro de la Esperanza. Los testimonios son clave en este estudio. Y el que sigue es extraordinario. El hombre que lo protagonizó lo escribió y lo único que yo hice, debido a su extensión, fue condensarlo en sus partes principales. Pero le respeto cada palabra y cada término al pie de la letra.

ENRIQUE B. SCHIAPPACASSE vive en Villa Rosa, partido de Pilar, provincia de Buenos Aires, y es jubilado de la Policía Federal, en la que trabajó como carpintero en la sección Talleres. En 1975 ya estaba retirado y trabajaba junto a un ex compañero de la policía —Roque Hércules Sotto— en un taller particular. Por entonces los médicos le habían impuesto un régimen estricto para bajar de peso, del que estaba muy excedido. Enrique vivía en ese año en la calle Bolivia al 4300, en la Capital. Al llegar a su casa después de un día de trabajo, y sin duda con las defensas muy bajas debido a su dieta y al frío de aquella noche, todo se puso negro para él de repente cuando estaba a punto de tomar un tazón de caldo desgrasado que le había alcanzado su esposa. Allí comienza la cosa. Prepárense porque es de las más fuertes.

Yo sentí que estaba caminando contento y sin sentir frío. Subía no sé por dónde. Todo iluminado por una extraña luz que parecía estar en todos lados, de color crema. También vi unas franjas de color amarillo claro que se movían a mi lado como acompañándome... Pude darme cuenta de que la luz no hacía ningún movimiento y de que yo no hacía sombra a pesar de tanta luz... De improvisto (sic) llegué a un lugar más amplio donde vi una gran mesa de madera con personas sentadas a su alrededor en sillas del mismo material... Eran todos familiares fallecidos reunidos en gran charla y gozando de inmejorable salud y estado físico (sic) a pesar de las distintas enfermedades y circunstancias que no les permitieron seguir en el mundo físico o, si usted prefiere, en nuestro mundo. Lo que más me impactó fue ver a mi padre y a mi tío, Pascual Izzo, tan bien. Mi papá falleció después de haber sufrido muchísimo por un cáncer óseo... Ahora lo veía que estaba fenómeno y sin vendajes... El familiar que se percató de mi presencia fue mi tía Sara, esposa de Pascual, que alertó a los demás diciendo: «Miren quién

vino... ¡Es Quique! ¡Se te ve muy bien! ¿Cómo te va?» Gran alboroto de los sentados... Todos se levantaron para saludarme efusivamente y hablando entre ellos y riéndose, y yo mudo... Pero muy feliz de estar allí... Mi tío Eduardo Ronco dijo: «Vayan a avisarle al abuelo», y mi tía Sara le respondió: «Ya le avisé»... pero no se había movido de allí. Mi abuelo apareció de golpe, ya sentado en un sillón con respaldo alto y ahora rodeado por mi papá y mi tía Sara, los demás ya no estaban... Mi abuelo me miró fijamente y sin sonreír y me preguntó qué estaba haciendo yo allí. «No sé», le dije. Mi papá y mi tía querían que me quedara para estar otra vez todos juntos, pero el abuelo, como yo seguía contestándole que no sabía por qué estaba allí, dijo: «No sabe por qué está aquí, se tiene que ir... Todavía no es tiempo para él, todavía tiene mucho que hacer, todavía tiene que hacer una cosa muy importante...» Entonces se apagó la luz ésa. Se puso todo negro. Sentí como un murmullo lejano y un frío que parecía salir de los huesos, como nunca había sentido antes... En ese lugar no tenía frío ni estaba cansado como ahora, eso me pasa por decir «no sé», si sabía esto me quedaba, mi papá estaba con las manos en los bolsillos de los pantalones, siempre con las manos en los bolsillos mi papá, cómo me cuesta pensar, estoy lleno de sudor, Emilce llora y grita, ahora la escucho clarito...

Emilce, su mujer, le estaba pegando cuando él empieza a volver en sí y es posible que este acto instintivo y desesperado es el que lo haya devuelto de su «viaje». Es llevado rápidamente al Hospital Bartolomé Churrua, en el que atienden al personal policial en actividad o retirado. Fue revisado y controlado minuciosamente. Pero Enrique ya se sentía bien y lo único que quería era regresar a su casa. Le cuenta al médico, sin embargo, su experiencia. El profesional lo escucha con mucha atención y le pide que no se mueva de allí. Vuelve con otro médico y ambos escuchan ahora el relato. Se separan un par de metros y hablan entre ellos muy seriamente. Luego se acercan otra vez a Enrique. El primero de los médicos le pregunta si está preparado para escuchar algo que lo puede afectar. «Lo único que me puede afectar es demorar más la cena», dice Enrique que respondió. Y sigue:

Con una amplia sonrisa me dijo que uno, cuando pierde el conocimiento, no puede pensar ni soñar porque el cerebro queda bloqueado. «No se puede soñar en lo absoluto», recalcó muy serio. «Lo que pasa es que usted no se desmayó. Mi colega y yo podemos afirmar que *usted estuvo del otro lado y tuvo la suerte de volver para contarlo...*» Desde ese tiempo lo saben algunos amigos y familiares. Sólo lo cuento a alguna persona conocida si perdió a un familiar joven para que tenga el consuelo de saber que aunque ahora no lo tiene a su lado, cuando llegue el momento estarán todos juntos nuevamente...

Sospecho que ya es bastante fuerte todo lo que acabamos de leer como experiencia,

pero —aunque parezca imposible— aún hay más sobre este caso. Enrique, al tiempo, le contó a su mamá lo que había «visto». Su mamá, mientras almorzaban, le dedicó alguna miradita sobradora y le dijo suavemente pero con todas las letras que ella no creía en eso. Enrique insistió, describió a cada uno de los que estaban alrededor de aquella mesa y contó, incluso, que había en el grupo una «señora robusta, con rodete», que él no conocía y que no sabía qué hacía allí, con el resto de la familia. El gesto de su madre cambió. Se puso seria. Sin decir nada se levantó de la silla. Sigue Enrique:

Al regresar traía un viejo álbum que yo ignoraba que tuviera. Las fotografías eran todas muy antiguas y tenían una coloración amarronada. Ella me dijo que pasaría las fotos sin decir nada y que si veía a esa persona que le avisara. Pasó varias hasta que la mujer apareció. Le dije que era ésa. Me dijo: «Era mi mamá, que falleció a los treinta y ocho años, cuando yo era muy chiquita. Tan chiquita que, para que la recordara, me dieron esta fotografía...» Era la primera vez en mi vida que yo veía esa foto.

Eso es todo. No se me ocurre ni el más mínimo comentario ante un relato tan sorprendente y pormenorizado como el que acaban de leer. Lo que destaco, sí, es una enorme coincidencia con uno de los casos más fuertes que reproduje en *Más allá de la vida*: el de Guillermo Villegas, que hoy tiene treinta y cuatro años, que a los veinte pasó por una Gran Experiencia, que vio a familiares suyos y a alguien que no conocía, que no encontraba muchos creyentes de su relato y que —de manera curiosamente idéntica a la de Enrique, hombre mucho mayor que él— descubre que ese alguien a quien no conocía había sido el padre de su mamá, a quien también identifica por un viejo álbum de fotos. No me pidan que aclare la coincidencia. Hay muchas, muchas otras que no logro aclarar y ante las cuales tan sólo abro la boca, como en el dentista, pero sin dentista. Una es muy reciente. Hace setenta y nueve años habían nacido unas mellizas de apellido Ocio. Desde entonces y durante toda su vida vivieron juntas, sin separarse nunca, dedicándose a las mismas cosas, destacándose incluso en los mismos deportes, sin casarse ninguna de las dos, viviendo —en una palabra— la misma exacta vida. El 29 de junio de este 1991, al cruzar una ruta tomadas de la mano para alcanzar las puertas de un cementerio privado, fueron atropelladas por un auto, en un penoso accidente que no hizo otra cosa que cerrar el círculo: murieron la misma muerte.

Unos veinte días antes un par de mellizos, jóvenes éstos, se ordenaron como sacerdotes simultáneamente para la Congregación Salesiana. ¿Qué misterioso designio hace posible que los hermanos mellizos Juan y Luis Navarte hayan sentido al mismo tiempo el llamado de la vocación sacerdotal y alcanzado lo deseado el mismo día a la misma hora durante la misma ceremonia, como lo cuenta en un cable la Agencia Noticiosa AICA? No sé, ni creo que nadie lo sepa.

Creo que las casualidades no existen. Tal vez las causalidades, como intentamos explicar a menudo sin que tampoco esto arroje demasiada luz sobre el tema. Son

coincidencias misteriosas, insondables algunas, como la famosa serie que une en la historia los destinos de los presidentes norteamericanos Lincoln y Kennedy. Vale la pena recordar algunos puntos asombrosos:

1.- Abraham Lincoln es elegido presidente en el año 1860. John Fitzgerald Kennedy en 1960.

2.- Ambos fueron asesinados en ejercicio de la presidencia, y en los dos casos fue por un disparo en la parte posterior de sus cabezas.

3.- John Booth, asesino de Lincoln, había nacido en 1839. Lee Harvey Oswald, asesino de Kennedy, había nacido en 1939.

4.- Los dos fueron muertos en un día viernes.

5.- Muerto Lincoln asumió Andrew Johnson. Muerto Kennedy asumió Lyndon Johnson.

6.- Tanto Lincoln como Kennedy fueron fervorosos defensores de los derechos de los negros en los Estados Unidos.

7.- Uno y el otro fueron asesinados mientras estaban junto a sus esposas.

8.- El asesino de Lincoln lo ultimó en un teatro y huyó escondiéndose en un viejo almacén de comestibles. El de Kennedy le disparó desde un viejo depósito de almacenamiento de comestibles y huyó escondiéndose en una sala de espectáculos.

9.- El secretario de Lincoln se llamaba Kennedy de apellido. El de Kennedy se apellidaba Lincoln.

10.- Los dos murieron en presencia de una considerable cantidad de gente y ambos habían recibido en forma reiterada la recomendación de que no debían acudir a esos lugares por razones de seguridad. La desoyeron por igual.

Si alguien puede explicarme esto me dará una gran alegría. Pero no creo que alguien pueda. Ni siquiera se pueden explicar las coincidencias cotidianas. Suena el teléfono y llama precisamente la persona en la que estábamos pensando hacía un par de minutos. Recordamos a una persona que hace mucho no vemos y ese día lo encontramos porque sí, o hallamos una carta, una foto o algún objeto de ella. Abrimos un tomo de una enciclopedia y nos damos cuenta de que acertamos exactamente con la página donde está el dato que íbamos a buscar; y así cientos de cosas por el estilo que ustedes deben haber vivido alguna vez. Si ni siquiera esas pequeñeces podemos explicar, nadie puede pretender que, a través de la razón, aclaremos coincidencias mucho más grandes, como las de Guillermo Villegas y Enrique Schiappacasse.

Con Guillermo estuvimos juntos, el último diciembre, en el programa televisivo de Badía, donde Guillermo relató en vivo su asombrosa experiencia. Hoy tiene tres hijos, una mujer adorable, una buena familia, un trabajo ejecutivo en una radio de frecuencia modulada y una vida linda, si tenemos en cuenta que las épocas no pueden ser calificadas de igual forma, pero, cada vez que hablamos, me reitera que no pasa un día de su vida en el que no recuerde su Gran Experiencia.

No es el único. Todos los que hemos pasado por ella no lograríamos desprendernos de su recuerdo ni una sola jornada. Ni queremos hacerlo, tampoco, ya que no es una remembranza penosa o lastimera, sino exactamente lo contrario. Es plena y da unas energías fenomenales que, en muchos casos —el mío, sin ir más lejos, y ya que me tengo tan a mano— nunca creímos tener hasta ese punto. Todos, también, tenemos conciencia de que aquello fue como una bendición, un regalo de Dios. Hasta los investigadores más importantes sienten un poquito de sana envidia por nuestra experiencia. La grande de Kübler-Ross es una.

Elizabeth Kübler-Ross, poseedora de una cantidad ya imposible de enumerar de testimonios de personas que pasaron por el estado de muerte clínica y luego fueron recuperadas, llegó a un punto —en una ocasión— en el cual la tentación de dar el paso ella misma llegó a vencerla. Quiso sentir en su propia piel, en su propia alma, cómo eran aquellos códigos misteriosos que tantos le habían relatado. En su primera experiencia, realizada en un laboratorio de Virginia, Estados Unidos, bajo la atenta mirada de un grupo de médicos entre los cuales había algunos escépticos, fue inducida —de acuerdo con las precisas instrucciones que ella determinó— a tener un paro cardíaco. Así fue, pero el médico jefe de aquella experiencia se asustó apenas había dado comienzo y ordenó —preocupándose de comandar la cosa personalmente— que Elizabeth fuera recuperada de inmediato. Se le practicó la reanimación, que por supuesto estaba programada, pero mucho antes de lo que se había estipulado. Kübler-Ross no llegó a producir su propio y tan ansiado desprendimiento y nunca se lo perdonó al jefe del laboratorio. Seguramente muchos de ustedes están pensando en este momento una de estas dos cosas: 1) Hay que tener unos pantalones bien grandes y muy bien puestos (aunque se trate en este caso de una mujer) para encarar una cosa así por decisión propia ya que, después de todo, se trata de «hacerse matar», y esto no se aliviana con el hecho de que se realiza con todos los elementos de reanimación a mano ya que a veces éstos no consiguen su fin... 2) Pero esta mujer está más loca que una manada de cabras. ¿Cómo va a planificar su propio paro cardíaco? Loca total. Yo estoy con los del primer grupo. De la misma manera en que muchos científicos probaron en sí mismos sus inventos, que luego ayudarían a toda la humanidad, la doctora Kübler-Ross intentó lo mismo, ya que también ella es una científica. En lo que hace al saber no se puede hablar de apetito; se trata de hambre. Y de las feroces. En especial cuando los resultados de eso pueden servir para ayudar a los enfermos terminales, tarea a la cual la doctora dedica las veinticuatro horas del día desde hace años. Por eso la entiendo. Y entiendo que después de aquella fallida ocasión volviera a probar, pero esta vez tenía todo bajo su control y con órdenes estrictas. En otro laboratorio especialmente acondicionado con los elementos necesarios la doctora fue inducida una vez más y mediante métodos médicos a detener los latidos de su corazón. Sintió que se desprendía de su cuerpo, pero al ser reanimada en el tiempo programado su mente estaba confusa y no había una historia clara que contar. Decidió pasar la noche siguiente completamente sola en una cabaña en medio del bosque, en Blue

Ridge Mountains. Allí, boca arriba en su cama, en medio de la noche y los sonidos del bosque como única e inquietante compañía, se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y de que tal vez estarían por llegar las consecuencias. Ella sabía —como todos los investigadores del tema— que para vivir una NDE o Gran Experiencia la muerte debe ser natural, no buscada. De todas formas, a pesar de esto quiso intentarlo y esa noche, en la cabaña del bosque, llegó una suerte de castigo. Ella misma cuenta en su magnífico libro *La muerte, un amanecer*.

En el propio sentido del término viví en mí misma las miles de muertes por las que habían pasado mis enfermos. Agonizaba en el sentido físico, emocional, intelectual y espiritual. Fui incapaz de respirar. En medio de esos sufrimientos físicos yo era perfectamente consciente de que no tenía a nadie cerca para ayudarme. Debía atravesar esa noche completamente sola.

Sigue su relato, apasionante sin duda, y mucho más teniendo en cuenta quién lo está contando, detallando sus sufrimientos físicos y morales hasta llegar a un punto en el que creyó no poder soportarlo más. Dice que advirtió entonces que ya no debía oponerse, presentar batalla, sino entregarse mansamente repitiendo, mentalmente, la palabra «sí». Casi de inmediato cesó el sufrimiento, y enseguida fue acunada por una vibración que parecía venir de dentro de sí misma y que se extendió por los muebles, la casa, el bosque, el mundo todo. «Yo tenía la impresión de que la tierra entera vibraba en cada molécula», dice. Luego, finalmente, una flor que se abrió ante ella, la luz maravillosa de la que hablaban siempre sus enfermos y «...una sensación de amor inimaginable, incondicional...» en el que se fundió. La continuidad de su experiencia es bellísima y le hace entender más que nunca que la vida se encuentra en cada cosa, por pequeña o inútil que parezca. Quiero rescatar una frase más de aquel especial premio después del castigo que le fuera concedido a Elizabeth Kübler-Ross. Una frase que, de entenderla y aplicarla, puede cambiar la existencia humana:

...el Creador ha querido que seamos seres equilibrados entre los cuadrantes físico, emocional, intelectual y espiritual. Seres que han comprendido que el amor verdadero no es posesivo y no ponen condiciones...

Es bueno preguntarnos si nosotros amamos así, y contestarnos con franqueza; igual, nadie nos oye porque es para adentro.

Varios médicos más intentaron la experiencia de «pasar al Otro Lado» de manera voluntaria y controlados por otros colegas en lugares que fueron especialmente preparados para el intento. Pero no tuvieron suerte. Los códigos son muy claros en ese aspecto: no se puede «buscar» la muerte porque los resultados son nulos o —en el peor de los casos— desastrosos. Por otra parte, ¿qué apuro hay? Desde hace unos años el mundo sin apremios económicos gasta la moda de vida natural. Es completamente

razonable que defendamos una muerte natural. No se vayan que todavía falta lo mejor.

NUEVE

Un caso muy particular

«En ese momento empezó tanta metralla, tanta metralla, que a mí me agujerearon aquí...»

La vida es una sorpresa en cuotas.

De tanto en tanto nos ocurren cosas que no esperábamos y que ni siquiera tenemos tiempo de asumir. Algunas de esas cosas son muy bellas, otras son trágicas, y hay un nutrido grupo de las que son simplemente inesperadas. Lo que sigue pertenece al tercer grupo. Fui por lana y volví con un rebaño de ovejas.

Todo empezó con un llamado telefónico, uno más de los cientos que se produjeron por la aparición de *Más allá de la vida*. Una mujer con un marcado acento italiano me decía que ya había leído el libro en tres ocasiones y que ella había pasado por la Gran Experiencia en dos oportunidades. Ya empezó a interesarme porque no es muy común que la experiencia se repita, aunque no es de manera alguna imposible. Al preguntarle cómo y por qué había llegado a un estado de muerte clínica, me contó que todo había sucedido durante la Segunda Guerra, donde había sido ametrallada. Aquello era muy fuerte. Unos días más tarde yo estaba en su casa, en la localidad de Munro, grabador en mano. Allí empezó la sorpresa. Voy a transcribir literalmente el diálogo y ustedes mismos comprobarán que la vida de esta mujer tuvo, en su juventud, todos los elementos que hoy nos atraparían en una novela o una película. Allí estaban, sí, las dos experiencias cercanas a la muerte, pero había además una cantidad de elementos que me impulsan a contar otros detalles, que no tienen que ver con la NDE en sí pero que no puedo dejar de compartir con ustedes. Quiero dejar en claro, muy en claro, que respeto cada frase de ese diálogo con una prescindencia total de juicio sobre lo que hizo y vivió su protagonista. Quisiera que, en lo posible, hicieran lo mismo.

MERCEDES KUTSCHER fue también, alguna vez, Mercedes Montanari. Tiene ahora setenta y seis años, una hija médica que nos acompañó en algunos tramos de la conversación, y un muy fuerte acento italiano en el que a veces mezcla términos alemanes. Para no caer en una suerte de cocoliche literario voy a evitar expresamente —salvo en algunos tramos o palabras— reproducir por escrito ese acento. Ustedes habrán advertido que, generalmente, no suelen conformarme la Gran Experiencia y su relato, sino también cómo llega a eso cada testimoniante. Ignoraba por completo lo que seguiría, y fue por eso que interrumpí las primeras palabras de la señora Kutscher —que iba directamente a contarme lo que había sentido durante sus NDE— y le pedí:

—Un momentito, Mercedes. Comencemos desde el principio...

—¿Del principio?... Del principio yo estaba en guerra. Y me encontraba en Montecasino. Íbamos en un coche donde viajaba un médico, un noble alemán. Había dos enfermeros, otro que manejaba y estaba yo...

—Perdón..., ¿usted dónde había nacido?

—En Bologna...

—Usted era muy jovencita en esa época, ¿en qué año ocurrió lo que me va a contar?

—Yo tenía... veintiséis años. Fue en 1942... Entonces yo vi, en la noche, como un impermeable, que era blanco, delante del auto. El negro de las piernas no lo veía porque estaba muy oscuro. En ese momento empezó tanta metralla, tanta metralla, que a mí me agujerearon aquí... —levanta inesperadamente su chaleco y me muestra dos enormes cicatrices a la altura de su abdomen. Están blanquecinas por el tiempo pero son muy nítidas. Espeluznantes sabiendo qué las había provocado—. Todo el hipocondrio izquierdo agujereado... Enseguida yo vi toda una grande pantalla, inmensa, inmensa, inmensa, que ocupaba no sé cuánto, cien metros pudo ser... En esa pantalla apareció toda mi vida. Toda mi vida. Las cosas más impensadas. Todo. En un —larga un corto aliento— respiro. No en dos respiros, en un respiro.

Yo aún no entendía qué hacía ella en ese auto, ni por qué los habían ametrallado, ni qué tenía que ver la Mercedes que yo tenía enfrente con una historia tan violenta.

—¿En qué lugar estaban ustedes?

—En la calle. Era la última noche del año y nosotros íbamos a una fiesta a brindar...

Yo, como la mayoría de ustedes, estoy condicionado a imaginar siempre a los alemanes de la Segunda Guerra como los «malos de la película». Una gente con la que uno no podía compartir un brindis de fin de año. Me traicionó ese condicionamiento y no sabía cómo preguntarle qué cuernos hacía ella con soldados nazis.

—¿Usted vivía allí en Montecasino?

—No, no. Yo estaba con ellos, con los alemanes. Con el ejército alemán...

—Pero, ¿por qué? ¿Era amiga de alguno de ellos?

—Amiga de todos. Porque yo los apreciaba mucho. Hay personas que no los apreciaban, pero yo los apreciaba mucho. A mí me trataban como a una hermana, como a una camarada. Yo era muy linda, muy linda. Y ni me hacían así... —toca mi brazo con un dedo.

—Pero, ¿por qué estaba con ellos?

—Ya le dije. Los apreciaba. Además Italia era aliada de Alemania, yo estaba con mis aliados...

Un pequeño detalle que se me había escapado. No todos los italianos, por supuesto, pero Italia como país era en efecto aliada de los alemanes. Mis prejuicios habían sido mayores que un simple análisis. Recién en ese momento me desayuné. Antes de visitarla había pensado que su ametrallamiento había sido una especie de accidente de guerra o algo así. Ella, una ciudadana común, en medio de un tiroteo en el que no tenía arte ni parte. Algo así. La historia recién empezaba.

—Pero entonces, ¿quiénes habían disparado?

—Los guerrilleros.

—Ah, los guerrilleros. Los...

—Cuando yo me compuse vi todo un desastre alrededor. El médico, que tendría veintiséis o veintisiete años, dijo «*mutter*» (madre) aunque no llegó a decirlo, en realidad. Dijo «*mut...*», y se ahogó en un vómito de sangre que lanzó sobre el parabrisas del auto... Uno de los enfermeros tenía el cuero cabelludo arrancado por una bomba... Cuando desperté, después de lo de la pantalla enorme, me tiré afuera del auto. Me saqué los zapatos y me fui arrastrando por el barro. Tenía coágulos de sangre en la boca y en la nariz... Quería alejarme porque yo tenía miedo de los guerrilleros.

Aún ahora que estoy transcribiendo literalmente esto de lo que escucho desde el grabador, tengo un sentimiento confuso, como cuando ocurrió el reportaje. La guerra es la guerra para todos y es, siempre, una basura. Para el bando que sea. Pero en la Segunda ocurrieron cosas que me tocan en mi condición no sólo de cristiano sino también de ser humano. No puedo justificar la matanza de los campos de concentración, por ejemplo y sobre todo. No puedo aceptar el *ghetto* de Varsovia, la discriminación racial, los hornos, la gente gaseada, el asesinato. Por eso es que en otro tramo de la conversación no pude aguantar más y le pregunté a Mercedes, de la manera más suave posible:

—Discúlpeme, pero en Italia, ¿no había problemas con los judíos?

—Nooo... Si estaban todos libres... Si Piterno y Nicolo Bruno eran dos de las pocas personas que frecuentaban la casa de Mussolini. Y eran judíos.

—Me gustaría dejarlo en claro, Mercedes. Los italianos, ¿no tenían problemas personales con los judíos?

—No, claro que no. Después, cuando los alemanes toman Italia y quedan ellos como los dueños ya era otra cosa. Pero mientras fueron aliados sin estar como los dueños, no pasaba nada con los judíos.

Quería aclararme y aclararles a ustedes que yo no tenía frente a mí a una especie de criminal de guerra ni cosa que se le parezca. Tenía, sí, a una mujer ahora anciana, que en su juventud había elegido estar del lado de los alemanes por causas que ni yo ni nadie pueden juzgar hoy, cincuenta años más tarde. Si estuvo equivocada o no es algo que de ninguna manera voy a poner en el tapete. Lo que me importaba, y me importa, es saber que esa mujer no tiene deudas de conciencia pendientes. De tenerlas hubiera sido absurdo que me contara, grabador de por medio, todo lo que me contó.

—Me arrastré por el barro hasta una casa... Una viejita abrió la puerta y me dijo «desgraciada», pero me hizo entrar. Yo sentía como si mi cuerpo fuera de cartón... Detrás mío llegó el enfermero que tenía el cuero cabelludo arrancado... «¿Quiere fumar?», me dijo. Y yo pensé: «Qué suerte tenés que podés fumar», pero sólo le dije que no... El enfermero dijo que iba a pedir auxilio y que me quedara allí. Y se fue. Enseguida entró un muchacho. Lindo muchacho, morocho, vestido a la cazadora y con un cinturón de municiones... La viejita le dijo: «Andate, andate, vienen los alemanes... vienen a buscarla a ella». El muchacho se acercó a mí y yo pensé que venía a darme el tiro de gracia, pero solamente me miró fijo y después le dio un beso a la viejita y se fue... Yo tenía mucho frío...

—¿Fueron los alemanes?

—Sí. Pusieron un colchón sobre una escalera y usaron eso para llevarme, como una camilla. Yo les gritaba «a la calle no, a la calle no», pero salimos... Allí estaba el auto volcado, con las luces encendidas... «El carro de la muerte», dijo uno de ellos. Y se escuchó el comienzo de un bombardeo... Me apoyaron en una zanja y me cubrieron con algo. Yo alcanzaba a ver las bengalas, los fogonazos, oía las explosiones, pero ellos me tenían apretada para que me quedara muy quieta porque desde un avión a tres kilómetros de altura se ve si una persona se mueve, si enciende un cigarrillo, un caballo, se ve todo... Cuando pasó el bombardeo me llevaron al hospital de campaña y de ahí a un tren de carga en el que arreglaron un lugar especial para llevarme así al hospital de Roma... En el viaje a cada rato uno le preguntaba al otro, «¿está muerta?», y yo hacía así...

—Los cuernitos...

—Eso. En Roma me llevan al hospital y ahí me meten enseguida en un lugar y me acuestan en una camilla para operarme. Yo todavía sangraba. Durante la operación es cuando me muero...

—¿Qué sintió?

—Yo entro en un túnel oscuro, muy oscuro... Y de pronto veo una grande espiral que empezaba con color rosa pálido y mientras subía se iba haciendo de un rojo puro... Y yo flotaba, pero sin peso. La pluma tiene un peso, yo no tenía ni el peso de una pluma... Y veo arriba de esta espiral una luz blanca... En ese momento me sentí tan feliz, tan feliz... Tenía miedo nada más que de hablar para no interrumpir eso... Era una paz perfecta... La luz no era una luz que me hiciera mal a los ojos. Era una luz blanca, blanca, que me parecía cuando usted toma el avión y está en alto que hay como una especie de crema. Pero más que la luz de la nube. Era brillante. Cuando estoy llegando a esa luz, me mandaron abajo...

—¿Escuchó algún tipo de sonido?

—No. No lo recuerdo. No recuerdo nada, nada, nada. Yo vi solamente que me echaron...

—¿Quién?

—Qué sé yo... Sentí que me echaron empujándome... Yo tenía un gran disgusto porque no quería irme de ahí, pero no podía hacer nada...

—¿En qué hospital estaba usted?

—En el Humberto Primo... Ahí tienen mi historia clínica... Después fue cuando sentí otra cosa que no entendía...

—¿Inmediatamente?

—No, muchos días después. Yo estaba en una sala donde había muchos heridos de guerra y el olor era insoportable. Por eso abrían una ventana cerca mío y me cubrían con el tapado de armiño que yo llevaba cuando nos atacaron, para cuidarme los pulmones porque entraba frío... Ese día vino un médico y me dio una inyección. Yo tenía unos tubos que me salían del cuerpo para el drenaje... Sentía todo esto duro (se pasa la mano por el rostro) y la lengua me ocupaba toda la boca y no podía moverla... Ahí ocurrió...

—¿Qué sintió?

—Entro en un campo. En ese campo las flores surgían en manojos... Pero yo no las podía tocar. En el fondo de ese gran campo había como una ventana blanca... Pero ni llegué a la mitad de camino... Todo fue muy breve... Estaba otra vez en la cama. Había un médico al lado mío y estaban todas las luces encendidas. Yo vi a un cura que entraba para darle la extremaunción a alguien y pensé: «¿A qué pobre desgraciado será?» Era a mí... Me preguntó si quería confesarme y yo le dije: «No maté, no robé, no le hice mal a nadie... de lo demás, de todo un poquito...»

En ese punto llega la hija de Mercedes con una fotografía enmarcada. Era ella, Mercedes, en un primer plano que mostraba sus veintiséis años como una rosa que estalla. Bellísima. Un aire aristocrático que podía palparse con los ojos en esa foto amarillenta pero nítida. Una semisonrisa giocondina. Una mujer espléndida.

—Me gustaban mucho los muchachos...

—Y seguro que usted a ellos, por lo que veo... Pero, Mercedes, ¿qué otra cosa vio o sintió en aquel campo?

—Las flores, ya le dije. Muchas flores de todos los colores. Y una luz muy fuerte que abarcaba todo... Antes, con la espiral, había sido distinto. Yo flotaba. Flotaba pero sin fatiga. Siempre, siempre pensé en eso. No voy a olvidarlo nunca... Todo lo que veía, que era hermoso, no era nada, nada, nada, comparado con la tranquilidad. Con la paz.

—¿Usted qué cree que fue aquello?

—No lo sé. Lo que sé es que ya pasaron cincuenta años y ni antes ni después fui tan feliz como en ese momento. Nunca fui feliz así. Aunque tenía de todo. Joyas, pieles, lujos... Pero no fui así de feliz nunca.

El resto de la historia incluye su recuperación, su arresto, juicio y libertad por falta de cargos cuando los aliados ocupan Italia, su viaje a la Argentina y su hoy. Busca aún la felicidad. Al menos una que se parezca un poquito a aquella que sintió.

Mercedes pasó por una revisión velocísima de su vida, que puede ser una NDE, aunque no necesariamente. Luego sintió, en ocasiones diferentes, dos claras y raras experiencias de vida después de la vida. Me he limitado a contarlas, como en todos los casos. Explicarlas es otra cosa, ustedes ya saben.

Estaba escribiendo este capítulo cuando me llamó por teléfono alguien a quien aún no

conozco personalmente pero de quien sé —entre algunas otras cosas— que ha dedicado más de cuarenta años de su vida a la investigación de los fenómenos inexplicables que nos rodean: Pedro Romaniuk. Puede decirse de él que es un adelantado de lo que hoy el mundo conoce como la *New Age* o la Nueva Era. Está conectado desde hace décadas con distintos centros mundiales que rascan la piel de lo increíble para mostrar lo que se ve. Encabeza una fundación sin fines de lucro que nuclea en nuestro país a un considerable grupo de profesionales de varias ramas (médicos, filósofos, físicos, investigadores de todo tipo) empeñados en discutir y aclarar lo que se nos muestra como fenómenos fuera de lo normal. (Me he preguntado tantas veces qué es, realmente, lo «normal»... Arrojar a una mujer a las vías del tren para robarle la cartera, asesinar a un chico de dieciséis años para quedarse con la campera, violar a una chiquita de nueve son cosas que aceptamos como si formaran parte de nuestra vida de todos los días. No hace falta que nadie pruebe nada respecto de estas cosas. Creemos en ellas, allí están, lastimándonos desde los titulares de los diarios. Pero, ¿se puede llamar a esto «normal»? Hablamos un buen rato sobre los temas que aparentan no tener explicación. Una de sus informaciones es ideal para cerrar este capítulo. Pedro me dijo:

«Se llevó a cabo una investigación que demuestra que con solamente cinco neuronas se pueden almacenar —como en una computadora— unos mil quinientos millones de informaciones. Un ser humano normal tiene alrededor de quince mil millones de neuronas... ¿Cuántas usamos, en realidad? O, mejor, ¿cuántas no usamos?... Hay demasiadas cosas que nuestras pobrecitas mentes no pueden entender...»

¿Qué tal? Si los cerebros pudieran venderse como los autos, serían casi un cero kilómetro. *Vendo cer. pract. s/ uso, muy útil, cons. precio.* Pero hay que apurarse porque parece ser que los chicos de ahora vienen con más del doble de neuronas. En cuanto se den cuenta, nuestros modelos de cerebro ya estarán obsoletos y nadie los va a querer ni regalados.

Algo más para pensar. En *Más allá de la vida* quedó registrado el caso de Abram Manhajmer, quien pasó por una experiencia de NDE en uno de los campos de concentración nazis donde estuvo prisionero por el solo hecho de ser judío. Abram y Mercedes estaban, por la misma época, en bandos opuestos. Ni siquiera eran enemigos, teniendo en cuenta que Mercedes era italiana y, según ella misma dice, nunca estuvo ligada a grupos antisemitas. Ni siquiera eran enemigos, pero estaban, en efecto, en bandos opuestos. Abram sufría en los campos de los alemanes, Mercedes brindaba con ellos. Sin embargo, en el momento en que ambos llegaron a las puertas del Otro Mundo, sus sensaciones fueron muy parecidas. La igualdad ante la muerte (o sus inicios) en la que, según parece, el gran juez de cada persona será esa misma persona. Insobornable.

El caso de Mercedes tiene, además, una característica que no es nada común: el hecho

de haber vuelto a la vida sin necesitar, prácticamente, métodos de reanimación. Hay hipótesis sobre casos así, pero solamente eso: hipótesis. No se sabe con certeza por qué una persona que sufre una muerte clínica en algunos casos «vuelve» sola. Lo que se sabe es que son una minoría. Sin ayuda médica o paramédica, el que es atacado por un paro cardíaco muere irremediablemente. Por eso no está de más el agregado que sigue.

Cómo ayudar a volver a la vida

Como digo en el prólogo, no es extraño que la mayoría de los casos de resucitaciones aparezcan desde los primeros años de la década del 60. Recién en 1956 comienzan las primeras pruebas con defibriladores (el choque eléctrico que sacude al paciente y que vuelve a la normalidad su músculo cardíaco). En 1958 se empieza a poner en práctica por vez primera el sistema de respiración artificial conocido como «boca a boca»; y en 1960 el masaje cardíaco «a mano», que permite que el corazón siga —aunque sea artificialmente, pero eso es lo de menos— enviando sangre (y por consiguiente oxígeno) al cerebro. Apenas un poco más de treinta años. No es nada. Antes de eso, lo que seguía a un paro cardíaco o respiratorio era, irreversiblemente, la muerte. Se habían hecho intentos desde la antigüedad, algunos de los cuales son tan absurdos e inexplicables que hoy seguramente provocarían sonrisas, como aquel sistema del siglo XVII mediante el cual se pretendía la reanimación llenando el cuerpo del paciente de humo por vía anal. Era más inútil que timbre de tumba, pero sabe Dios a quién se le ocurrió que podía servir de algo.

En los '60 nació la verdad. Desde entonces, crece cada día y se va perfeccionando. Éste es el motivo fundamental por el cual son cada vez más comunes los relatos de «viajeros de ida y vuelta»; simplemente, porque hay más viajeros. Antes tenían pasaje sólo de ida.

En nuestro país la Fundación Cardiológica Argentina inició hace unos meses una intensa campaña para ampliar el número de personas que sepan qué hacer en caso de que un semejante sufra un paro cardíaco en un lugar no controlado (la calle, un restaurante, una oficina, etcétera). En 1974 la American Heart Association llevó a cabo una campaña similar en los Estados Unidos. Mucha gente común aprendió los métodos simples de reanimación. El resultado inmediato fue lo importante: alrededor de doscientas mil personas por año salvaron sus vidas debido a que fueron atendidas de inmediato y como correspondía por alguien que había hecho el curso de resucitación. ¿Qué tal? Estamos en un restaurante, riéndonos y charlando. A dos mesas de distancia un grupo de personas hace lo mismo pero, de pronto, uno de ellos cae al suelo como fulminado. Nosotros hicimos el curso. Corremos y hacemos todo lo que hay que hacer mientras llega la ambulancia. Sencillamente hemos salvado una vida. Nada menos. Una vida, coño. Y el curso —que en Buenos Aires se da gratuitamente en la calle Azcuénaga 980— se puede aprender en sólo un par de horas, con maniqués especiales y todo lo necesario.

El doctor Rubén Posse, que fuera por años presidente de la Sociedad Cardiológica Argentina y uno de los mejores especialistas del país, es la cabeza de esta campaña para salvar al prójimo. Lo ideal es gastar esas dos horas y salir sacando pecho, pero, mientras tanto, valen unos consejos elementales para aplicar en caso de que el corazón de alguien cercano decida detenerse.

Las señales más comunes de un ataque cardíaco son:

—Opresión o dolor en el centro del pecho, que puede extenderse hasta el hombro, el cuello o los brazos. El dolor puede no ser severo.

—Sudor. Náuseas. Dificultad al respirar. Sensación de debilidad.

Qué debe hacer el que siente esos síntomas, en especial el primero:

—Reconocer claramente esa señal o señales.

—Suspender toda actividad. Sentarse o acostarse.

—Llamar a un servicio de emergencias y esperar sin moverse.

En casos de ataques cardíacos, asfixia, electrocución, accidentes cerebrovasculares, sobredosis de drogas o golpes en el tórax se puede producir un paro cardiorrespiratorio.

Qué hacer si alguien sufre un paro cardiorrespiratorio:

—Colocar a la víctima boca arriba sobre una superficie dura y plana.

—Si está inconsciente, abrir la vía respiratoria, forzando la boca si es necesario.

—Si no respira, darle aire boca a boca: llene sus propios pulmones de aire y cubra con su boca la del paciente; luego, ciérrele el conducto nasal apretándole la base de la nariz, y largue el aire de sus pulmones con cierta energía en la boca de la víctima. Repita esta operación una vez más, con un muy breve intervalo.

—Controle el pulso de la carótida. Es decir, apoye sus dedos sobre el costado del cuello del paciente y compruebe si hay latidos.

—Si no hay latidos, comience de inmediato el masaje cardíaco para lograr que retorne la circulación de manera artificial. Para hacerlo, coloque una mano sobre el centro del pecho de la víctima, y su otra mano sobre la primera, para lograr una mayor fuerza. Presione con decisión quince veces, a un ritmo constante, sin apuro y sin lentitud, de manera natural pero enérgica. Luego de esas quince presiones vuelva a darle aire boca a boca, con dos insuflaciones, tal como ya está dicho. De inmediato, otra vez las quince, y dos soplos boca a boca. Y otras quince, y dos, quince y dos, quince y dos. Las que sean necesarias mientras llega el servicio médico al que —obviamente— alguien habrá llamado. Tome conciencia de que usted es los pulmones y el corazón de esa persona hasta que llegue el auxilio médico, con métodos de resucitación más avanzados.

Ojalá nunca tenga que usar este sistema, pero es bueno que lo conozca. Uno aprecia lo bueno que es saber nadar cuando se cae al río. Acá la cosa pasa por los mismos parámetros.

Ahora volvamos a lo nuestro.

DIEZ

La luz, la luz

«Me iba deslizándose hacia esa Luz, me sentía más feliz cuanto más me acercaba a ella.»

DANIEL PIAZZOLA es un querido amigo y viejo compañero de colegio, el San José de Calasanz; hijo de Astor, ese irreplicable y majestuoso monumento a la música. Daniel y toda su familia recuerdan haber escuchado decenas de veces de boca del genio (para él y su hermana Diana apenas y nada menos que el papá más que el genio) una historia que le tocara vivir siendo muy jovencito.

Fue con su primera novia. La pobre chica murió en los brazos de papá atacada de una enfermedad que por entonces no tenía cura... Papá siempre recordó que ella, en sus minutos finales, le susurraba que iba siendo invadida por una gran paz. Le decía que escuchaba una «música celestial», algo así como (sic) «un coro de Ángeles». Que todo era muy sereno y que empezaba a ver una luz impresionante que sentía cada vez más cerca y que aumentaba su paz... Una luz hermosísima...

La Luz. Siempre la luz. Aparece en todos los casos de muertes clínicas o —como en este relato de Astor que lo obsesionó hasta el punto de repetirlo tantas veces a los suyos— en los momentos últimos y definitivos de muchas personas. Esta Luz es la que emana algo que para todos es por completo indefinible pero que se resume, mínimamente, como una inmensa paz que no puede describirse con palabras. Casi todos usan —usamos, en realidad— esos mismos términos al llegar a ese punto. No hay con qué comparar esa sensación de serena plenitud. No existe nada en la tierra como para decir que es «como eso» pero multiplicado por un millón. Por eso insistimos en que no puede describirse con palabras. El doctor Raymond Moody, pope de estas investigaciones, es quien bautizó los

«viajes de ida y vuelta» con la sigla NDE, ampliamente conocida en los Estados Unidos por el gran público, y que encierra los términos Near Death Experience (Experiencia Cercana a la Muerte, por lo que múltiples publicaciones españolas lo concentran en las iniciales ECM); sin embargo luego de veinte años de estudios sobre el tema, también define a ese momento como «sencillamente, una experiencia de Luz».

El ineludible *Libro tibetano de los muertos* —cuya primera versión escrita se conoció hace más de veinticinco siglos y sabe Dios desde qué remotas épocas repetía sus conceptos, de generación en generación, a través de relatos— habla de «la Clara Luz Primordial que, al ser reconocida, permitirá la Liberación».

Para los egipcios, que también tenían su *Libro de los muertos* unos cuatro mil quinientos años atrás, la Luz era fundamental. Baste con recordar que su máxima divinidad era Ra, el Sol, la mayor expresión de luz en la tierra.

La Luz se repite como constante en los puntos claves de toda Gran Experiencia determinada por el doctor Moody, y luego, también, en las investigaciones del doctor Keneth Ring, creador de un instituto que estudia exclusivamente el tema de la vida después de la vida, y de quien aprendemos más cosas, que sin duda nos asombrarán, en un capítulo posterior de este librito.

Y los testimonios. Miles en el mundo.

Algunos de los consultados afirman que esa Luz era la presencia de Dios mismo. Otros no se atreven a tanto y creen que se trataba de una suerte de santidad superior. Un tercer grupo arriesga la posibilidad de que fuera algo así como un representante divino. En lo que todos, sin excepción coinciden, es en la paz inmensa que emanaba de esa Luz, contagiándolos y llenándolos de amor.

Éstos son ejemplos de recientes testimonios en la Argentina:

ROSA CORDOBERA GONZÁLEZ DE GARRIDO, abogada, nacida en la provincia de Corrientes, donde se jubiló como integrante de su Poder Judicial. Actualmente reside en la Capital y ejerce profesionalmente en su estudio de la Avenida Callao. Cuenta que en diciembre de 1950 —a poco de regresar de su viaje de bodas— debió sufrir una tercera y sangrienta (por entonces) operación de garganta. La pérdida de sangre fue terrible. Su estado la llevó a vivir su NDE, que ella cuenta así:

En un momento dado me vi, o mejor dicho, me sentí próxima al techo de la habitación de la clínica. Veía mi cuerpo abajo, rodeado de gente, y a mi madre y a mi esposo llorando mientras yo me hallaba en un ambiente plácido, tranquilo, serenísimo, rodeada de nubes cálidas que recibían una gran luminosidad cuyo origen no veía pero sabía que allí estaba... Pese a los años transcurridos desde esa experiencia vivida en mi juventud, cada vez que recuerdo evoco lo mismo: una luz brillante invitándome a un camino, una gran calma y serenidad.

Rosa cuenta que luego fue sacada de ese especial momento, y agrega, para alejar

cualquier fantasía o posibilidad de que le sean adjudicados acercamientos religiosos que le son ajenos:

...estoy segura de que nos vamos a encontrar todos MÁS ALLÁ, adonde ya me precedieron mis padres y mi esposo. Están en otra dimensión, pero creo que están junto a mí, tal como me enseñaron las religiosas de las hijas de la Misericordia del Colegio San José —de Corrientes—, donde me eduque en los preceptos de la santa religión católica apostólica romana...

OSVALDO CRISTIANO vive en la famosa Avenida Luro de Mar del Plata, a la altura del 2200. Relata —en este caso epistolarmente— su experiencia, vivida a los veintiséis años, luego de una severa y riesgosa intervención quirúrgica renal. De la operación salió bien, pero la NDE sobrevino esa noche, durante la primera etapa del postoperatorio:

...Comencé a oír una música lejana que se iba acercando. La melodía era hermosa pero jamás la había oído y nunca la volví a escuchar en mi vida. Era lo que generalmente se denomina «una música celestial»... Me encontraba como en un túnel totalmente oscuro... De pronto, al final del túnel se abrió como un boquete o entrada de la cual fluía una luz intensísima, pero que no cegaba ni molestaba. Me iba deslizando hacia esa luz y me sentía más feliz cuanto más me acercaba a ella.

ELENA TORRADO vive en Buenos Aires. Actualmente se especializa en la enseñanza de yoga en un lugar de esta ciudad y en otro de la ciudad de Roma, Italia. Llegó al yoga debido a su Gran Experiencia, ocurrida hace veinte años, cuando ella tenía treinta y cinco. Ya por entonces había sido maestra de laborterapia en hospitales y presenciado allí la muerte de varias mujeres jóvenes. Incluso, siendo muy joven, había asistido a los últimos momentos de su madre, que falleció cuando apenas había cumplido cuarenta años.

...y me llamaba la atención esa expresión serena, beatífica, que sus rostros adquirían en el instante de la última exhalación. Pero por entonces estaba demasiado ocupada en las cosas de esta vida como para profundizar en este tema...

Las «cosas de esta vida» la llevaron a no tener más remedio que profundizar. A los treinta y cinco años era guía y recepcionista de turismo. Un día de junio de 1972, con un frío de aquéllos, se refugió en el ómnibus turístico mientras los visitantes recorrían un museo. Algo inusual ocurrió. El conductor del vehículo aumentó la calefacción en honor

a Elena, la única pasajera en ese momento, pero —por alguna falla en el sistema— el ámbito comenzó a inundarse de monóxido de carbono. Cuando lo advirtieron, Elena acababa de entrar en estado de muerte clínica. Un policía comenzó a golpearle el pecho y a practicarle respiración boca a boca. Luego llegó otro en su ayuda. Mientras eso ocurría, Elena había iniciado ya el Viaje.

Me sentí absorbida, fundida, transformada en luz, desde abajo hacia arriba. Iban mis piernas transformándose en luz, luego mi cuerpo y al fin fui acogida con un amor tan infinitamente dulce y tibio como jamás había sentido ni antes ni después... No quería regresar y sólo dejé de esforzarme para quedarme allí porque escuché nítidamente la voz de mi hijo que, por entonces, se encontraba en Suiza...

Fue después de aquello que necesitaba encontrar respuestas que nadie sabía darle. Siendo una mujer de fe pero igualmente una gran inquisidora de lo que a veces cuesta responder, encontró un remanso en el yoga. Hoy es profesora a nivel internacional. Y agrega:

No he entrado en estado de misticismo ni mucho menos. Eso sí, trato de ayudar a que mis alumnos comprendan que ESO es Dios: luz, luz, energía. Por eso a veces nos torturamos y sufrimos. Porque sentimos, sin saberlo, nostalgia tremenda de aquella «patria de Luz». Somos como emigrantes añorando el lugar de origen.

Conservo decenas más de testimonios donde, como en los que acaban de leer, la Luz Pacificadora se repite y se repite. Pero si bien cada uno de ellos es una nueva confirmación de una de las sensaciones fundamentales de lo que ocurre en cuanto comienza la muerte, temo exagerar y pecar por exceso. La reiteración de relatos muy similares entre sí puede llegar a aburrirlos, y quiero que ustedes sientan de todo con este librito menos aburrimiento. Así que la corto aquí. Eso sí, me permito recordarles que precisamente ese mismo hecho («la reiteración de relatos muy similares») que coincide con los de Estados Unidos, Francia, España y todos los sitios en el mundo donde se estudia el fenómeno de la NDE a conciencia, no hace más que confirmar por sí mismo que esto es una coincidencia —obviamente, ya que todos están coincidiendo en ese punto en especial— pero no es de ninguna manera una casualidad. Sigue sin tener explicación a través de la razón humana (que habrá avanzado mucho pero no deja de ser un granito de sal en el océano) que hayamos sentido la misma cosa gente tan distinta entre sí. Con diferentes idiomas, maneras de pensar, costumbres, países, entornos y características. Sin conocernos unos a otros. En distintas épocas de la historia del mundo. Dedicándonos a construir pirámides colosales en el desierto egipcio o mirando un rato la tele después de cenar. Pero con algo que no puede cambiar: nuestra condición de seres humanos. Los maravillosos engendros con ombligos recolectores de pelusa. Los que tenemos tantas ganas de querer y de que nos quieran. Es lo único en común. Entonces

insisto: ¿cómo se explica la igualdad de sensaciones? ¿Quién lo explica?

La teología reafirma la idea de la Vida Eterna y hasta habla, a menudo y de acuerdo con los autores, de una integración con la Luz Divina. Pero hasta ahí, macho. Porque del resto, ni defenderlo ni negarlo. Es una razonable aunque antigua cautela que yo —que no soy teólogo— puedo darme el gusto de no usar, y jugar al empirismo, que para algo está.

La medicina no tiene tampoco explicación para la coincidencia de sensaciones que conocen bien muchos de sus profesionales a través del relato de sus pacientes. Una de sus ramas, la neurología, ensayó hace ya un tiempo una posibilidad de que el cerebro segregue —ante la cercanía de la muerte— una sustancia (que desconocen, claro) que provoque esas «visiones». Pero el asunto parece no caminar ya que: 1) nunca hubo manera de comprobar semejante cosa; 2) durante una muerte clínica es imposible alucinar, sólo es posible en estado consciente; 3) aun cuando esto fuera posible por alguna misteriosa razón desconocida, es obvio que cada paciente es como una impresión digital (no hay dos que sean exactamente iguales aunque sufran el mismo mal), por lo que en cada caso aquella improbable «alucinación» no sería la misma, ya que dependería de la cultura, el entorno, las vivencias y la relación que tuvo esa persona con su vida. Si en una reunión de cien individuos todos reciben una dosis de ácido lisérgico, por ejemplo, cada uno sentirá una sensación diferente. En cuanto a la medicina en general, es bueno recordar que fueron y son precisamente médicos los que lanzaron al mundo contemporáneo los conceptos básicos de este tema: Raymond Moody, Elizabeth Kübler-Ross, Michael Sabom, Melvin Morse y muchos más no se dedican precisamente a la orfebrería artesanal. Son profesionales en medicina, y muy prestigiosos. En la Argentina encontré a muchos, pero muchos que se apasionan por el tema, pero —yo los entiendo porque conozco a la sociedad escéptica en la que vivimos— temen arriesgar sus opiniones por miedo a jugarse su carrera. Créanme porque lo comprobé: ninguna persona que posea otra ocupación le teme tanto a la muerte como los médicos. Algunos ni siquiera quieren mencionarla. Esto es comprensible ya que conviven con ella y, a la vez, es ella su más odiada enemiga, su diploma del fracaso, llegado el caso. Sin embargo, ese temor y lo que han oído de muchos pacientes, los acerca a creer en la vida después de la vida, aunque —como lo supieron Moody y Kübler-Ross y lo contaron en sus libros— saben que los mayores cañonazos de escepticismo los van a recibir de sus propios colegas. Y hablan en susurros. Nada censurable. Sólo que es una pena.

La psicología, en sus muy diferentes ramas, tampoco puede explicar la enorme similitud de sensaciones ante el momento final, pero quienes la ejercen están en su mayoría cada vez más y más cerca no sólo de aceptar sino también de apuntalar públicamente la idea de Otra Vida, aun cuando no se la pueda probar científicamente. Puede decirse que son una avanzada, junto a los filósofos que tratan hoy el tema.

Pero nadie puede dar pruebas científicas del porqué de estas coincidencias, de la misma manera en que nadie puede negarlas, porque allí están, irrefutables, en los testimonios humanos.

Son tantas las cosas que «allí están» y que no sabemos explicar. Tantas, tan misteriosas y tan bellas.

JUAN CARLOS CERSÓSIMO es un muy querido amigo. No puedo reclamar la exclusividad de ese sentimiento porque todos lo quieren. Lo merece. La esposa de Juan Carlos partió en el viaje final hace sólo unos meses. La noche anterior a su muerte, la adorable Aída —que sufría de una enfermedad terminal desde hacía meses— le dio un beso a mi amigo y le dijo serenamente: «Papá, rezá por mí». Nada más. Fueron las últimas palabras que Aída le dijera a Juan Carlos, sin que él imaginara que moriría poco después. Acaso ella sí lo sabía, lo sentía.

Algunos días más tarde, una noche, aún con el dolor de la ausencia lacerándole el alma, Juan Carlos estaba en su cama tratando de descansar. De pronto vio una luz azulada y brillante en el cielo raso de la habitación. Parpadeó y allí seguía la luz. Cerró y volvió a abrir los ojos y allí continuaba. Sin miedos, solamente para alejar lo que suponía era producto de su imaginación, cerró los ojos por un buen rato. Fue en ese momento cuando sintió claramente que algo le tocaba la mejilla con mucha suavidad. Abrió los ojos de golpe, casi sobresaltado, y la luz azul y brillante ya no estaba.

Puede ser que todo esto tenga una explicación médica, pero también puede que tenga una explicación mística. Simple y perfecta. La explicación de lo inexplicable.

Un filme reciente, *El último y mejor año*, nos regala un diálogo de ficción, pero pleno de realidad, que es ideal para cerrar este capítulo. La actriz Bernadette Peters protagoniza a una mujer que sufre un cáncer terminal, con una metástasis incontrolable. Está en su cama, en los últimos momentos, demacrada, final. Su única compañía es otra mujer, su psicoanalista desde hace algunos meses, protagonizada por la actriz Mary Tyler Moore. La profesional no le mintió nunca durante todo ese tiempo, pero intentó ayudarla a morir. Ahora está inclinada, su cara sobre la de su paciente, hablándole suavemente, en un susurro casi maternal. La mujer que muere es joven aún. La psicoanalista también. La mujer que muere es católica y alguna vez le habló a su psicoanalista de su devoción por la Virgen del Perpetuo Socorro. Ahora están las dos sabiendo que todo se termina en esta tierra. Despidiéndose. La mujer que muere cierra sus párpados. Así hablará entonces, con los ojos cerrados y en un murmullo. El mismo tono que emplea la psicoanalista, en este diálogo que transcribo literalmente, palabra por palabra.

—Cuéntame sobre esa Dama del Socorro Perpetuo...

—Es tan hermosa... Lleva puesto un vestido largo... muy simple... Está sonriendo, parada en una piscina de luz... Una luz bella y cálida, extendiendo sus brazos hacia mí...

—¿Por qué no vas hacia la luz, para estar con ella? —le dice la psicoanalista, toda

ternura, toda compasión.

—No puedo todavía...

—¿Por qué no?

—Simplemente no puedo...

—Está bien... —su voz se hace aún más dulce, más compañera—. Hay un sitio para ti que es alegre y cálido y seguro... Y cuando estés lista irás allí... Trajiste amor y alegría a tanta gente... Todos los que estamos aquí aprendimos a amarte. Yo lo hice. Puedes llevar contigo ese amor, vayas adonde vayas... Perder a alguien siempre me dio miedo. Desde que era niña y perdí a mi papá... Tú me ayudaste a saber que puedo amar a alguien, enfrentar mis temores de perderlo, abrazar cada minuto de la vida mientras la tenemos... Cuando estés lista puedes irte... Está bien... *Puedes caminar hacia la luz...*

Hay un primer plano de la mujer que muere, un silencio que pesa y una luz blanca y brillante que crece hasta ocupar toda la pantalla.

Sí, ya sé que es un filme. Ficción. Pero no vi nada más parecido al llamado *Bardo del Libro tibetano de los muertos*, que consiste en acompañar los momentos finales, y aun los posteriores a la muerte, con un relato de alguien amado que anticipa cada paso. El oído, se sabe, es el último de los sentidos que se pierde al morir. Hace unos miles de años los tibetanos no sólo sabían eso sino que entendían muy bien que el alma se mantenía durante un buen tiempo en el lugar de su viejo cuerpo. Por eso seguían hablando en un susurro, advirtiéndole al alma que ahora vendría la luz, luego una enorme paz, después la esperada eternidad. Contándoles la muerte a sus muertos.

Esto puede entenderlo y hasta probarlo la mismísima ciencia. Hace ya muchos años que se realizan investigaciones al más alto y riguroso nivel científico en todo el mundo respecto de lo estrictamente fisiobiológico en los momentos inmediatamente posteriores a la muerte. Es curioso, pero fueron los rusos los primeros en contar públicamente sus adelantos en la materia. Curioso hasta por ahí nomás ya que, si lo pensamos con cierta objetividad, los muy materialistas rusos de antes de la Perestroika, la gladsnost, la caída del Muro y la apertura increíble hacia el capitalismo, no se veían frenados por temores de tipo religioso o espiritual. Sencillamente porque lo religioso y lo espiritual eran malas palabras en la ahora perimida Rusia comunista.

Nosotros, los occidentales, muchas veces hablábamos del alma nada más que en los templos, y luego éramos los grandes caballeros en la cruzada del consumo y toda esa cosa simpática pero intrascendente. Al fin de cuentas me pregunto ahora quién era más materialista. Pero ésa es otra historia. La que nos ocupa confirma que ya en la década del sesenta los rusos habían comprobado de manera científica que cuando todos los signos vitales habían desaparecido en un cuerpo humano los detectores electromagnéticos creados por ellos detectaban vibraciones que tardaban un cierto tiempo en desaparecer. Como nunca se destacaron por dar a conocer con detalles sus hallazgos en cualquier tipo de investigación, no está especificado cuánto era ese «cierto tiempo», pero se cree que unos minutos. Y estoy hablando, insisto, de un cuerpo definitivamente muerto: sin registros cardíacos, pulmonares o cerebrales de ningún tipo. También fueron los rusos quienes a través de los trabajos del matrimonio Valentina y Semyon Kirlian lograron

fotografiar con un método especial creado por ambos el aura que rodea a toda materia viviente, se trate de animales, vegetales o seres humanos. Claro que en el caso de las personas este aura era y es mucho más compleja y completa. Todos tenemos una aureola multicolor y brillante que nos rodea y nos acompaña, aunque no se advierta a simple vista. El aura nos acompaña desde siempre: los rusos han llegado a fotografiarla con el método Kirlian en el momento en que lentamente abandonaba el cuerpo de una persona que acababa de morir. Se advierte en esas fotos una suerte de nebulosa que se separa nítidamente del que ya es cadáver y asciende, con tranquilidad y sin apuro, hasta desaparecer. Los rusos de entonces, patrones del materialismo dialéctico y ateos absolutos por definición, malditas sean las ganas que tenían de hablar del alma o cosa que se le pareciera. Llamaron a aquello «energía bioplasmática» para intentar darle al asunto un cariz más «racionalista». Ahí quedó.

Estudios a nivel mundial en los últimos veinticinco años aseguran, por otro lado, que en el momento de morir un cuerpo humano pierde alrededor de cincuenta gramos. Además de saber que no es uno de los métodos más aconsejables para adelgazar, es lícito preguntarse qué es eso que pesa cincuenta gramos y se nos va. Los cultores del escepticismo hablan de líquidos de algún tipo. Pero, ¿tan rápido se van? Todo pareciera indicar que sin ESOS cincuenta gramos maullaríamos o emitiríamos mugidos, o comeríamos carroña, o levantaríamos una pata trasera para hacer pis, o mataríamos para comer. Aunque esto último, en realidad, mejor lo olvidamos.

La Luz. Ay, si ustedes supieran cómo es, cómo se siente.
Pero no pierdan las esperanzas. Lo sabrán.

ONCE

Más allá con los niños

«Mamá, voy a estar bien adonde voy. Quedate tranquila...»

Este capítulo es muy fuerte.

Tiene todo el poder de la inocencia. Y no hay ningún otro poder que se pueda comparar con ése.

Noviembre de 1990. Aún no se había editado *Más allá de la vida*, pero sí había aparecido en la revista *Conocer y Saber* —donde escribo en cada número desde su aparición— un artículo de cinco páginas, como una suerte de adelanto del libro. Allí condensaba la idea fundamental que gira alrededor de la vida después de la vida y contaba lo que originó, finalmente, mi primer texto sobre el tema.

—Hola...

—¿Hablo con Víctor Sueiro?

—Sí, soy yo..., ¿quién habla?

—Ah, mucho gusto... Mi nombre es Connie. Yo leí lo que a usted le pasó y lo molesto porque quería saber si da charlas sobre el tema...

—No... en realidad ni siquiera lo pensé, pero no. No está en mis planes. Más aún, yo no hago presentaciones personales nunca fuera de mi trabajo televisivo. Discúlpeme...

—No, no, discúlpeme usted... Creí que tal vez... Bueno, no importa. Lo que pasa es que...

Y me contó lo que pasaba, algo que le daría un vuelco a mi propia vida.

CONNIE MARKRAM ronda los cuarenta años, vive en Boulogne, en el norte del Gran Buenos Aires, tiene tres hijos varones y está casada con Roger, un hombre con tareas ejecutivas en una importante empresa internacional, con sus alforjas llenas de comprensión, y una manera afable de ser que identifica al que conoce mucho mundo y a menudo no lo entiende aunque lo acepte. Connie es muy dulce, habla con leve acento extranjero, ya que vivió muchos años fuera del país, y apenas logra esconder detrás de esa aparente fragilidad una fiera de coraje.

El 1° de mayo de 1989 toda la familia viajaba en su auto por la ruta N° 11. No hacen falta los detalles escabrosos. Hubo un accidente muy grave en pleno día, a las cuatro de la tarde. La única hija mujer, Jessica, de siete años, murió en el siniestro. El resto logró salvar sus vidas, aunque con heridas que poco a poco fueron curando. La única herida que no lograba cerrar era aquella de la ausencia de la querida Jessica. No es necesario recalcar el dolor ante algo tan inesperado pero tan absurdamente real. La desesperación de Connie hizo crisis a los quince días. Estaba sola en su casa, llorando y llorando sin poder entender (¿alguien puede ante algo así?). De repente:

Sentí una presencia a mi izquierda... No vi nada, solamente sentí profundamente una presencia. Y escuché dentro mío —nada de voces ni sonidos exteriores, fue dentro mío pero con una nitidez muy grande— aquellas palabras: «Mami, no llores más, ¿no ves que estoy bien?» Sé que pudo ser mi imaginación o mi necesidad, pero también sé sólo yo la impresionante sensación de presencia que sentía y la claridad de esa frase...

Pudo ser, es cierto, la enorme necesidad de Connie la que hizo que dentro suyo sonara tan claramente aquel consuelo. Más aún: los psicólogos deben tener una docena de explicaciones para ese fenómeno, y tal vez sean válidas. Lo que aquí importa es que a partir de ese momento comenzó a crecer en Connie Markram una esperanza que la llevó a crear, en nombre de Jessica, lo que hoy muchos honramos como maravilloso.

Connie decidió no entregarse, y decidió, al mismo tiempo, no separarse ni un milímetro de sus creencias religiosas. No buscó la solución a su dolor en fórmulas mágicas, sino en la solidaridad y la esperanza. A los cuatro meses del maldito accidente Connie había puesto en marcha ya su idea. Buscó —y luego algunas fueron llegando solas— a otras madres que habían perdido a sus hijos. Formó un grupo inicial. Cuando yo recibí su llamado eran ya unas veinte que se reunían —y se reúnen—, cada quince o veinte días, rotando de casa en casa. Hablan de lo suyo, algunas lloran, se desahogan, comparten el terrible dolor con otras que también lo sufren y que son las únicas que pueden comprenderlo en su feroz totalidad. Se apuntalan. Sin ceremonia alguna, sin exclusión de religiones, sin ritos de ningún tipo ni diferenciación de clases ni de formas de pensar. Ni siquiera tienen un nombre como grupo (hoy son más de treinta), aunque deberían llamarse las Madres de la Esperanza. Mantienen a sus hijos e hijas aún en la tierra merced a un arma invencible, el recuerdo. Y en este caso compartido. Nunca se les

ocurrió pedirle a alguien que las conectara con sus seres queridos, ni recurrieron a otra cosa que no fuera su propia e indestructible Fe. Simplemente se ayudaron y se ayudan unas a otras. Todo esto me fue contado por Connie en aquella conversación telefónica, y agregó que habían leído mi nota de la revista y pensado que tal vez yo pudiera contarles, sencillamente, lo que había vivido e investigado.

—¿Dónde quiere que nos reunamos y cuándo?

—Entonces, ¿va a venir?

¿Cómo no iba a ir? ¿Alguno de ustedes hubiera sido capaz de decir que no a algo semejante? Si alguien responde que sí, no siga leyendo. Este librito no es para insensibles. Mis amigos los cardiólogos querían estrangularme cuando les conté, después, de aquella reunión. Hacía apenas dos meses que yo había tenido mi infarto: no se puede decir que estaba en el mejor de mis momentos para un enfrentamiento emocional de esas características. Ellos son cardiólogos, claro, pero ante todo son mis amigos. Y también lo entendieron. Además yo tomé mis recaudos. Admito que tuve que juntar mucha fuerza para llegar hasta aquella casa en La Lucila, y que entré pidiéndole a Dios toda la ayuda que tuviera a mano. Luego de las presentaciones, los besos y los agradecimientos, me encontré sentado en el living con una veintena de mujeres y un par de varones. Lo primero que dije fue lo que luego repetiría muchas veces en charlas ante centenares de personas y que necesito dejar en claro en cada ocasión: «Ante todo quiero que tomen conciencia de que yo no soy curandero, ni gurú, ni pastor, ni santo, ni profeta, ni sacerdote, ni tengo poder alguno de ningún tipo, ni siquiera para mí mismo. Soy solamente alguien que pasó por una experiencia maravillosa y que luego investigó con armas de periodista. Tan sólo puedo contar cosas, no puedo cambiar ninguna...». Todas lo entendieron de inmediato y el murmullo que me respondió me confirmó que ellas sabían todo eso antes de llamarme. No buscaban soluciones mágicas, buscaban esperanzas; así de simple y de bello. La segunda cosa que hice fue pedirles, teniendo en cuenta mi estado —el de mi pobre corazón—, que ninguna de ellas me contara con detalles la muerte de su hijo o hija. Me sonaba morboso hacer de aquella reunión un catálogo de recuerdos dolorosos donde se entrechocaran accidentes, paros cardíacos, comas prolongados y un sinfín de enfermedades perras que habían aparecido arteramente para cambiar sus vidas para siempre. Me sonaba morboso y no hubiera podido soportarlo. También el murmullo me hizo saber que lo entendían y que no era ése el propósito.

La reunión duró unas dos horas y media. Les conté mi Gran Experiencia, me preguntaron muchas cosas, les hablé de otros casos, de los estudios norteamericanos sobre el tema, de las coincidencias ante el umbral de la muerte reflejadas incluso en la encuesta de Gallup en los Estados Unidos por la que nos enteramos de la asombrosa cifra de ocho millones de personas que habían pasado por una NDE. Y de Dios, la Esperanza y la Fe por sobre todo. Lo realmente valioso.

Cuando salí ya había oscurecido pero —contrariamente a lo imaginado por mí, que creía que aquella reunión me iba a herir severamente— yo sentía el sol dentro mío. En la despedida me llenaron de besos, de amor, de agradecimiento, de energía. Uno de los dos

varones me dio la mano en un aparte, y se identificó como un oficial de las Fuerzas Armadas que hacía apenas quince días había perdido a su esposa. No doy su nombre porque —si bien él no me pidió que lo guardara en secreto— no volví a verlo y no tengo su autorización para mencionarlo. Yo sé que ustedes comprenden. Si me pasé la vida defendiendo, entre otras cosas, el honor, no puedo ser tan cerdo como para quebrantarlo aun sin querer.

En aquella reunión no hubo ninguna escena con ribetes de tragedia griega ni cosa que se le parezca. Fue todo sereno, todo natural diría. Nadie lloró a los gritos ni maldijo al destino. Cada uno de los que allí estábamos percibía como si fuera una presencia física el dolor común y el individual. Pero también se percibía con enorme potencia la fuerza de la Esperanza y de la Fe. Ellas me ayudaron a mí tanto o más de lo que yo a ellas. Me enseñaron. Me enseñaron a vivir y a mirar a la muerte a los ojos en la peor de sus piruetas malditas. Aquella reunión fue todo Poder. El Poder del Amor. No se trata de gente que se resigna bajando los brazos y entregándose. La resignación es una basura cuando es así. Se trata de gente que asume, que acepta con mucho dolor pero que acepta, que busca saber algo más, que siente la ausencia de quien tanto amó, pero que recibe con una fuerza incalculable la Presencia que, saben, es eterna.

Al mes o cosa así me llamó una de las Madres de la Esperanza, Olga, de Lomas de Zamora. Cuando terminó la conversación y colgué el tubo, me puse a llorar. Y yo no lloro fácil. Pero Olguita me dijo:

«¿Te acordás de mi amiga, la que me acompañaba, que también es de Lomas de Zamora? Quería contarte que su hijo murió hace dos años más o menos. Ella, desde entonces, no había salido de la casa más allá de una o dos cuadras, y eso cuando salía. La llevé a la reunión diciéndole que ibas vos. Después, tres días después de la reunión, metió algunas cosas en un bolso y se fue sola a Mar del Plata... Nadie lo podía creer... Quería que lo supieras...»

Gracias, Olga. Y ustedes, ¿no hubieran llorado también? Por más machos que se sientan los machos, y por más fuertes que se sientan las mujeres, hay cosas que nos superan, y mucho.

Mi relación con Connie continuó. Estuve en su casa, conocí a sus chicos, Roger y ella estuvieron en la mía. El grupo sigue creciendo y mantiene bien claros los objetivos: ayudarse y ayudar. Varias personas que se comunicaron conmigo se sumaron después a ellas. Y hay muchos. No saben cuántos.

Algunos encuentran sus puertas de la Esperanza probando otras llaves. Tengo un amigo telefónico desde hace meses. Hasta el momento de escribir estas líneas seguimos sin conocernos personalmente, pero creo que, en lo espiritual, nos conocemos como hermanos. Se llama José Orozco, tiene treinta y algo y perdió a un chiquito de ocho años que sufrió un accidente al cruzar las vías del tren. Orozco y su esposa pasaron por el infierno que significa algo así, muy especialmente durante los primeros tiempos. Hablamos mucho. Tuvieron la suerte de encontrar en sus vidas a un psicólogo, al que

también conozco sólo telefónicamente, y que me pareció de una humanidad llena de flores. Se llama Juan Carlos Bravo y apuntaló enormemente a la pareja con todas las armas que un guerrero de la Esperanza se enorgullece de usar. El angelito de los Orozco se lo debe estar agradeciendo desde Allá, porque sus padres han ido cambiando mucho desde su desesperación inicial. Siguen pensando en él, pero también en la vida.

HILDA NOEMÍ LITRENTA tocó un día el timbre de mi casa. También había perdido a su hijo, Agustín, de quince años, en un accidente ferroviario. Cuatro días después de la muerte física de Agustín, Hilda vio una luz blanca con tonos amarillentos y muy brillante que ocupaba el espacio de la puerta de lo que fuera el cuarto de su hijo. Fue breve pero muy intenso. Al tiempo, ya vuelta a su trabajo, se equivocó al teclear un código en la computadora, y en la pantalla —sin que nadie pueda ni sepa explicar por qué— apareció la palabra «Pirovano». Agustín había muerto en el Hospital Pirovano. En otra ocasión, en su casa, Hilda sufrió un ataque de llanto desconsolado, desesperado. No podía dejar de llorar y deambulaba por su casa buscando respuestas. Se tiró instintivamente a seguir llorado en la cama de Agustín y, en el acto, como si hubieran oprimido un misterioso botón, dejó de llorar. Hilda es otra madre, todo coraje y «embarazada» de su hijo nuevamente y para siempre —como le decía yo—, porque lo lleva dentro más que nunca.

Marta (no sé su apellido) también tocó el timbre de casa. No hacía mucho había muerto su hija de quince años, víctima de una maldita y fulminante enfermedad que se la llevó en el término de días. Poco antes de aquella muerte física le dijo a su mamá, Marta, una frase que es todo un mensaje y que es decididamente asombrosa. Muy tranquila, en una pausa de sus dolores, con naturalidad, le dijo: «Mamá, voy a estar bien adonde voy... Quedate tranquila...»

Hay decenas de casos similares. Todos inexplicables, todos fuera del alcance de nuestros pobrecitos conocimientos, todos bellos dentro de la tragedia. Flores que estallan en medio de un basural. Brisas que soplan para aligerar en algo el dolor del infierno de ese momento. Besos muy leves pero valiosos después de una paliza.

Los niños de la luz

Los más chiquitines tienen —y esto está comprobado científicamente— una capacidad de percepción muy superior a la de los adultos. Gozan de mentes y espíritus vírgenes,

libres de toda la contaminación que luego incorporamos en la adultez. Por eso aprenden más rápido y más fácilmente que los mayores. Los chicos aprenden hoy a manejar computadoras, de la misma manera en que nosotros aprendimos a escribir «mamá me ama» o «el oso toma el asa de la taza». No se trata de afirmar que son una raza mejor (lo cual, por otra parte, no sería nada extraño), sino que, simplemente, cuando nosotros teníamos las mentes limpiatas como ellos hoy, lo único con lo que contábamos era con lápices para el «mamá me ama» y todo eso. Si hubiéramos nacido con la posibilidad de acceder a las computadoras, posiblemente su comprensión también nos hubiera resultado fácil. Siempre imaginé el cerebro de un chico como una capa asfáltica recién puesta: cada pisada queda para siempre; cada información se marca, indeleble. Con sus fuerzas espirituales y mentales —que también los adultos tenemos (y esto no es ocultismo barato sino una realidad aceptada)— sucede lo mismo. Están estrenando sensaciones. Son, por sobre todo, puros. Tienen eso con lo que yo molesto tanto desde estas páginas: las mentes abiertas. Las experiencias de chicos que han sufrido una muerte clínica y que luego, al ser recuperados, contaron lo que sintieron, son más que asombrosas. El doctor Raymond Moody, en su libro *Más allá la luz*, relata la primera vez que se encontró con un caso infantil. El pequeño, al que llama Sam, era revisado por Moody debido a una enfermedad en la glándula suprarrenal. De repente, sin que nadie le preguntara nada, le dijo al médico: «Hace un año me he muerto». Es fácil imaginar la sorpresa del doctor Moody. Le pidió a Sam que le contara cómo había sido aquello, y Sam le contó. En efecto, hacía un año el chiquitín —de sólo nueve años— había sufrido un paro cardíaco. Ahora le contaba a un azorado Moody que había sentido cómo flotaba fuera de su cuerpo. Le dijo que veía cómo el médico de entonces presionaba sobre su pecho y lo golpeaba en el tórax. Agregó que quiso detener a aquel médico, pero que no podía hacerlo porque no le hacía caso. Siguió relatando que sintió como un ascenso veloz, que pasó por un túnel oscuro y que se encontró en su final con un grupo de ángeles.

—¿Los ángeles tenían alas? —preguntó Moody, seguramente para medir lo que podía ser una fantasía, aunque muy extraña para esa edad.

—No —dijo Sam—. Eran resplandecientes. Y todos ellos parecían quererme mucho.

Contó que en ese lugar las cosas estaban llenas de luz, y que había una valla, frente a él, que rodeaba el sitio. Los ángeles le dijeron que si la pasaba no podría volver a la vida.

—Entonces apareció Dios —así lo llamó Sam, sin vueltas— que es muy luminoso. Me dijo que tenía que volver a mi cuerpo. Yo no quería, pero Él me hizo volver...

Con un rigor que a veces me lastimaba me he preguntado en los primeros meses de mi propia Gran Experiencia si no sería posible que el libro de Moody —mi única lectura sobre el tema quince años antes de mi NDE— hubiera quedado «registrado» en algún lugar de mi cerebro, para aflorar sin que mi voluntad lo dispusiera así, en aquélla, mi muerte clínica. El hecho de averiguar luego que no hay conciencia en ese estado y por lo tanto es imposible «rescatar» algo del cerebro; la coincidencia enorme entre los cientos de testimonios que escuché o leí; las versiones de mucha gente que relataba lo mismo sin

tener la menor idea de quién era Moody o qué era eso de «la vida después de la vida» y, más tarde, los testimonios de chicos, borraron esa pregunta, que ahora me suena facilista y tonta, además de escéptica. Sin embargo, para creer hay que dudar y, en mi caso, contárselo a ustedes, a quienes no oculto nada porque cuando me siento frente al teclado, más que a escribir, comienzo a hablarle a un querido amigo. En serio. Pero sigamos.

El doctor Melvin Morse es un pediatra muy considerado profesionalmente en Seattle, Washington, Estados Unidos. Aún hoy trabaja en el centro médico de esa ciudad y en el Hospital Ortopédico Infantil. Nunca se había interesado en las NDE y, además, se confesó como «bastante escéptico respecto del tema». Claro que eso fue antes de su primer caso, que le cambió la vida profesional y personal. Una chiquita —a la que el doctor Morse llama Katie— había sido rescatada, semiahogada, de la piscina de la Asociación Cristiana de Jóvenes de la ciudad. De inmediato y allí mismo iniciaron su reanimación. Luego fue internada de urgencia. Katie pasó por un coma decididamente peligroso durante tres días, y luego, sin que nadie pudiera explicarlo, comenzó a recuperar sus funciones hasta volver a una completa normalidad. Aún internada fue visitada por el doctor Morse, uno de los profesionales que la habían atendido desde un principio. Apenas lo vio, le sonrió y le dijo:

—Éste es el de la barba... Primero vino a verme ese alto que no tenía barba y después vino éste...

Fue la primera bofetada de sorpresa. Efectivamente, el primer médico que atendió a Katie fue el doctor William Longshurt, alto y afeitado. Luego llegó Morse, algo más bajo y con barba. Pero, ¿cómo podía saber eso la chiquita si nunca antes había conocido a ninguno de los dos? ¿Y cómo sabía cuál había llegado antes y que el otro no tenía barba? Morse pretendió no darle importancia al hecho ya que, no olvidemos, era su época de escéptico, y nada más lejano de él que pensar en una NDE, cosa que ni se le había ocurrido, y mucho menos en una niña.

También sonrió, y se disponía a comenzar con lo suyo cuando Katie agregó: «Primero me llevaron a esa sala grande y después me llevaron a esa otra más chiquita, donde me sacaron una radiografía...» Todo había ocurrido tal como ella decía. Morse, ya un poquito desconcertado, decidió auscultarla, y revisarla prolijamente, para comprobar que —en efecto— la recuperación de la nena había sido total, aun cuando ni él había creído en que eso fuera posible. Luego arrancó con la rutina de preguntas para intentar averiguar qué había ocurrido en la piscina. Le inquirió sonriente: «Bueno..., ¿y cómo fue todo?» Allí recibió la más sorprendente de las respuestas:

—¿Tú quieres decir cuando yo visité al Padre Celestial?

Supongo que el doctor Morse debe haber sentido como si le hubieran dado una inyección endovenosa de hielo, pero, como buen profesional, puso cara de que todo era muy normal, y mientras intentaba reponerse le dijo a Katie que sí, que quería escuchar su visita al Padre Celestial. Katie le cuenta, entonces, que pasó por un túnel oscuro y que ella no podía hablar. Enseguida apareció para recibirla una mujer bella, con el pelo largo

y dorado. La tomó de la mano y fueron trasladándose hasta el final del túnel, donde había mucha luz, un prado lleno de flores y una valla cubierta de arbustos floridos que no dejaban ver qué había detrás. En ese prado —y siempre respetando los dichos de Katie— fue donde apareció dulcemente Jesús. Ahora fue Él quien la tomó de la mano y la llevó hasta el Padre Celestial. Morse repite las palabras de la niña al llegar a ese punto. Katie, con su lenguaje infantil, dice que el Padre Celestial le dijo suavemente: «Bueno, la verdad es que no te toca estar aquí..., ¿quieres estar aquí o quieres marcharte?» Katie contestó que quería quedarse allí. Pero el Padre Celestial le hizo la pregunta, ahora, de otra manera: «¿Te gustaría estar con tu madre?» Entonces Katie dijo que sí. Y fue en ese momento cuando recuperó el sentido. El doctor Melvin Morse escuchó este relato muy atentamente, sin comprender muchas cosas pero haciéndose una infinidad de preguntas. Quiso saber la idea previa que Katie tenía de la muerte y se lo preguntó en forma directa.

—¿Qué significa morir?

Morse cuenta que Katie lo miró a los ojos y, sin dejar de sonreír, le dijo:

—El Cielo es divertido... Ya lo verá.

Katie tenía entonces siete años.

En este relato del doctor Morse, que ya forma parte de la antología de las NDE, el médico afirma que le impresionó terriblemente la seguridad con la que la chiquita le aseguró «ya lo verá». Nada más cierto, por otro lado. A partir de ese primer e inesperado caso, Melvin Morse comenzó a rastrear otras experiencias en chicos. Al principio actuaba casi como «abogado del diablo», es decir, buscando explicaciones que se pudieran aceptar científicamente. Pero uno a uno fueron cayendo los escombros del monumento al escepticismo, y Morse terminó en lo que es hoy: uno de los más serios y concentrados investigadores del fenómeno de las NDE, especializándose en las experimentadas por niños de cinco a quince años. En 1990 publicó un libro apasionante, no traducido aún al español: *Close to the Light* (Cercano a la Luz), donde analiza desde muchos puntos de vista médicos estas experiencias y relata decenas de casos exclusivamente de chiquitos. Con sólo un puñado de frases sueltas de su contratapa, tendremos una idea de algunos testimonios, cada uno de un chico distinto:

«Tengo un gran secreto para contarte; estuve subiendo por unas escaleras hasta el Cielo...»

«Yo solamente quería atrapar esa luz. Olvidé mi cuerpo, me olvidé de todo. Yo solamente quería atrapar esa Luz...»

«Había un montón de cosas buenas en esa Luz...»

«Sentí una voz que decía: vuelve, Bobby, tienes un trabajo que hacer...»

«Había una Luz maravillosa que tenía todo lo bueno en ella. Por una semana, más o menos, yo veía chispas de esa Luz por todas partes...»

«Yo aprendí que todo en la vida está unido, una cosa con la otra. Y que si tú lastimas algo, lastimas a todo...»

«No tenía miedo de volver a la vida porque yo sabía que algún día volveré a estar con esa Luz...»

Todas ellas, insisto, frases sueltas de relatos de chicos de entre cinco y quince años de edad. Para ellos no existe una precultura. No habían leído nada sobre el tema; ni siquiera sabían qué cosa era una NDE. En la inmensa mayoría de los casos, ni sus padres ni sus maestros ni nadie les habían hablado nunca de la muerte. Cuando alguno había preguntado, antes de su experiencia, las explicaciones no habían incluido jamás esos detalles que relataban y que coincidían no solamente con los del resto de los chiquitines sino también con aquellos de los adultos: túnel, Luz, estado al que los grandes llamamos una gran paz y ellos definen como sentirse muy bien.

Una curiosidad dentro de tanto asombro: en el caso de los adultos que pasaron por la Gran Experiencia, son muy pocos los que cuentan haber sentido que estaban junto o frente a Dios. Muchos menos los que dicen escuchar Su voz dirigiéndose a ellos. Pero en el caso de los chiquitos es muy grande el porcentaje (tal vez más de un ochenta por ciento) de los que afirman haber estado con Dios o el Padre Celestial, y haber conversado algo con Él apenas comenzado casi su NDE. Por supuesto que no existe una explicación al respecto, pero no le demos muchas vueltas, aunque los más científicos arruguen la nariz: los chicos están siempre más cerca de Dios. Por pura pureza. Esa que nosotros tenemos un poquitín raída. Esa que sería bueno tratar de recuperar.

Si observamos a los más chiquitos como ellos lo merecen, vamos a aprender pronto de qué se trata. Y será otro paso más para perderle el miedo a la muerte. Después de todo, Katie lo dijo bien clarito, y creo que no sólo al doctor Melvin Morse, sino a todos nosotros también:

«El Cielo es divertido... Ya lo verán...»

¿Alguno de ustedes conoce una esperanza más grande? No, pimpollos. No la hay. Simplemente no la hay.

DOCE

Nadie puede explicar esto

«Te llamo porque esta tarde ocurrió algo que quiero contarte... Algo muy extraño por muy claro...»

Este librito, como el anterior, se va escribiendo solo.

Con las vivencias de cada uno de ustedes, sus vidas y sus muertes.

Hace apenas un par de horas recibí un llamado telefónico que debo incluir en estas páginas. Porque tiene todo que ver con aquello que estamos defendiendo. Porque es duro pero bello, doloroso pero enormemente esperanzado, cruel pero alentador. Porque es, por sobre todo, real.

NAIR MUSTAFÁ es, para todos los argentinos, un nombre y apellido que representa una tierna cachetada. El 31 de diciembre de 1989 Nair Mustafá, de nueve añitos, desapareció. Fue en Tres Arroyos, provincia de Buenos Aires. Liliana Fuentes, su mamá, comenzó una búsqueda desesperada. En la comisaría del lugar parecían estar más preocupados por arreglar los festejos de los que estaban de guardia aquella noche que por buscar a una chiquita que, en una de éstas, se había ido por ahí. Son tantas y tantos los chiquitos que se pierden y que luego aparecen, que aquello parecía no pesar más que la sidra y el pan dulce preparados para las cero horas del primer día del año.

Se movilizaron los vecinos, y Nair Mustafá apareció. Muerta. Violada y asesinada por alguien a quien los diarios calificaron de bestia inhumana pero que yo, que no debo tener tal prudencia en un libro donde arrojo lo que siento, llamo sin vueltas un hijo de puta mal parido, que pagará lo que hizo por fuerzas mucho más perfectas que la justicia de los hombres. Hasta el momento de escribir estas líneas no se sabía con total certeza quién había sido ese hijo de puta. Se sigue investigando. Cuando lo descubran —si lo descubren—, ¿qué se puede hacer con semejante excremento del destino? ¿Encarcelarlo?

Dios mío, cómo me cuesta no escribir lo que yo haría con él, cómo me cuesta. Pero no debo. Ustedes comprenden que no debo.

Hace un par de horas, les decía, me llamó por teléfono Liliana, la mamá de la adorable Nair. La que apareció en todos los noticieros del país reclamando justicia con una altura y un honor que más de cuatro que se la pasan hablando de esa justicia quisieran tener. Liliana es una mujer joven, bonita, dulce e inteligente. No vocifera, aun cuando sería razonable: argumenta. No maldice, aun cuando sería comprensible: cree. No acusa indiscriminadamente, aun cuando sería justificable: busca. La escucho en el teléfono y mi mente reproduce su rostro: juvenil y dolido. Y el de Nair, aparecido en decenas y decenas de diarios, revistas y noticieros de televisión. Una chiquita de apariencia suave como un osito de peluche. Una carita de nueve años, linda y cariñosa. Yo nunca había hablado hasta hace un par de horas con su mamá, con Liliana, que hoy vive y trabaja en la Capital. Desde el presidente de la Nación para abajo no tengo ni el más mínimo motivo para halagar a nadie. Me enorgullece no deberle nada a ningún funcionario y me permite —si eso fuera necesario— defecarme en ellos (de manera mental, claro está) sin ningún complejo. Advierto esto porque voy sí a halagar y a aplaudir al doctor León Arslanián, la máxima autoridad en Justicia de la Nación. No tengo el placer de conocerlo en forma personal, pero sé que es quien se preocupó por conseguirle a Liliana los dos trabajos que actualmente tiene. Usted es un tipazo, doctor. No le debo nada ni me debe nada. Hay muchos de su nivel que miran para otro lado cuando hace falta poner los testículos sobre la mesa. Usted los puso y me honra que esté donde está. Gracias, viejo (con todo respeto, eso sí).

—Estoy leyendo el libro, poco a poco. Me hace mucho bien y, como quiero que me dure, estoy leyendo dos o tres páginas por día. Todos los días, todas las noches...

—¿Cómo estás?

—Bien. Luchando. Hace mucho que tenía ganas de llamarte y se lo dije a Rosita...

Rosita es mi mujer. Es productora periodística de televisión (la mejor, ¿para qué me voy a hacer el modesto con valores que son de ella y no míos? Es la mejor). Tiene, además, una especial sensibilidad para escuchar y ayudar. Se mata por ayudar a los demás. Hace unos diez años, en Canal 13, trabajaba en el noticiero, donde llegaban todo tipo de casos de gente necesitada de algo. Invariablemente eran derivados *per se* a Rosita. Sus compañeros la llamaban —sin ninguna connotación política, sino por esencia histórica— «la Evita del noticiero». Discapacitados de cualquier tipo, desalojados, marginales presa de la desesperación, madres o padres que necesitaban que alguien les brindara su apoyo para operar a sus chicos, gente a la que no es fácil ayudar, eran los que Rosita recibía, escuchaba y después peleaba por ellos. Hablaba y habla con ministros, secretarios de Estado o funcionarios de cualquier tipo, y presiona con todas las armas hasta que generalmente consigue eso para los otros. ¿Cómo no estar enamorado de ella después de veinte años, más que el primer día? Hace ya unos años, llegó a conseguirle trabajo de telefonista a un ciego de cuarenta y cinco años que tenía a su cargo a la mamá. Y Smith se acuerda. Llama cada año para la Navidad o los cumpleaños o lo que sea. El caso es que Rosita había hablado ya varias veces con Liliana, por quien

guarda un especial afecto.

—Hoy te llamo, al final, porque esta tarde ocurrió algo que quiero contarte... Algo muy extraño pero muy claro...

—Sí, Lili...

—Al mediodía, a eso de la una y media, fui a abrir una persiana del departamento que da a un lugar abierto donde guardo algunas cosas... En toda la casa sigo manteniendo lo que era de Nair. Muchos me dicen que tengo que deshacerme de esas cosas, venderlas, regalarlas... Pero no puedo y no quiero. No me hace daño ver sus cositas. Me acompañan. Un mes antes de su muerte le había comprado una bicicleta. Ella estaba chocha, encantada. Adoraba esa bicicleta. Yo la conservo ahora y está, justamente, en el lugar detrás de las persianas que hoy abrí... Cuando levanté un poquito esa cortina vi la bicicleta, y vi, muy claramente, te aseguro que muy claramente, algo así como una sombra que salía del asiento de la bicicleta y se iba hacia arriba... Era Nair. Yo sé que era Nair.

Ella no me lo dijo pero, como siempre debo ponerme en «abogado del diablo» y buscar alguna explicación a lo que me cuentan para que luego tenga mayor credibilidad y mayor peso, registré mentalmente la hora y saqué mis conclusiones. La una y media del mediodía. Hoy —viernes 12 de julio de 1991— no sólo fue uno de los días más fríos en los últimos años (al menos por la sensación térmica, bajo cero) sino que, además, estuvo nublado en todo su transcurrir. Aun cuando hubiera habido sol, al menos un poquito, a esa hora cae de manera vertical, por lo cual no produce sombras visibles. ¿Eso quiere decir que Liliana había visto realmente a Nair en su forma actual? Discúlpennme los más científicistas, pero es muy posible. No es, de manera alguna, el único caso en el que se dan fenómenos similares. No quiero ni debo ponerme en esotérico ni en manejador de ciencias ocultas, pero llevo ya leídas decenas de situaciones similares. Ninguna tiene explicación, por supuesto, pero —como digo siempre— ahí están.

—¿Te había ocurrido algo parecido alguna otra vez?

—No exactamente eso, pero desde la muerte de Nair siento en forma casi permanente algo... No sé cómo explicarte... Como una presencia a mi derecha... La siento a ella con una sensación de presencia que no sabría cómo definirte, pero que es muy clara, muy nítida...

¿Se acuerdan de Connie Markram, quien definía también una sensación idéntica, con la única diferencia —sin importancia— de que sentía a su querida hijita Jessica a su izquierda? Connie —que hasta este momento no conocía a Liliana— usaba exactamente las mismas palabras:

«Sentí una presencia a mi izquierda. No vi nada, pero sentí profundamente una presencia...»

¿Otra «casualidad»? ¿Cuántas van, ya? En ambos casos se trata de chiquitas: siete años Jessica al morir, nueve años Nair. No tengo respuestas para este tipo de cosas. Me quedan grandes.

—¿Cómo sentís vos a la muerte, Lili?

—Antes ni idea. No pensaba en la muerte y no quería tampoco pensar en esas cosas.

Después de lo de Nair empecé a verla de otra manera...

—En todos estos meses, ¿sentiste algo más que tuviera que ver con Nair?

—La presencia a mi derecha, ya te digo. Y además un sueño.

—¿Cómo fue?

—Fue sencillo, nada extraño, pero con una sensación muy grande de que eso estaba ocurriendo. Más que en otros sueños de cualquier tipo. Unos religiosos con los que yo hablé varias veces me dijeron que le pidiera a Dios tener un sueño con mi nena. Yo le pedí. Le pedí de todo corazón y con todas mis fuerzas... Muy poco después tuve ese sueño. Fue muy simple, como te digo. Nair venía corriendo y me decía: «Mamá, ¿me hacés un té?»... Y todo era natural. Aunque a Nair no le gustaba el té, nunca tomaba té, le gustaba la leche chocolatada... Pero en el sueño me pedía un té. Eso era todo.

Desde el punto de vista psicológico es posible que los profesionales del tema puedan explicar que un deseo tan grande de soñar con su hija hizo que, en efecto, a Liliana así le ocurriera. Y creo que es posible que haya sido así. Aquí cabe preguntarse sobre otro misterio: ¿qué cosa hace que uno consiga algo así tan sólo con desearlo de una manera tan ferviente? Pero ésa sería otra discusión. Lo que es realmente curioso en este caso es lo que Liliana sigue contando y que, eso sí, no tiene ni la menor explicación, se lo mire por donde se lo mire.

—Lo que me asombró, más que nada, es que al día siguiente de ese sueño hablé por teléfono con mi mamá y —sin que yo le contara nada— lo primero que me dijo fue: «Anoche soñé con Nair»... Recién entonces le dije que yo también y le conté mi breve sueño. El de ella era diferente. Soñó que comíamos todas juntas y la sintió también muy nítidamente. Nada más... Pero, ¿por qué la misma noche?, ¿por qué se nos apareció a las dos por única vez en nuestros sueños aquella misma noche?

Por qué tantas cosas, Lili querida. Y estamos tan pobrecitos de respuestas. Vos misma me contaste esa historia que está llena de porqués y de ningún porque. La que te contó, a su vez, la doctora Safe.

Otra terrible bofetada a todos fue el asesinato de una adolescente, María Soledad Morales, en la provincia de Catamarca. No hace falta entrar en detalles, y además no es éste el lugar para hacerlo, pero fue algo feroz que hizo que Liliana se uniera —por estas piruetas de un cruel destino— con la familia de María Soledad y la gente que los rodeaba. Lo mismo ocurrió con la madre de Jimena Hernández, otra chiquita que apareció muerta sin que aún hayan encontrado a los culpables, al menos en el momento de escribir estas líneas. El dolor compartido une como pocas cosas. El caso es que la doctora Lila Safe, una aguerrida profesional del derecho que es abogada de los padres de María Soledad, conoció a Liliana Fuentes en uno de los actos masivos llevados a cabo en Catamarca, y surgió un afecto mutuo. En una charla, la doctora Safe le contó de un extraño episodio que le tocó vivir hace unos años. No tenía nada que ver, claro está, con los asesinatos. Era una historia aislada pero llena de misterio y de porqués sin respuesta.

La doctora Safe le contó a Lili que, en una ocasión, viajaba de noche con otra persona

por una ruta provincial bordeada por un pronunciado barranco. De pronto las luces del auto iluminaron a una figura en medio de la ruta: una mujer, con un vestido de color celeste, que no cesaba de hacer señas desesperadas. Detuvieron el auto. La mujer solamente señalaba abajo, en el fondo del barranco, y lo único que decía era «mi bebé, mi bebé». Sin duda, había sido un accidente. El lugar era ciertamente desolado: Lila Safe y su acompañante bajaron como pudieron al lugar, donde había un automóvil siniestrado, pero la mujer vestida de celeste no bajó con ellos. Lila y su acompañante se esforzaron por tratar de rescatar a un bebé que lloraba en el interior de esa masa de hierros retorcidos, y lo lograron. Al volver a mirar hacia el interior del auto destruido, vieron a la mujer. La madre del bebé. Con su vestido celeste. Muerta.

La doctora Lila Safe quedó desde entonces —y seguramente para siempre— muy impresionada con el episodio. Un episodio asombroso que tenía también como testigo a su acompañante. Un episodio sin ninguna explicación posible. Otro porqué sin porque.

Por eso, Lili: hay muchas cosas que no tienen respuesta, al menos para nosotros, pero que existen, que ocurren. La presencia a tu derecha de Nair, su sombra este mediodía huyendo de la bicicleta cuando abriste las persianas, tu sueño, el de tu mamá, la mujer de celeste. Tantas cosas. Aun los que las sienten o las viven no las comprenden: pero las atesoran, las guardan y nunca las olvidan. Como vos.

Camille Flammarion fue un notable astrónomo francés que plasmó en muchas ocasiones, en libros que aún se consultan, sus investigaciones científicas. En 1862 escribió la que tal vez sea su obra más conocida, *La pluralidad de los mundos*. Hombre de gran rigor científico, pero con una mente decididamente abierta, no temió en su época arriesgar toda su reputación y su prestigio al publicar tres tomos, apasionantes y apasionados —*La muerte y su misterio*—, donde defiende con fervor la existencia de la vida después de la vida. Murió en 1925 y, seguramente, concretó en ese momento la última investigación que le estaba faltando.

Ya en tres antiguos concilios de la Iglesia Católica (el IV y el V de Letrán y el Vaticano I) se deja aclarado muy expresamente, y sin que haya ninguna posibilidad de confusión: «Es de fe definida que el hombre se compone de cuerpo y alma racional y que dicha alma es inmortal». En la Epístola de San Marcos es el mismo Jesús el que aclara a un grupo de saduceos su equivocada idea de lo que ocurriría con ellos en la Otra Vida. Aquellos hombres le preguntaban cosas que medían con los parámetros de la tierra. Jesús los saca de la confusión, les dice que no se equivoquen, y agrega (textualmente repetido en las Escrituras): «Seréis como los ángeles de Dios en el Cielo».

No quiero ponerme pesado con tantas citas bíblicas, que aquí abandono a pesar de su abundancia y riqueza. Solamente quiero reafirmar que está muy claro que de ninguna manera se termina todo en el momento de la muerte, sino que en realidad comienza lo

más importante.

Insisto con mi religión porque me aterroriza la idea de que algunos católicos y algún grupo de la jerarquía eclesiástica se estén preocupando demasiado por los entuertos políticos o sociales de la vida cotidiana, dejando un poco de lado cuestiones que el hombre se pregunta hoy más que nunca y que hacen a lo espiritual. Es magnífico y digno del mejor aplauso que intentemos mejorar el mundo que nos rodea; más aún, es una obligación para todo católico, para todo cristiano y para todo fiel de cualquier religión. Pero nunca sacrificando, olvidando o postergando la sed de Fe del hombre. Me asusta leer que hay un promedio de ocho mil católicos por día en América hispana que se alejan de su Iglesia, seducidos en su mayoría por sectas que aparecen como hongos y que ofrecen «otras cosas». No pude creer esta cifra cuando la leí. Aún ahora deseo que no sea cierta. Lo peor es que muchas de esas sectas usan la figura de Jesús porque —claro está— ésta no tiene *copyright*, y no se puede impedir que lo hagan.

Pretendo apuntalar lo mío, defenderlo con mis armas, señalar todo lo bello que encierra y que a veces no recordamos. Los misterios de la religión que hacen a la Fe aún más profunda al aceptarlos.

La vida eterna es un dogma de Fe inquebrantable para un cristiano. Todo lo que fortalezca este dogma es maravilloso.

No soy tan idiota como para ignorar que en el mundo hay hambre de pan y hambre de justicia, pero también lo hay de Fe y Esperanza.

Lo ideal es saciar lo mejor que podamos ambos apetitos.

TRECE

Confianzas y desconfianzas

«No juzguen si no quieren ser juzgados.»

No es casual que uno sea desconfiado por naturaleza, aunque es injusto. Recordamos alguna mala pasada que nos jugó alguien y olvidamos u obviamos todas las buenas. Es como el famoso ejemplo periodístico: no es noticia que miles de aviones despeguen y aterricen sin ningún contratiempo cada día; pero lo es cuando uno solito tiene un accidente. Creo que deberíamos pensar más a menudo en los otros miles. Por esa razón, la de apuntalar la confianza y patear al escepticismo, es que le asigno una importancia fundamental al capítulo de los chiquitos. Ellos —ya quedó claro— no pueden mentir en esas cosas, y mucho menos lograr una coincidencia tan sorprendente en sus relatos, contados con una pureza y una naturalidad que derrotan a cualquier duda. Es cierto que, a veces, la vida y la historia nos dan algunos ejemplos capaces de volver desconfiado a un monje franciscano con su madre.

Marvin Gorman era un evangelista de los bautizados por los norteamericanos como «pastores electrónicos», ya que desarrollaba su tarea base en programas de televisión. En 1986, vaya a saber uno por qué (tal vez porque aquí, en la tierra, se practica más justicia divina de la que uno cree), fue acusado por un colega de haber cometido adulterio en más de cien oportunidades y de tener una innumerable cantidad de hijos extramatrimoniales. Quizás, a muchos actores de Hollywood esto les hubiera valido un manantial de nuevos contratos, pero tratándose de un pastor de la Iglesia Evangelista de la Asamblea de Dios el asunto era, por decirlo con suavidad, un tanto desprolijo. Gorman fue expulsado de su Iglesia, debió retirarse y perdió los cientos de millones de dólares que cobraba anualmente por sus presentaciones personales, discos, casetes y venta de programas de televisión. El hombre, más rencoroso que una pantera herida, dispuso que

un grupo de detectives siguieran día y noche a su acusador. Dos años más tarde, en 1988, uno de los detectives cantó bingo. El acusador, Jimmy Swaggart, otro «pastor electrónico» más famoso aún, de quien se dijo que sus ingresos anuales superaban los dos mil millones de dólares, se encontraba retozando alegremente con una prostituta en una casa no precisamente sancta. Le tomaron fotografías más evidentes y vergonzosas que tirarse un sonoro pedito en un ascensor donde sólo viajan dos pasajeros. Todo se hizo público y el escándalo fue monumental: Swaggart también fue expulsado de su Iglesia, se retiró y afronta —cuando escribo estas líneas— un juicio por noventa millones de dólares iniciado por Gorman (¿no les dije que era rencoroso?) por daños, perjuicios, calumnias y por estacionar en un lugar prohibido. Qué sé yo, por todo. Puede decirse que fue la muerte de los «pastores electrónicos» en Estados Unidos. Es real y doloroso, pero es también injusto que tenga que pagar por casos como éste toda la Iglesia Evangélica seria, a la que nada me une pero le reconozco que debe tener miles de pastores de verdad.

Carlos Marx es, para los que leyeron algo sobre su vida, otro golpe bastante duro a la credibilidad. El hombre en cuyas teorías —especialmente las económicas— se basó el mundo comunista que, se supone, luchaba por la igualdad humana, tuvo un hijo varón de nombre Federico al que nunca quiso reconocer legalmente. Lo que hace que el tema sea más contradictorio aún, si se tiene en cuenta a su protagonista, es el hecho de que la madre de Federico era una mujer del personal de servicio de su casa. El «defensor de las clases oprimidas» le prohibió también a una de sus hijas casarse con el argumento de que la necesitaba como su ayudante. La pobre chica recién pudo vivir con un fulano después de la muerte de Marx, y terminó sus días suicidándose. Imagino que actitudes semejantes en alguien así representan un golpe allí abajo para sus seguidores, pero estas contradicciones son una realidad inevitable. Y abundan.

Sigmund Freud es llamado a menudo «el padre del psicoanálisis», método que —por definición— es utilizado por miles de profesionales en el mundo para ordenar la computadora cerebral y equilibrar las emociones de sus pacientes. En lo personal, ni lo combato ni adhiero; creo que, por sobre todo, depende en mucho de quiénes lo manejan. Sé de varias personas que se han sentido muy ayudadas por el psicoanálisis, aunque la historia cuenta que Freud no fue precisamente una de ellas; tal vez porque no encontraba con quién analizarse, no sé. Como Adán antes de Eva, no tenía con quién jugar. El caso es que «el padre del psicoanálisis» era, según se cuenta, un apasionado consumidor de cocaína. Se dice, también, que las relaciones con su hija eran —por decirlo lo más liviano posible— un tanto objetables. Con un padre así, al psicoanálisis más le hubiera convenido ser huérfano. Otro puntapié a la credibilidad.

Hay teorías muy sesudas —y, aunque difíciles de creer, difíciles también de negar— que aseguran que ni Cervantes (la máxima figura literaria de habla hispana) ni Shakespeare (la máxima figura literaria de habla inglesa) escribieron las obras que hoy conocemos como suyas. Algunos llegan más lejos en el caso del inglés y afirman que, en realidad, nunca existió, y que no hay evidencias claras de su paso por este mundo. Atención que éstas son hipótesis, aunque presentadas muy fervorosamente por aquellos que las formularon hace ya tiempo. Si así fuera, cachorro de sorpresa y de trompada en el intelecto que recibiríamos unos cuantos, ¿no? Enterarse de que *Hamlet* fue escrita por Lord Byron (como insisten algunos) o por un desconocido tatarabuelo de Corín Tellado, sería como descubrir que uno es en realidad un hijo oculto de Ronald Reagan y que fue adoptado de chiquito por esa pareja argentina a la que durante tantos años llamó «mamá» y «papá». Lo que quiero decir es que, si no podemos siquiera estar seguros de Cervantes y de Shakespeare, ¿qué nos queda para otros? Aun siendo solamente una hipótesis, ¿no lastima un poquito la credibilidad?

Hay muchos ejemplos por el estilo, pero mencionamos éstos por lo increíble de lo que representan, y hasta por divertidos. Sin embargo, para evitar la injusticia de la generalización, hay miles de otros ejemplos de personajes famosos que fueron leales con sus propias vidas. Gente que demostró, hasta con sus muertes, que se podía confiar en ellos. Mártires, santos, escritores, filósofos, médicos o lo que fueran, que vivieron o viven desparramando confianza. Los aviones que llegan a destino sin contratiempos y sólo por eso no son noticia. No hace falta buscar en la historia; miremos a nuestro alrededor. Busquemos entre los trabajadores cotidianos más acusados de poco confiables. Yo no sé si tengo mucha suerte, pero todo lo que veo es óptimo. Los vendedores de autos por ejemplo. Hace más de veinticinco años que compro vehículos para uso personal y, salvo en dos lejanas ocasiones, siempre fueron usados. Jamás me encontré con una banana mecánica, sino al contrario. El actual, mi muy querido *Mitsubishi*, lleva ya diez años conmigo y no lo cambiaría por nada. Los mecánicos de autos. El mío se llama Luis Cataldo, y es más bueno que la aspirina; hace más de quince años que lo conozco y es de esos que devuelven el coche a las veinticuatro horas —perfecto— y no cobran nada porque dicen que «lo único que tenía era una basurita en el carburador». Ojo: no es sólo conmigo, me consta. Los «service» de equipos electrónicos. Ya lo nombré en otro capítulo a Juan Carlos Cersósimo. Tanto él como Horacio, su socio y sobrino, juegan a ser confiables; y se topan con cosas increíbles. Una vez fui testigo de una de ellas, una adorable viejecita les llevó un aparato de radio, lo arreglaron en su presencia y se lo devolvieron diciéndole que no le cobrarían nada porque era un problema menor que ya estaba solucionado. ¿Agradecimiento por tanta honradez? ¿Alegría, quizás, de la viejecita? Nada de eso. Les arrancó la radio de las manos y les dijo: «Por algo será que no me cobran, vaya a saber». Y se fue, enojada. El personal doméstico. Ya que tanto mi mujer como yo trabajamos, es imprescindible tener gente que nos ayude en casa. En casi veinte años nunca tuvimos un problema, jamás faltó ni

un botón. Al revés. Cuando se iban por decisión propia llorábamos abrazados: hasta hoy, nos siguen visitando como a su familia. Y la lista puede ser muy larga: abogados, comerciantes, periodistas, albañiles, carpinteros, militares, plomeros, religiosos, taxistas... y mil más. No digo que todos sean santos, por supuesto. Pero sí digo que muchos son honestos, honrados, buena gente, confiables, y que generalizar por dos o tres crápulas es decididamente injusto.

Ustedes se preguntarán qué tiene que ver todo esto con nuestro tema. Está bien, porque a esta altura yo también me lo estaba preguntando. Tiene mucho que ver. No se trata nada más que de un merecido tributo a todos aquellos que hacen las cosas bien y generan confianza (lo cual sería motivo suficiente) sino, también, de una forma de aclarar ciertas cosas.

- 1) El mundo que nos rodea a veces duele pero otras reconforta.
- 2) No sé si las maldades que uno haga en la tierra se pagan Allá, pero sí sé que tarde o temprano se pagan acá.
- 3) La Fe así, con mayúscula, comienza por la fe, con minúscula, en los demás. En el prójimo, el próximo, los que nos rodean.
- 4) No juzguen si no quieren ser juzgados, como dice la Biblia.
- 5) Los escépticos cierran las puertas de la Esperanza. Los que creemos debemos abrirlas, aunque se nos machuquen los dedos; si es necesario abrirlas a patadas, pero abrirlas.
- 6) Todo lo que nos rodea es armónico y hermoso. Basta con descubrirlo.
- 7) Creer en la Otra Vida como algo hermoso no es de manera alguna una obligación. Es un placer.
- 8) Cada uno recibe lo que da.
- 9) La Fe mueve algo más que montañas. Mueve almas. Su ausencia es como un crimen espiritual.
- 10) No esperemos una tragedia personal para putear al destino o para, recién entonces, abrazar una creencia. Gastemos Fe a cuenta. Hay mucha.

Todos y cada uno de los que hemos pasado por una NDE coincidimos luego en los diez puntos que acaban de leer. Todos y cada uno. Los informes de los popes en el tema (Moody, Kübler-Ross, Ring, todos) coinciden en que después de una experiencia de cercanía a la muerte hay dos sentimientos que crecen y crecen y crecen casi sin límites: el Amor y la necesidad de un mayor Conocimiento. Un amor total y abierto, pero jamás bobalicón y meloso. Un amor que no consiste en volverse santo, sino en volverse más persona que antes. Un amor simple, porque sí.

Y una ansiedad de conocimientos que es hambre insaciable. Querer saber más, preguntar, leer, buscar, dudar e insistir. Son, tal vez, los dos más grandes tesoros que uno pueda adquirir en la tierra. Y esa mirada al Otro Lado deja bien en claro que así es.

Posiblemente el hecho de que cada persona del planeta mantenga en su subconsciente la idea del miedo a la muerte y la certeza de que nada se puede hacer para evitarla, no

permite que la vida se saboree como lo merece. Ese pie en el umbral del Más Allá tira aquel miedo a la cloaca y asesina a las dudas. Uno se sacó un peso enorme de encima. No hay cambios espectaculares, ni deseos de ingresar a monasterios, ni mutaciones de carácter que los demás adviertan de inmediato. Uno sigue siendo uno. Nervioso, si ya lo era, pero nunca más histérico. Cerebral, si ya lo era, pero mucho más emotivo. Impaciente, si ya lo era, pero infinitamente más comprensivo.

Raymond Moody, en *Más allá la luz*, transcribe el relato de un paciente luego de una NDE. El hombre le contó que lo primero que vio cuando recobró el conocimiento en el hospital fue una flor, y que se puso a llorar. «Jamás había visto realmente una flor hasta que regresé de la muerte», le dijo. Y agregó, como una síntesis de lo que pasaba desde aquel momento por su espíritu: «Si pensamos que podemos hacer daño a otra persona o a otro ser viviente sin estar haciéndonos daños a nosotros mismos, estamos muy equivocados...»

El ejemplo que cita Moody es, una vez más, perfecto. Aquel que haya pasado por una experiencia cercana a la muerte sabe muy bien que después se siente relacionado con todo aquello que lo rodea de una manera desconocida hasta entonces. Una flor asemeja un milagro. Todo es igual que antes, pero parece ser más importante, más intenso. Lo que ocurre es que, en realidad, todo es igual que antes pero es uno el que es sutilmente diferente. Al perder el más grande de los miedos que se siente sobre uno mismo —la muerte, el destino final, el temor al pensar que todo termina en ese momento—, se gana una forma de apreciar con mucha más nitidez a las personas y hasta a las cosas que nos rodean. De allí la necesidad desesperada de querer resaltar lo positivo. Por eso al principio del capítulo asumimos que la desconfianza es algo natural, hasta por educación y cultura, pero que se le puede enfrentar la confianza, con las pruebas de la historia o con hechos y personas cotidianas. Esto importa mucho porque la confianza es el primer paso del camino de mil kilómetros que lleva a la Fe: también un camino de mil kilómetros empieza siempre con un paso.

Nadie que haya pasado por una Gran Experiencia se siente después una superpersona. Se siente, sí, una persona. Que no es poco. Hay una calma y una percepción que afloraron después de haber estado dormidas. Posiblemente esto ocurra porque aquel vistazo del Más Allá nos da la seguridad de que, al fin de cuentas, todo va a andar bien. Muy bien.

Luego de aquella charla inolvidable con las Madres de la Esperanza sucedió otro hecho, que también me golpeó en la emoción, y que fue el primero que me hizo pensar en que este tema nos tocaba a todos mucho más profundamente de lo que yo mismo había imaginado. Fui invitado por Hugo Beas a una presentación de los libros de su Círculo del Buen Lector. El mío aún no había salido, pero mi experiencia ya era pública. En una sala de la Casa Suiza, en la calle Rodríguez Peña, se habían reunido alrededor de cuatrocientas personas, la mayoría de ellas, vendedores y representantes de editoriales. En un momento de la reunión fue acompañada hasta la primera fila una mujer que vestía

una túnica blanca y larga hasta los pies y que, más que caminar, se deslizaba suave pero firmemente. Indra Devi, alguien muy fuera de lo común. Yo había oído hablar de ella en muchas ocasiones en las que se la mencionaba como la mayor cultora de yoga en nuestro país, y una de las más importantes en el mundo. La llamaban Mataji. Luego supe que era algo así como un superlativo cariñoso de «Madre». Yo estaba sentado exactamente detrás de ella y era la primera vez en mi vida que la veía, aunque sabía que el respeto que se le profesaba sólo era comparable con el de los grandes personajes espirituales de la historia. Estaba mirando su nuca plateada en canas y parte de su perfil cuando escuché que uno de los presentadores me estaba invitando a subir al escenario. No tenía ni idea de que eso ocurriría, pero la bienvenida calurosa que surgió en la sala no me dejó ni dudas ni alternativas. Subí. De pronto estaba hablando. Conté muy brevemente mi experiencia, y hablé de la paz de los muertos queridos de cada uno de los que allí estábamos. Les dije de la Luz, de la serena e imponente Luz que emanaba un Amor indescriptible. Había mucho silencio en la sala y yo me estaba preguntando hasta qué punto podía interesarles a los vendedores y editores una historia como la mía en un lugar donde no estaba programada tal cosa. No vinieron aquí para oír hablar de esto, pensé, pero seguía hablando y, mientras lo decía, defendiendo a la Madre Esperanza y a la Madre Fe, empecé a ver desde el escenario que aquí y allá comenzaban a aparecer pañuelos. Vi las lágrimas mezcladas con sonrisas en los de las primeras filas, los más cercanos, y me di cuenta de que no tenían importancia el lugar ni la profesión ni las circunstancias para encarar el tema. Porque somos gente antes que vendedores, médicos, plomeros, editores, periodistas, recolectores de residuos, ministros o cardenales. Gente. Habré hablado en medio de un silencio compartido unos quince minutos, no sé bien. Lo que sí sé bien es que cuando terminé con mi frase preferida («Que Dios los bendiga») lo que siguió fue más un beso múltiple que un aplauso. Bajé del escenario enseguida, porque confieso que soy muy tímido y no sé qué hacer ante el aplauso. Además, estaba emocionado. Caminaba hacia mi segunda fila cuando, ante mi sorpresa, Indra Devi se puso de pie y avanzó hacia mí con paso firme. En medio de las dos largas filas de butacas, desde las que seguía llegando el alborozo, nos abrazamos. Un abrazo largo, sostenido, fuerte y cálido, que impactaba aún más en el marco de toda aquella querida gente que ahora gritaba palabras de amor. Yo sólo atinaba a decirle a Mataji, en medio del abrazo: «Cuánto honor, cuánto honor». Y ella tomó mi cara con sus manos suaves y me dijo que allí arriba, en el escenario, me había visto con un aura especial y que quería que habláramos. Eso me sobrepasaba. Al terminar la reunión muchas de las personas se acercaron; continuaba el baño de amor. Ese amor, esas lágrimas de varones y mujeres, ese clima fuertemente espiritual en una reunión cuyo objetivo no era originariamente ése, me dieron la primera pista de que «aquello en lo que me había metido» era maravillosamente hermoso e importante. Fue clave.

Se repitió en la Fundación Indra Devi, en la calle Azcuénaga, a metros de la Avenida Córdoba. Esta vez serían unas quinientas personas las que ocuparon dos pisos del lugar.

Mataji me tomó de la mano y me presentó. Luego lo repetiríamos en el otro piso. Yo nunca había tenido el menor acercamiento al yoga, era mi debut. Descalzo, como el resto, y sumándome al ejercicio previo de respiración, me sentí realmente muy bien. Flojito. En la presentación Indra apretó mi mano y les dijo a los que, evidentemente, la amaban mucho: «Ésta es la segunda vez que nos vemos con Víctor, pero yo siento que hemos sido amigos desde siempre y para siempre». Nos besamos en la mejilla y ella miró, pícara, a los que allí estaban, y les dijo en tono de confesión: «Ésta es la parte que más me gusta». Todos rieron. Quise sumarme a ese clima en el que me sentía como en casa, porque iba a hablar de algo tan difícil, pero la buena onda que rebotaba por aquellas paredes hacía que todo fuera fácil. Usé también tono confidencial al dirigirme a todos: «Quiero aprovechar para contarles que Mataji y yo nos casamos la próxima semana...» Ella, con una gracia universal me miró y dijo en voz alta: «¿Y para qué casarnos?», con una segunda intención que hizo reír más a los cientos que compartían el diálogo. Dejé para este momento decirles que quien tiene tal sentido del humor, quien se levanta y se sienta en el suelo con una agilidad que no poseo, quien habla tranquilizando con cada palabra a los que la escuchan, mi amiga de siempre y para siempre Mataji Indra Devi, cumplió el último 12 de mayo la friolera de noventa y dos años. Nació en Rusia en 1899 y debió escapar de allí con su familia cuando la Revolución Comunista de 1917 cambió la historia de su patria y empezó a complicar la del mundo. Se radicó en la India en 1927 y recién entonces empezó a saber qué cosa era el yoga. A propósito, la palabra proviene del término «Yuj», que significa unión, vínculo, integración. No se trata de manera alguna de una religión, y fieles de cualquier creencia forman parte de sus grupos de seguidores. Se la considera en todo el mundo una filosofía, una ciencia, un arte y un estilo de vida. Eso es lo que conoció Indra Devi en la India. Desde joven se interesó y estudió. Conoció a Jawaharjal Nehru, al Mahatma Gandhi y al poeta Rabindranath Tagore, aquel que alguna vez dio una lección de esperanza, aun ante la adversidad, cuando escribió: «Si lloras porque no puedes ver el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas».

En 1982 Indra Devi viajó por primera vez a la Argentina, después de recorrer mucho mundo y de enseñar a vivir en los más increíbles lugares del planeta. Hizo cinco viajes a la Argentina, y en el último decidió quedarse a vivir aquí. Fue creada la Fundación y, además —entre otros muchos cargos que ostenta sin alardes—, ayuda y colabora enormemente con otro grupo, la Fundación Resurrección, que se dedica a la rehabilitación de drogadictos. La llaman «la Primera Dama del Yoga». Es dulce como un terrón, flexible como un junco mojado, fuerte como la verdad, espiritual como una idea, serena como un amanecer sereno. Creo que voy a insistir con lo del matrimonio.

La filosofía yoga, que en rigor de verdad no volví a frecuentar porque hace meses que no hago otra cosa que investigar y escribir este librito, habla también del Amor, por sobre todo (empezar por aprender a amarse uno mismo, sabio concepto), y de una suerte de integración a la Luz Divina en el momento de nuestra muerte física. Tiene de apasionante

que defiende la vida fervorosamente, y lo hace sosteniendo que luego vendrá la muerte con un nuevo inicio. Es como decir aquello que repetimos en mil frases distintas: en realidad nadie muere. Lo que más importa de nosotros es eterno, por eso nadie muere nunca. Cada uno aplica este concepto de acuerdo con su propia religión, lo cual no es nada difícil si tenemos en cuenta que todas las religiones hablan, de una u otra forma, de una vida eterna.

El padre Héctor Moreno, párroco de la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, en la localidad de Martínez, es una especie de monumento vivo para mucha gente. Tiene setenta y dos años, un carácter fuerte y vital, y un don indiscutido de liderazgo. Todo un personaje, rodeado también de un respeto fuera de lo común por sus seguidores. El padre Moreno, de quien había oído hablar muchas pero muchas veces antes de conocerlo, es famoso en gran parte de la grey católica debido a que desde hace diecinueve años se dedica a dar cursos de control mental que en ningún momento, jamás, hace que se pierdan las bases del catolicismo ni mucho menos. Yo diría que, por el contrario, las apuntala saludablemente. También tiene como punto de partida clave de lo suyo al Amor (qué casualidad, ¿no?, que toda esta gente insista con el asuntillo del amor. Por algo será, ¿no creen?). El control mental que él enseña sirve para manejar mejor las emociones, el estrés, las iras y lo negativo; y para reflotar como un casco hundido, pero aún muy útil —e imprescindible, diría yo—, todo lo positivo que llevamos dentro. La fuerza de las mentes y los espíritus en la oración conjunta, por ejemplo, puede llegar a obrar casi milagrosamente. El rezo en familia, en grupos de amigos, en las iglesias o donde quieran tiene una potencia fenomenal y forma parte, a menudo, de resultados sorprendentes, de esos que no se pueden explicar con la razón y que, en lo personal, no me interesa tampoco hacerlo con ese método. Es la fe, qué le va a hacer. El tesoro de la fe.

El caso es que también fui a dar una charla al Instituto Fátima. Unas seiscientas personas. En un momento dado debí interrumpir por algunos segundos lo que estaba diciendo porque sentí que la emoción de ese silencioso y bello grupo humano se me metía en la piel, sin poder yo impedirlo de manera alguna. Creo haber dicho ya que no soy de llanto fácil, sin embargo allí se me ubicó el consabido nudo en la garganta, y ya empezaba a sentir ese ardor de los ojos previo al afloje. Lo que estaba ocurriendo era, sencillamente, que recibía un rebote. Era tan poderosamente emotivo aquel auditorio, tenía un poder tan grande de recepción, que devolvía sus emociones al fulano que con su relato las estaba originando. Y todo en silencio y sin gestos, salvo algún pañuelo que asomaba o un sollozo apretado al recordar a alguien que seguramente ya no estaba en este mundo. Duró tres horas. Con preguntas, con querer saber más, con el poder de los que abrazan a la esperanza (¿cuántas veces habré nombrado ya esta palabra? Pero no hay sinónimo, disculpen) y con una confianza abrumadora. Los amé. Salí con las baterías cargadas al mango, manejando solo por la noche arbolada de la Avenida Libertador y preguntándome una vez más si todo lo que me había ocurrido —en realidad

toda mi vida previa también— no era sólo una herramienta que Dios usaba para modelar espíritus. El padre Moreno y su gente son el Poder, en lo suyo. El verdadero Poder. No aquel que, se supone, da un bonito despacho o un cargo, que suena como el de los emperadores romanos. Esos poderes son pequeños, terrenales, efímeros. Un poder que es otorgado por alguien está corriendo el riesgo, siempre, de ser eliminado por ese alguien o por otros. El Poder de la gente del padre Moreno no es un sillón o un diploma. Es el que todos tenemos porque sí. Ése no lo quita nadie, salvo Dios.

Bah, ya me puse medio místico otra vez. Pero no lo puedo evitar. No se confundan. No propicio ninguna cosa nueva, insisto, sino que apoyo lo de siempre, que ahora parece renacer con más fuerza que nunca. En el mundo entero han fallado algunos valores en los que creímos durante largo tiempo: sexo, poder, dinero. Lo único que estamos haciendo es volver a las fuentes.

Por muchas razones la conciencia del hombre, sus confianzas y sus desconfianzas están dando un vuelco. En todas partes.

Hay otras maneras de pensar y de sentir. Maneras que crecen sabe Dios hasta qué punto y hasta dónde o cuándo, pero crecen.

Y no se trata de «lo que vendrá». No, nada de eso. Se trata de lo que ya comenzó y de lo cual es protagonista cada uno de nosotros.

La función no «va a comenzar». Ya comenzó.

Para entenderlo mejor no se pierdan el capítulo que viene. Está allí nomás, en el momento en que finaliza éste. Ahora.

CATORCE

Algo está ocurriendo

Y todos nosotros somos los protagonistas.

Los norteamericanos son, creo que todos lo sabemos, decididamente prácticos. En el tema de la muerte no hacen una excepción. Suelen ir al grano y, a veces, hasta con un humor que asusta a los que no están acostumbrados. Hace algunos años, las oficinas de muchas empresas y aun algunas dependencias oficiales mostraban en la pared un impecable afiche que, se suponía, estaba dirigido a los que allí trabajaban. Se trataba de un texto con una considerable cantidad de consejos para caso de ataque nuclear. La cosa —para los faltos de humor— no estaba por entonces como para la broma, ya que hablamos de la época en que Vietnam era una durísima realidad y las relaciones con la Unión Soviética no eran justamente un romance. La guerra nuclear, hasta por un error, podía desatarse en cualquier momento, y se sabía que también eran objetivos de algunas ojivas rusas determinadas ciudades norteamericanas. En aquel texto se sugerían los recaudos a tomar por cada persona ante una alarma de ataque nuclear. Todo muy serio, muy detallado. Incluía consejos tales como: alejarse de las ventanas para evitar heridas por el estallido de los vidrios; quitarse los anteojos aquellos que los usaran; aflojarse los cinturones y la ropa ajustada en general; no pretender de manera alguna escapar por los ascensores; mantener cerca de cada grupo humano un aparato de radio a pilas para que desde algún lugar se les dieran más instrucciones; cerrar los ojos ante la inminencia del estallido, capaz de cegar a una persona; y muchas, muchas indicaciones más, todas ellas razonables. Hasta llegar al punto final. En él decía, más o menos literalmente:

Por último, si faltan algunos segundos aún para la llegada de los misiles nucleares, siga exactamente estas instrucciones: 1) siéntese en el piso; 2) flexione las rodillas y acerque el cuerpo hasta ellas; 3) abra las piernas formando un ángulo lo más abierto posible; 4) incline su cabeza con fuerza introduciéndola en ese ángulo hasta

llegar al final; 5) una vez allí simplemente bese su culo y dígame adiós.

Ese *kiss your ass and say it good bye* significaba, claramente, que todas las demás instrucciones en realidad no servían de nada en caso de un ataque nuclear. De suceder, lo único que se podía hacer era despedirse de la colita de uno, despedirse de la vida. Con la última frase no sólo demostraban con terrible humor una realidad, sino que ponían en claro, también, cuál era su concepto sobre el tema: lo inevitable es irremediable.

Algunas veces se dice de ellos que son ingenuos. Enorme error. Son por lo general muy confiados, pero no ingenuos. Fíjense un dato que resalté en *Más allá de la vida*: ellos tienen escritos decenas de libros sobre el tema de las NDE y prácticamente ninguno de los casos mencionan a sus testificantes con nombre y apellido. Simplemente escriben «un ama de casa de Arizona contó que...» o «un abogado de Kansas relató...» La cosa es de ida y vuelta, ya que a ningún lector se le ocurriría pensar que aquello — firmado por un autor responsable— podría no ser cierto y, a la vez, a ningún autor se le cruza por su loca cabecita la idea de mentir o inventar en un tema como éste. Hay confianza mutua y no les va mal con ese sistema. Si alguien lo quebranta, eso sí, pobrecito de él. Tal como debe ser. Entre nosotros yo he preferido señalar con nombre y apellido a cada uno de los que han acercado sus testimonios, porque es un arma más para darles fuerza y para eliminar el escepticismo o las dudas que algunos puedan tener. Porque nosotros, los latinos, no somos precisamente muy confiados que digamos. Los norteamericanos, además de su natural confianza, por lo general aceptan también las cosas que no entienden, y las integran a su vida cotidiana. En Nueva York, por ejemplo, hay un número telefónico habilitado especialmente para recibir llamados de cualquier persona que haya tenido un sueño o una premonición sobre cualquier cosa, en especial sobre aquellos hechos que puedan afectar a la comunidad. Seguramente llamará más de un loco o un bromista, pero es lo menos habitual. Reciben sobre todo llamados de personas que creen haber tenido una advertencia de algo que va a ocurrir, y enseguida investigan el caso para tomar prevenciones, si son necesarias y si se puede. Aceptan oficialmente que hay gente que tiene ciertos y misteriosos poderes de videncia que no se pueden explicar pero que ahí están. Y saben que esto no es nuevo. Contemos un único pero muy notable caso:

EMMANUEL SWEDENBORG fue físico, astrónomo, matemático, fisiólogo e ingeniero, entre otras cosas. Nació en Suecia y fue nombrado con un título nobiliario por la reina de su país en los primeros años del siglo XVIII. Swedenborg, personaje muy conocido para todo aquel que haya gustado de lecturas sobre temas inexplicables, poseía facultades de vidente; y lo demostraba en la práctica. Con solamente dos ejemplos de los cientos que protagonizó es suficiente: un par de días antes de que ocurriera, anunció un espectacular incendio en Estocolmo, ciudad de la que se hallaba muy lejos en el momento de su predicción. El incendio ocurrió y devastó una muy amplia zona. Aún no

era tan famoso y no se tomaron precauciones de ningún tipo. El segundo ejemplo es definitivo. Con muchos años de anticipación anunció que él moriría el 29 de marzo del año 1772, día en que efectivamente dejó este mundo. Y no hagan chistes diciendo que se suicidó para cumplir, porque no fue así.

¿Qué pasa si un aprendiz de Swedenborg llama al teléfono aquel de Nueva York y anuncia un terremoto en California o un crimen que aún no se cometió o cualquier cosa por el estilo? ¿No vale la pena mantener esa línea abierta? ¿Y también las mentes, ya que estamos?

También en los Estados Unidos, pero en la ciudad de Washington, existe algo indudablemente curioso y que sirve, además de sus fines específicos, para conocer el carácter de una población. Se trata de un ente que recibe donaciones anónimas por parte de aquellos que, por alguna razón, tienen problemas de conciencia. Esas donaciones son usadas luego para la comunidad en sus necesidades más urgentes. El hecho es curioso, pero lo es mucho más el saber que recaudan miles de dólares mensuales. El donante anónimo debe sentir una suerte de descarga, penitencia o alivio al saber que no lavará sus culpas pero, al menos, ayudará a alguien. Problemas de conciencia nada menos que en la ciudad capital, donde residen todas sus autoridades políticas. Si inauguran algo así en Buenos Aires —por decir un lugar— creo que con lo recaudado pagamos la deuda externa en una semana.

Ya ven: una cosa es la ingenuidad y otra la confianza.

En lo que hace al tema específico de la muerte son, también, distintos. Cuando los velatorios se llevan a cabo en la casa donde vivió el difunto toda su familia viste sobria pero elegantemente, y aquellos que los acompañan en ese momento de despedida son convidados con canapés, algún bocadillo, sándwiches. Esto sucede mientras el cuerpo yace en una habitación preparada al efecto, para que quien quiera se llegue hasta allí a rendir su homenaje. Lloran y sufren, pero los ritos son otros. Ni hablar de la gente de raza negra que acompaña al cortejo con una banda musical que despide los restos con bombos y platillos, literalmente hablando. Nada de esto es irrespetuoso ni mucho menos, todo lo contrario; es una manera distinta de encarar la muerte y de rendir tributo a quien se fue.

No es extraño, entonces, que los estudios más serios y profundos sobre la vida después de la vida provengan precisamente de Norteamérica. Hoy en día cualquier estadounidense sabe de qué le están hablando cuando se menciona la sigla NDE. Muchos profesionales se dedican a muy serias investigaciones alrededor de las Grandes Experiencias y luego las hacen públicas. Hay inclusive institutos exclusivamente abocados a este estudio. El más importante es la IANDS (International Association for Near Death Studies – Asociación Internacional para el Estudio de las Cercanías a la Muerte).

Connie Markram, a la que ustedes recordarán del capítulo de los más chiquitos, se transformó en una afectuosa colaboradora mía en estos meses, tal como ocurrió con muchas otras personas. Pero Connie fue bien lejos en su ayuda: envió un ejemplar de

Más allá de la vida al hombre que creó y mantiene en pie a la IANDS, el doctor Kenneth Ring. Un personaje fuera de lo común (del que ya hablamos en el primer librito); una de las mayores autoridades mundiales en el estudio de lo que ocurre cuando morimos físicamente. Connie adjuntó una carta en la que explicaba mi caso y todo lo que ocurrió después. Al poco tiempo recibió una respuesta personal del doctor Ring en la que agradecía muy fervorosamente el libro, contaba que ya formaba parte de la bibliografía de consulta para todos y, muy especialmente, para los profesionales e interesados de habla hispana, y le enviaba material sobre las últimas actividades e investigaciones de la IANDS. Le dice en su carta (que Connie tuvo la deferencia de dejarme): «Tal vez usted quiera hacerle llegar estos escritos a “Mr. Sueiro” si es que a él llegaran a interesarle». ¿Si es que a mí llegaran a interesarme? Mister Sueiro está muy feliz con ese envío. Mister Sueiro (apellido por completo impronunciable en inglés, si los hay) sigue buscando con desesperación datos y gente que le ayuden a abrir las puertas de la Esperanza. Y éste es un verdadero empujón con todo el cuerpo, como el que dan los detectives en las películas cuando deben entrar y está cerrado. Viene de la Meca de estos temas, del lugar donde llevan miles de casos registrados. Transcribo uno literalmente de un texto de la IANDS, perteneciente a un hombre llamado Joe:

Yo sentí que me estaba yendo, pero sentí también una paz total. Entonces apareció ante mí una especie de luz dorada, la luz más brillante que usted haya visto jamás en su vida, pero que no hería los ojos... Quise quedarme allí, pero una voz me dijo: «No es tu tiempo todavía. Debes volver y terminar lo que tienes que hacer en tu vida»... Lo siguiente que recuerdo es estar otra vez en la cama con los médicos alrededor y muy ocupados en mí... El dolor había desaparecido...

Otros testimonios de los textos del instituto que creara el doctor Kenneth Ring, en este caso de una mujer llamada Mary, quien había sufrido un paro cardíaco:

Me sentí flotar en un rincón alto de la habitación de la sala de emergencias. Los médicos hacían grandes esfuerzos sobre mi cuerpo pero yo, que los estaba viendo desde arriba, no sentía nada. Me golpeaban el pecho y hubiera querido decirles que no fueran tan rudos... Afuera, muy angustiados, estaban mi marido y mis hijos. Yo quería decirles que no se preocuparan, que yo estaba bien. Pero ellos no me oían. Quería decirles que no se preocuparan, que me sentía espléndidamente...

Mary contó esto luego de su recuperación. Su testimonio, como en casi todos los casos en la mayoría de los centros médicos de los Estados Unidos, fue guardado junto a su historia clínica. Un tercer caso de los archivos de la IANDS es el de un hombre llamado Willy que chocó violentamente con su auto contra una pared. Luego contó:

Inmediatamente después del impacto no sentí nada más. No sé cuánto habrá pasado, pero de pronto era como si yo estuviera subido a la copa de un árbol en aquella calle. Veía mi cuerpo tendido en la tierra. Un par de policías estaban inclinados sobre él y uno le decía al otro: «Este tipo ya no volverá a hacer cosas como ésta». Pero yo nunca me había sentido mejor en mi vida. Enseguida sentí que atravesaba un túnel para encontrarme con la luz más brillante que usted pueda imaginar. Sentí que me invadía un amor muy grande, que no puedo describir. Yo no iba casi nunca a la iglesia ni ninguna de esas cosas, pero allí me rodeaba algo superior... Y apareció mi hermano menor, que había muerto en Vietnam, y me dijo que yo tenía que regresar y terminar mi vida porque aún no era mi tiempo... Ahora ya no tengo miedo a morir pero me importa mucho igualmente estar vivo... Yo entendí, ahora, que es muy importante ser buena persona con los demás, preocuparse por ellos. No andar peleándose tanto, ¿sabe usted?, y preocuparse cuando el problema es realmente grande...

¿No les suenan conocidos a ustedes estos testimonios? Por supuesto, ya que tienen muchos puntos en común con los recibidos aquí, a once mil kilómetros de distancia del lugar donde se originaron éstos. Este tipo de coincidencia de sentimientos y de sensaciones es uno de los puntos más importantes en los que se apoya la idea de la vida después de la vida. En lo que hace a estilos de vida, tipos de cultura, tradiciones o simplemente costumbres, ¿qué tienen que ver Joe, Mary o Willy con nuestros Fernando González, Teodora, Osvaldo Blassetti, Guillermo Villegas o yo mismo? Absolutamente nada. Ni hablamos el mismo idioma ni estamos rodeados de las mismas cosas ni pensamos igual ni obramos de la misma manera. Sin embargo, hemos sentido lo mismo ante el mismo estímulo (si es que se lo puede llamar así): la muerte. Aunque haya sido breve fue una muerte. Aunque se la ablande un poco desde el punto de vista médico y se la mencione piadosamente como «muerte clínica», fue muerte. ¿Quién y cómo puede negar que aquellos que no volvieron gozan de ese estado maravilloso en este mismo momento? ¿Quién, cómo y por qué puede alguien negar esa Esperanza que está afirmada de manera permanente por más y más personas?

De la misma manera en que el año pasado mis amigos los doctores Luis de la Fuente y Jorge Wisner me contaban, con respecto a su especialidad, que «no hay dos enfermos cardíacos exactamente iguales», uno de los textos del doctor Ring aplica los mismos parámetros para su tema: «No hay dos *Near Death Experience* exactamente iguales». Pero hay puntos en común que las identifican muy claramente. La clasificación de la IANDS para comprobar que se pasó realmente por una NDE incluye nueve puntos. Uno o más de estos puntos delatan una Gran Experiencia. No se sabe con certeza por qué algunos sienten uno o dos de esos estados y otros sienten más. Éstos son:

1.— Sentir que uno abandona su cuerpo. En casos, «ver» al propio cuerpo y a las personas que lo rodean. A veces llegar a ver lo que hacen quienes rodean al cuerpo físico

e, incluso, sentir lo que esas personas están pensando.

2.— Atravesar un espacio muy oscuro o una especie de túnel.

3.— Encontrarse frente a una luz radiante, usualmente descrita como blanca o dorada y siempre definida como «emanadora de una gran sensación de amor y de paz».

4.— Sentir que es una sola cosa uno y el universo. Comprender todo.

5.— Encontrarse con alguien, en la mayoría de los casos con familiares o amigos muertos.

6.— «Ver» fragmentos de la propia vida que pasan como una película, a una asombrosa velocidad, pero nítidamente.

7.— Encontrarse ante un límite de algún tipo (una valla, un río) y saber que, al traspasarlo, ya no hay regreso.

8.— En raras ocasiones, «entrar» en un paisaje o una ciudad desconocida y habitualmente muy iluminada.

9.— Sentir el regreso al cuerpo.

En mi caso específico experimenté cinco de esas sensaciones (las número 2, 3, 4, 5 y 9) y hay quienes pasaron por todas o casi todas. Pero con solamente una es suficiente para determinar una NDE. El informe continúa diciendo:

Sin excepción, todos dicen que no hay palabras para describir con exactitud total lo que sintieron. Muchos han dicho que es «como volver a casa». Absolutamente todos señalan la idea de una paz completa, y luego denotan ciertos cambios en su vida que los acercan a las demás personas. Todos ven enormemente disminuido su miedo a la muerte.

Luego, la investigación de la IANDS desgana algunas preguntas que la gente se hace habitualmente y sus respuestas.

¿CUÁNTA GENTE HA TENIDO ESTE TIPO DE EXPERIENCIAS? (En EE.UU.)

De acuerdo con una encuesta realizada por Gallup en los Estados Unidos en 1982, ocho millones de personas han tenido una NDE. En la actualidad esa cifra debe ser seguramente mayor, aun cuando muchas personas no las han relatado oficialmente. Hay quienes pasan por el estado de muerte clínica y no recuerdan luego una NDE.

¿POR QUÉ ALGUNOS LA SIENTEN Y OTROS NO?

Simplemente se ignora. No se sabe por qué. Si bien hay teorías al respecto, no hay ninguna que se pueda confirmar como válida.

¿LES OCURRE ESTE TIPO DE EXPERIENCIAS SOLAMENTE A PERSONAS QUE SON RELIGIOSAS O SIMPLEMENTE BUENAS?

Habitualmente pasan por esta experiencia todo tipo de personas, ni mejores ni peores que el común de la gente. Si bien es más común en gente con creencias religiosas de algún tipo, la espiritualidad más fuerte se da después de una NDE y no antes.

¿QUÉ ES LO QUE CAUSA UNA NDE?

No se sabe.

¿UN ESTADO SEMEJANTE NO ES ALGO CERCANO A LA LOCURA?

Cuando no podemos explicar algo solemos decir «eso es una locura», o «debo estar perdiendo la cabeza». La NDE es una experiencia que no puede, aún, ser explicada científicamente. Le ocurre a gente mentalmente sana y que pertenece a diferentes razas, religiones, culturas y edades, inclusive a niños muy pequeños.

¿QUÉ SIENTE UNA PERSONA DESPUÉS DE HABER PASADO POR ESO?

Generalmente tienen una mezcla de sentimientos. Muchos, en un primer momento, lamentan haber vuelto a su cuerpo, que implica dolores y sufrimientos tanto físicos como psíquicos. También lamentan «haber perdido la Luz». Algunos temen haber perdido la cordura ya que han sentido cosas que creían imposibles de sentir; esto va cambiando en la medida en que comprueban que son muchos los casos como el suyo. Otros temen contar su experiencia porque suponen que no los tomarán en serio. Todos conservan un sentimiento de amor mucho más grande que el que solían tener en sus vidas antes de la experiencia.

¿EN QUÉ CAMBIAN ESAS PERSONAS?

Todas cambian en algo pero la mayoría ni siquiera sabe ni le importa demasiado explicarse en qué. Básicamente se los nota más interesados en servir y ayudar a los demás. Toman una mayor seguridad en sí mismos y adquieren una confianza en aquello que los rodea que a menudo antes no existía, por lo menos en ese grado. Un paciente definió en una ocasión lo que hemos advertido que sienten todos después de la experiencia: «Yo antes tenía un concepto del destino del hombre. Ahora *lo sé*».

El último libro del doctor Kenneth Ring se llamaría en español algo así como *Avanzando hacia Omega*, y no está aún traducido a nuestro idioma. Es muy extenso y detallado, y no habla solamente de las NDE sino que apunta muy especialmente a un movimiento mundial que va en aumento y en el que las experiencias de este tipo son nada más que una parte del todo. Dice en un párrafo del prólogo:

...Yo creo que la humanidad en general está luchando conjuntamente para lograr un despertar hacia una conciencia nueva y más elevada, que muchos ya han denominado *conciencia planetaria*...

...A mi juicio esta transformación evolutiva ya se está viendo y es probable que se acelere y se propague. Mi tesis es que nosotros somos testigos de esta importante metamorfosis de la raza humana hacia una evolución y que muchos de los que pasaron por una NDE, como aquellos que han experimentado similares despertares, están al frente de esta ola evolutiva que será muy positiva para el mundo...

...Esta nueva forma de conciencia ya es evidente entre nosotros. Es comparable con el Renacimiento italiano del siglo XV. Es posible desde todo punto de vista que en toda la confusión, miedo y jaleo de esta vida moderna haya ya un suave coro que anuncie un nuevo amanecer para la raza humana y que nos llame a todos a participar de este despertar...

...A pesar de la sabiduría y amor que muchos NDE demuestran y a pesar de que posiblemente sean los precursores de la evolución psicoespiritual de la humanidad, quiero establecer que no son una clase especial de personas...

...Todos estamos hechos de la luz que los NDE han visto y experimentado y, a pesar de que ellos puedan iluminarnos el camino, queda en cada uno encontrar y seguir ese camino por nosotros mismos...

...Los que han pasado por una NDE han sentido un despertar de su propia sensibilidad espiritual por la cual pueden percibir a Dios como una potente fuerza siempre presente e innegable... Todos, alguna vez, vamos a sentir eso mismo...

El doctor Kenneth Ring llama *un despertar* a la entrada a la muerte. La doctora Elizabeth Kübler-Ross dice que la muerte es *un amanecer*. El doctor Raymond Moody define a los umbrales de la Otra Vida como *una experiencia de luz*. ¿No es deliciosamente asombrosa la coincidencia de las tres máximas figuras mundiales en el estudio de la vida después de la vida? ¿O es que también vamos a decir que es «una casualidad»?

Los norteamericanos están llamando *New Age* (algo así como Nueva Era) a esta suerte de movimiento mundial en el cual se da una toma de conciencia más espiritual del hombre sobre sí mismo. Se abren las mentes. Es casi imprescindible y completamente natural que eso ocurra cuando más lo estamos necesitando. En un mundo donde nacen tres bebés cada segundo y donde nos negamos cada vez más a la mentira, es razonable que estemos volviendo a las fuentes: la Fe, la Esperanza y el Amor.

Si no ejercitamos esos valores nos quedaría una sola y única alternativa: la nada. Y la

nada no existe mientras ustedes, de ese lado del libro, y yo, desde aquí adentro, sigamos luchando por el Todo.

Y el Todo incluye la maravilla de vivir y la de morir, ese amanecer, ese despertar, esa Luz, ese principio.

Ernesto Sabato

Por favor, beban cada palabra.

—¿Cómo está, don Ernesto?

—Digamos que bien..., ¿cómo está usted? Me enteré que pasó por una situación grave...

—Sí, pero más que grave fue hermosa...

—Sí, sí, pero cuando digo grave me refiero a importante. Grave es todo aquello que vale la pena, que pesa, que importa. Hay una literatura grave, también. Y no es precisamente la que está enferma.

Dos minutos de charla telefónica con Ernesto Sabato e inexorablemente empezaba a aprender. Con él la cosa es así, afortunadamente para el que lo escucha. Me habían contado que durante una conferencia, hace algunos años, explicó por qué tomó la decisión de abandonar para siempre su doctorado en Física: dijo que se había alejado de las ciencias porque las ciencias no tenían alma, y a él no le gustaban las cosas sin alma. Ese recuerdo fue el disparador de este llamado. Se interesó profundamente en mi experiencia y, con una andanada de saber, arremetió contra los positivistas y el racionalismo científico. No puedo transmitir el placer que me causaba escuchar a Sabato, uno de los mayores cerebros del siglo, defendiendo esa posición. Era como salir a la cancha a jugar un partido de fútbol y que, en ese preciso momento, alguien me dijera: «Ah, che... me olvidaba: en el equipo nuestro juega Maradona...»

—Hay algunos que no quieren aceptar ciertos hechos asombrosos sólo porque no los pueden comprobar de manera científica... Lo que yo no entiendo, don Ernesto, es que entre ellos parece haber gente inteligente.

—Precisamente por eso, Víctor. Porque son *nada más* que inteligentes...

En su estupendo libro *Hombres y engranajes*, escrito en 1951 y reeditado con sus *Obras Completas* hace apenas unos pocos meses, Sabato se enfrenta, con su mejor estilo demoledor, a la exageración de lo científico en desmedro de otros valores muy profundos y —como él diría— mucho más graves por lo importantes. Dice, por ejemplo:

«A lo largo de los siglos XVIII y XIX se propagó, finalmente, una verdadera superstición de la ciencia, lo que equivale a decir que se desencadenó la superstición de que no se debe ser supersticioso. Era inevitable: la ciencia se había convertido en una nueva magia y el hombre de la calle creía tanto más en ella cuanto menos iba comprendiéndola».

Como toda la obra del maestro, este volumen es absolutamente imprescindible. Aunque severo y «enojado», como fueron siempre su estilo y su propia vida, el pensamiento de Sabato es una brisa que sopla las heridas del hombre que sigue preguntándose cosas sobre sí mismo. Luego de recibirse de doctor en Física y de trabajar en lugares como el Laboratorio Curie decidió, en 1945, abandonar ese rigor que le daba tan sólo pequeñas respuestas. Supongo ahora que debía sentirse como el capitán de un barco que se está hundiendo sin remedio y al que, en pleno caos, un cocinero —la ciencia a ultranza— le hace llegar el problema de una invasión de cucarachas en su cocina y la idea que se le ocurre para eliminarlas. ¿A quién puede importarle que hay una solución para las cucarachas de la cocina del barco cuando el verdadero problema es que la nave está naufragando? Gozamos todos de la gran fortuna de su rebeldía, de patear el tablero, de meterse a abrir mentes, de abdicar de su excelente carrera como físico, de sumergirse a pensar y escribir en su casa —que es más un hogar que una casa— de la localidad de Santos Lugares.

Allí estamos ahora, el día de la entrevista. Matilde, su esposa desde hace ya cincuenta y siete años, me honra acompañándonos en la charla. La Matilde de siempre, cargada de comprensión y de ternura, pero también de un motor feroz que ayudó en mucho a que Sabato fuera Sabato. Ese día, 2 de agosto de 1991, Matilde sigue enferma como hace más de cinco años y la emprende con su habitual coraje, aunque con impotente tristeza, contra la hemiplejía que la atacó hace apenas seis meses. Cuando ríe suenan campanitas juveniles en alguna parte; cuando llora atardece, aunque sean ahora las diez de una mañana fría pero asoleada. Estamos los tres solos en un living pulcro y acogedor. Cada media hora el reloj de pie trae un irreversible aviso del paso del tiempo, de nuestro tiempo. Cada vez que suena no puedo evitar pensar que los tres estamos más cerca del momento de la última despedida en este planeta. Pero no se pongan piadosos ni sientan pena por nuestras enfermedades o nuestras edades ya que también ustedes —no importa lo jóvenes o sanos que sean— lo están en cada retumbar melodioso del gong del reloj. No hay que olvidar que, en ese caso, nos estamos acercando al Principio y no a un torpe final. De eso se trata. Y comienza la magia.

—Matilde es psíquica —descarga Sabato—. A menudo ha sentido cosas que no son demasiado comunes... ¿Te acordás de Filadelfia, o de cuando yo estuve en peligro de muerte en Colombia?

—Sí, claro... Hace muchos años yo estaba en Filadelfia y Ernesto en París. Habíamos tenido una peleíta y yo me sentía deprimida por eso... Estaba en un museo de la ciudad y llegué hasta un lugar donde había una imagen de un Cristo que parecía avanzar hacia el que miraba esa obra, algo hermoso. Me quedé mirándolo y pensando en Ernesto y en esa peleíta... De repente sentí que el Cristo me decía que me quedara tranquila, que todo se iba a arreglar, que lo de Ernesto y yo era único y que...

La emoción del recuerdo le muerde la garganta a Matilde. Lloro de la manera más bella, por amor. Ella misma se recompone.

—Fue muy hermoso. Y aquellas palabras eran muy ciertas. Lo nuestro siempre fue muy especial, único. Ernesto me llamó ese mismo día y todo volvió a ser como antes. Yo nunca cambié mi actitud con él...

—Son cincuenta y siete años de estar juntos. Desde los diecisiete de ella...

—Me parece hermoso el recuerdo, Matilde. Y además soy de los que piensan que es hasta imprescindible tener peleítas porque, sencillamente, somos personas. Esas cosas nos mantienen vivos y después más unidos que antes.

—Y porque, además, así se aprecia cuando las cosas están bien. Es aquello de que la luz necesita de la oscuridad.

—Exacto. Yo desconfío mucho de aquellas personas que dicen no tener ni un sí ni un no. Creo que mienten o no están vibrando con sus vidas. (Matilde rio ahora. Suenan las campanitas. Sabato clarifica.)

—Ahí lo menos que hay es indiferencia... Fíjese que la Iglesia, con su sabiduría milenaria, no teme a los violentos o a otro tipo de enemigos. Teme a los indiferentes.

—¿Y lo de Colombia?

—Se lo digo en resumen —cuenta el maestro—. Yo tenía que presidir un congreso de teatro en Manizales. Ya en la avioneta estuvimos en peligro de muerte. Pero al volver a Bogotá tuve una intoxicación con mariscos...

—Yo no sabía nada —recuerda Matilde.

—...la cosa se iba agravando por la desorganización que hay en algunos lugares hasta que por fin el médico llegó como a las doce. Enseguida me colocaron en una camilla y me pusieron suero. Yo tenía apenas cuatro de presión después de varias horas de una descompostura espantosa. Me atendieron y fueron recuperándome. Cuando todo había pasado, el médico, un hombre joven, un buen muchacho, me dijo: «Maestro (como dicen allí), usted se salvó de milagro». Y esa noche, en el momento de máximo peligro para mí, Matilde se despertó gritando aquí en Buenos Aires...

—Nunca me había pasado. Fue tal la sensación, me sentí tan mal sin saber por qué razón, que llamé a mi hijo Jorge para que viniera... Y no sabía lo que estaba ocurriendo ni por qué me sentía tan desesperada. Recién lo supe después, cuando había pasado todo...

—Bueno, Matilde, basta de llorar. A ver, Víctor, póngase acá y esta mesita aquí para

que pueda apoyar el grabador, ¿ahí agarra bien?

Nos ubicamos. Los tres muy juntos, muy cerca. Ninguno de los dos podía imaginar cuánto más cerca aún me sentía yo de ellos después de aquellos relatos, que no eran otra cosa que historias de amor. El maestro no es precisamente un suave, un tibio. Suele ser, de puro apasionado y sabio, un decidido cascarrabias, para decirlo con todo respeto pero de una sola vez. Si leo nuevamente la calificación tal vez no me atreva a dejarla y la borre, así que no la leeré. Es eso, pero para todo aquel que se tome el trabajo de observarlo y el placer de comprenderlo, salta a la mente que es un barril de ternura. Quizás sus malos humores repentinos no sean otra cosa que el antídoto que él mismo aplica a esa ternura, enorme y definitiva.

—Bueh, dele nomás —me dijo.

—Sí... Todo esto, ya lo sabe, nace de lo que me pasó a mí y de lo que empecé a investigar desde entonces... Pero hay algo que quiero decirle, don Ernesto. En estos últimos días, y especialmente anoche, yo pensaba que con usted me pasa algo muy especial. Por mi trabajo estoy habituado a conversar con presidentes, altas autoridades, famosísimas superestrellas internacionales, todo ese tipo de gente. Y para mí se transformó hace mucho en la cosa más normal del mundo. Sin embargo, cada vez que tengo que hablar con usted estoy... nervioso...

—Bueno, bueno...

—No. Es que me pregunté por qué. Y llegué a la conclusión de que se debe a que siento que estoy frente al poder. El único poder real, el de verdad, es el suyo. El poder del conocimiento. Los otros no existen...

—Aclaremos lo de conocimiento. La gente, habitualmente en nuestra cultura occidental, cuando habla de conocimiento se refiere a la inteligencia, al intelecto. Ése es un gravísimo error. El conocimiento es mucho más vasto que eso... El conocimiento intelectual sirve, por ejemplo, para las matemáticas. El conocimiento más vasto y más profundo es el que proviene del inconsciente. Aparte de ser el reino de los sentimientos, las emociones, las intuiciones, es siempre verdadero. De un sueño se puede decir cualquier cosa menos que sea una mentira. Es la verdad por excelencia. Nos mentimos todo el tiempo, pero con el inconsciente no se puede mentir... El arte, si es un arte profundo, y no el otro que es secundario para pasar el rato y cosas por el estilo, el arte profundo le digo —que es el más importante— es el arte que proviene del inconsciente. Y además es, generalmente, un arte trágico...

—¿Por qué?

—Es un arte trágico porque los grandes problemas últimos de la condición humana tienen que ver con el bien y el mal, la muerte, el problema de la existencia o inexistencia de Dios... Uno se pregunta constantemente cómo puede ser que un chiquito muera de hambre si hay un Dios así y así... Todos esos problemas son los que tratan los grandes escritores. Lo demás se lo lleva el vientito de la historia. Y ese conocimiento profundo proviene del inconsciente y se revela a través de los grandes escritores en las páginas que verdaderamente son, como se decía antes, «inspiradas»... La inspiración, ya lo sabían los griegos, es como si los dioses o Dios transmitieran al escritor, que es una especie de

médium, lo que tiene que decir... A menudo me han preguntado qué quise decir con el *Informe sobre ciegos*. Yo no lo sé. Yo sé lo que está escrito. Se han hecho hasta libros sobre el tema. Todo eso que ve en aquel sector de la biblioteca son exégesis sobre mi obra... Las pinturas que estoy haciendo ahora, desde que quedé mal de la vista (aunque parezca una broma), son totalmente sobrenaturalistas. No tienen título. Ninguna de ellas tiene título porque no sé qué significan. Antes empecé con algunos retratos expresionistas, pero después fui derivando hacia esto. Las exposiciones de Madrid y de París, en un par de meses, son solamente con estos cuadros. Cuando usted los vea se va a preguntar: «¿Qué quiso decir?» Yo no lo sé... Pero se siente que es una verdad, yo siento que es una verdad profunda... Por eso le quería aclarar lo del conocimiento. Generalmente en esta época de racionalismo, del llamado «progreso» alentado por el conocimiento de la ciencia y por los resultados espectaculares de la técnica, se cree que conocimiento es eso. Cuando en realidad un tipo puede saber muy bien qué es un logaritmo pero puede ser un tipo casi ciego, metafóricamente hablando, para los grandes problemas existenciales, que vienen —como le digo— no a través de la lógica ni a través del conocimiento científico, sino que vienen a través de mensajes... Por eso en esta civilización lo único verdaderamente profundo y valedero y lo que va a salvar a la humanidad es el arte de los grandes artistas, que son siempre los grandes mensajes de las más hondas regiones del alma... Yo quería aclarar esto porque, si no, podemos caer en el terreno estúpido cuyo paradigma es el caso de los médicos, con algunas salvedades. El médico que no es solamente ignorante (hablo de la medicina occidental) sino que además es presuntuoso, desestima todas las formas de la medicina que no tienen nada que ver con lo que aprendió en la facultad... Por algo empiezan con la anatomía, como si el hombre fuera nada más que huesos, músculos y etcétera... Siempre he dicho que en la facultad tendrían que enseñar antropología en el primer año, y un curso de introducción a la filosofía, y después veremos... Y además historia. Historia de lo que pensó la humanidad en otros tiempos y en otras partes. Historia que a menudo es más sabia (en el sentido de «sabiduría» y no de ciencia, de sabiduría sobre la vida y la muerte que han tenido todas las grandes culturas)... Ésta es una época de desastre total que va a culminar con la explosión, que puede no ser atómica pero será, seguramente, una explosión espiritual. Ya va a ver la ola de suicidios en Japón. El famoso «milagro japonés» que ha tirado por la borda todas las viejas culturas que tenían para empezar a fabricar nada más que transistores... Estados Unidos, el más desarrollado país del mundo, tiene doscientos cincuenta millones de habitantes. El ochenta por ciento de la droga —cifras actuales— se consume en Estados Unidos. Eso es lo que han logrado con el hiperdesarrollo. Felizmente nosotros hemos perdido el tren del hiperdesarrollo. *Seremos la reserva de valores humanos para la sociedad futura*, si es que antes no nos liquida otro «milagro de la ciencia», que es la bomba atómica... Creo que con esto queda en claro lo de «conocimiento»...

—Sí, desde ya. Yo me refería al conocimiento más poderoso, más profundo. El otro es «apenas» conocimiento...

—Ese «apenas» es lo que corresponde...

—¿Sabe, don Ernesto? El conocimiento verdadero, el profundo, es una de las necesidades imperiosas que siente al volver a la vida todo el que pasó por una muerte clínica y vivió la Gran Experiencia. Y no le hablo solamente de mi caso y del centenar de testimonios que aquí he recibido. La empresa Gallup hizo una encuesta en 1982 en la cual, nada más que en los Estados Unidos, se descubrió que existían ocho millones de personas que habían sentido lo maravilloso e inexplicable... Los norteamericanos estudian este fenómeno muy seriamente, y les importa. Además, allá son mucho más sueltos para contarlo; es como si le tuvieran menos miedo al ridículo o al qué dirán...

—Es cierto. El norteamericano tiene eso. Además de defectos tienen algunas virtudes, y entre las virtudes hay cierto candor, en general, que nosotros no tenemos... Están más abiertos —hablo en general, le repito—, están más... hasta es conmovedor en algunos casos la forma en que dicen cosas que aquí la gente no diría por temor al ridículo...

El siguiente tramo de la charla fue un relato mío de lo que sentí durante la Gran Experiencia, y la coincidencia de puntos con gente de diferentes países, culturas, razas, credos y maneras de ser o de pensar. Lo obvio ahora porque esto está muy explicado en este librito y en el anterior, *Más allá de la vida*. Pero es de lectura e interpretación imprescindible la pregunta que, de pronto, me lanzó el maestro. Hay tanto detrás de esa hermosa pregunta. Tanto.

—Dígame... En esas visiones que se han reiterado en tanta gente..., ¿alguien ha hablado de encuentros con otros, allí, en ese reino? ¿Le hablaron de encuentros con alguien a quien uno quiere?

—Muchos. La mayoría.

—¿Sí?... Por ejemplo... Esto me interesa mucho... La gran tragedia de los mortales es la idea de separarse, de no volver a verse nunca más...

—Seguro. El gran problema de la muerte son los que quedan, no los que «se van». El que se va está llegando a un lugar espléndido, pero el que queda siente la gran ausencia, la enormísima ausencia del que tanto amó...

—Sí. Y es un horror.

Les conté aquí algunas de las muchísimas experiencias en las cuales eran precisamente los seres queridos ya muertos los que recibían al que ingresaba en el terreno del misterio mayor, merced a una muerte clínica. Incluí mi propia experiencia y las voces cariñosas de bienvenida. Al final del relato, que Sabato escuchó con atención, el maestro siguió:

—Hay muchas metáforas respecto de este tema que han utilizado diversas religiones, en particular el cristianismo y el catolicismo, para hacer comprensible al común de la gente ciertas cosas que son profundamente enigmáticas y casi inexpresables. Lamentablemente los testimonios —en los que yo creo, desde luego— son de la gente que volvió. Los demás no sabremos nunca, hasta que nos llegue ese momento, qué es lo que viene después. Cuando lo sepamos no lo podremos transmitir... Pero de eso que nos espera yo estoy seguro. Esa experiencia ha sido reiterada por gente simple y también por gente muy importante...

—Jung, por ejemplo. El hombre que descubrió el inconsciente colectivo, atravesó una experiencia de este tipo durante una muerte clínica que sufrió en 1944... Él mismo se

encargó de poner en claro que aquello nada tenía que ver con el inconsciente colectivo, que era una experiencia completamente individual...

—Claro, claro, claro. Y Jung. Nada menos que Jung. La palabra de Jung...

Matilde, la dulce, que venía hasta entonces escuchando atentamente, en este punto preguntó:

—¿Esto a usted le ha cambiado la vida de alguna manera?

—Sí, sin dudas. No me cambió ciertas facetas de mi carácter, pero sí me cambió la vida en el hecho de ver más chiquititas un montón de cosas por las que antes me preocupaba mucho...

—Y en no darle más importancia al problema de la muerte —intervino Sabato—, que es un problema que nos angustia a todos. Y muchas veces nos angustia no a uno personalmente. A mí me angustia la muerte de las personas que uno quiere.

—Exacto. En este libro yo aclaro que no le tengo miedo a MI muerte, que es otra cosa...

—¡Claro! Por ejemplo yo no le tengo miedo a mi muerte. Yo lo he verificado. Estuve tres veces en mi vida en peligro inminente de muerte y yo me di cuenta de que tenía una gran tranquilidad pero me dolía por lo que iba a sufrir la gente que uno quiere, la gente de la familia y amigos... Para mí la tristeza es la posibilidad de que alguien a quien yo quiero mucho se muera... Insisto: a mí me entristece la idea de morir y hacer sufrir a los que quiero. Mucho más teniendo en cuenta que, a lo mejor, no tiene sentido que sufran. Por eso pienso que este tipo de experiencias, en las que yo creo, tienen que ayudar a tomar la muerte de alguien que uno quiere con tranquilidad, con serenidad, pensando que está mejor... Fíjese: hay frases populares de todas las religiones pero, en particular dentro del mundo más o menos católico en que vivimos, que dicen: «Bueno, Dios lo quiso así y ahora el nene ya no sufre...» Frase muy típica, muy reiterada y muy real... Cuando se muere un chiquito de hambre, por ejemplo, es un horror..., ¿y qué sabemos si en ese caso no es para bien?... Cuando se murió Ernestito, mi hermano anterior... Se murió a los dos años y yo nací enseguida, por eso me pusieron el mismo nombre... Cuando murió Ernestito mamá lloraba. Y lloraba apaciblemente, vos la has visto, Matilde, hasta los noventa años, recordando a Ernestito. Pero siempre la gente de campo ha dicho: «Así lo ha querido Dios y ahora ha dejado de sufrir». Esa frase viene de muy lejos y revela una sabiduría arcaica, misteriosa. Es frase de pueblo, no de intelectuales que pretenden saber cosas. Cuánta gente uno ve en las familias más humildes, en el campo o en las villas miseria que pasado el primer momento de dolor dicen: «Y bueno, quizás ha sido mejor». Y otros dicen directamente: «Ahora ha dejado de sufrir y está bien». Ésta es una experiencia milenaria. Estas frases vienen de milenios, siempre. También hay que atender..., no también, sobre todo hay que atender a estos lugares comunes...

—¿No ocurre, don Ernesto, que nosotros estamos demasiado cargados de tragedia ante la muerte por la enorme influencia de culturas como la de los italianos o los españoles? Hay infinidad de grupos humanos que por supuesto sufren de la misma manera la muerte de un ser querido, pero lo despiden con menos dramatismo... Los negros que acompañan el cortejo haciendo música de jazz, por ejemplo. Y tantos otros...

—Es que ellos tienen viejas sabidurías que nosotros hemos perdido. Fíjese, por ejemplo, que la muerte de un chiquito en el campo, lo que se llamaba «el velorio del angelito», era una fiesta. Aquí mismo, en la Argentina...

—No lo sabía.

—¡Pero cómo! El velorio del angelito. Era una fiesta. El pobre angelito se había salvado, por decirlo así, de todos los males de la tierra, de lo que iba a sufrir un día. Se celebraba. Es una cosa que todavía, en algunos rincones del interior, subsiste...

—¿En algún otro país también? —le pregunta Matilde.

—En todos los países debe ser así. Esas cosas no son particulares. Esas viejas ideas son universales. A veces con otro lenguaje, a veces con otra cosa... Pero estoy seguro de que esa especie de sabiduría arcaica, que está unida siempre a visiones, a otros medios de conocimiento que nosotros hemos ido perdiendo con la «civilización racional», eso es universal. Siempre... El hombre llamado «primitivo» estaba en contacto más directo, por decirlo así, con la divinidad. Con un mundo que no es éste. Tenían una visión que nosotros hemos perdido, así como los animales conservan instintos infinitamente más finos que los nuestros, o los chiquitos... Entonces ese pensamiento, que para diferenciarlo del pensamiento lógico hay que llamarlo pensamiento mágico, siempre afirma lo mismo en Laponia o en el Congo, en el Extremo Oriente o en los indios de la América latina. Quiere decir que este conocimiento que se repite viene de algo, algo que habría que poner con «A» mayúscula o por lo menos entre comillas. Y no es el conocimiento racional o científico, no se puede hablar de ciencia ahí. Son visiones. Visiones de otro mundo, superior al nuestro. Entonces hay que atender con mucho cuidado y con mucho respeto a esas viejas culturas. Es importante que si usted va a seguir reflexionando sobre esta experiencia que tuvo la suerte de transitar, vaya afirmando este tipo de cosas con el estudio de los grandes hombres que se han dedicado a fenómenos de esa naturaleza. Por ejemplo, a la simultaneidad y coincidencia de culturas totalmente alejadas que repiten siempre lo mismo. Es un misterio. Especialmente es un misterio para la gente científicista... Eso quiere decir que todos tienen en común una forma de conocimiento similar. Porque la condición humana es la misma en cualquier parte del mundo.

—Hay algo, don Ernesto, que está ocurriendo en el mundo entero y que tiene que ver con todo lo que usted me cuenta. Una suerte de movimiento universal que hace que el racionalismo científico y el positivismo estén muriendo, aplastados por este sentir nuevo que parece crecer desde hace unos pocos años...

—Sí. Pero hay una pequeña equivocación en lo que usted dice. No es en los últimos tiempos. En los últimos tiempos se están actualizando cosas que dijeron los antiguos... El racionalismo científico aparece con fuerza en el siglo XVII, transformando en descartable todo aquello que no podía ser demostrado con la razón. Gran error. Pero luego irían apareciendo otros movimientos que demostraban ese error... Mire: yo escribí en 1951 un libro que se llama *Hombres y engranajes*. Sufrí tanto vapuleo de los científicistas y positivistas que durante diez años, hasta el 61, me encerré y no quise publicar un libro...

—¿A raíz de aquellos vapuleos nace ese «bache» de diez años en su literatura? ¿Tanto

pegaron?

—¡Oh, usted no tiene idea de lo que he sufrido! Me mortificaban esos papanatas, algunos de los cuales sólo me miraron diferente cuando el libro fue un éxito muy grande traducido al francés. Se enteraron de lo que pensaban en el extranjero de este aborígen y allí cambiaron, demostrando otra vez que eran unos papanatas...

—Lo que yo no me explico es por qué hay tantos papanatas...

—Siempre lo que abunda son los papanatas. Lo que es peor: los papanatas presuntuosos, que creen que saben. Venían a mí a criticarme cuando yo no solamente había hecho el doctorado en Físico-Matemática sino que había sido el mejor alumno. Tanto que me becaron para ir al Instituto Curie. Allí estaba yo cuando se produce el fenómeno de la fusión del átomo nuclear, el primer paso hacia la bomba atómica. Fue cuando decidí abandonar todo eso y nos fuimos con Matilde a vivir en un rancho — rancho, rancho— cercano a Carlos Paz, que era un pueblito en esa época, hace... unos cincuenta años.

—¿Sabés de qué me estoy acordando? —dice Matilde con la cara y los ojos llenos de sonrisas—, del dormitorio chiquito que teníamos allí...

—Fue una época lindísima, sí... El rancho quedaba a una legua de Carlos Paz y ella iba dos o tres veces por semana a buscar las cosas al pueblo. A pata, claro... Ahí escribí mi primer libro...

—*Uno y el universo*.

—Eso es. *Uno y el universo*, que es una despedida de la ciencia. Lo que aparecía después en *Hombres y engranajes* lo dijo una persona que enseñó relatividad, y pobres diablos, médicos o farmacéuticos se reían. Cuando ellos de la ciencia sabían más o menos la millonésima parte de lo que yo sabía. Yo no solamente había enseñado relatividad. Había estudiado la historia de la ciencia y la epistemología, es decir, el análisis de la ciencia. Es decir que son, además de ignorantes, presuntuosos. Usted va a ver siempre que el que más sabe es el más cauteloso, el más prudente, el menos arrogante...

—Yo recuerdo que en esa época nos bañábamos en el río —suma con enorme dulzura Matilde, el rostro iluminado y fresco por la memoria—. Era una vida simple. Muy linda...

—Un año entero estuvimos ahí. Me acuerdo del invierno: catorce grados bajo cero... Pero volviendo al tema: yo conozco la ciencia. No es que hablo por ignorante, porque me aplazaron en matemática, no, no. Yo la conozco en serio.

—¿Y cuál es la falla de la ciencia? O la de algunos científicos...

—La ciencia es un conocimiento objetivo del mundo de las cosas.

—¿Por qué la ciencia parece llevarse mal con Dios?

—Bueno, usted me obliga a decir cosas que yo las he escrito largamente.

Fundamentalmente la ciencia se basó en el pensamiento puramente intelectual, racional, y en ciertas experiencias de objetos, como la caída de una piedra o de un proyectil, que al lado del alma humana son como comparar lo que sabe un chico de aritmética con Einstein. *Es fácil hacer una ciencia de la física, pero es muy difícil hacer una ciencia del Hombre*. La ciencia occidental ha sido hecha en esas condiciones: con toda la

estrechez de ignorar el otro pensamiento, no el lógico, sino el pensamiento mágico, llamado mágico en el buen sentido de la palabra. Y en Occidente empezó la gran reacción en el siglo pasado, sobre todo en Alemania, con la filosofía romántica. Había antecedentes. San Agustín, por ejemplo, en las *Confesiones* dice que el problema de Dios está fuera del alcance de la razón. Con la razón se puede demostrar la existencia de Dios o demostrar la inexistencia de Dios. Es decir que no sirve para nada. Ya desde los griegos había reacciones en contra del pensamiento lógico, pero esta civilización se hizo sobre su base. No sólo se desconoció al que no pensaba igual sino que se mofaron de él. Esto es lo grave.

—¿Eso lo alejó a usted por diez años de su obra?

—Ahora me llenan de honores, pero en 1951 salieron dos ediciones de *Hombres y engranajes* porque se vendía muy bien, y a pesar de eso yo prohibí la reedición del libro y me recluí acá durante ¡diez años!, por los ataques que recibí entonces de los positivistas... Recién en el año 61 volví a publicar otro libro: *Sobre héroes y tumbas*. Usted tiene que apoyarse en todos los grandes hombres que abordaron el tema que tanto le interesa porque esos hombres serán su apoyo... Cuando yo era estudiante, en La Plata, íbamos a un restaurante infame que se llamaba «Teutonia». Un viejo restaurante alemán, pero venido a menos. Cuando llovía se tiraba aserrín en el piso porque entraba la gente con los zapatos embarrados... Un día ocurrió un espectáculo maravilloso. Había un tipo muy discudidor. Un tipo bastante bajito. En un momento dado empezó a discutir con otro que había en otra mesa. La cosa empezó a subir de tono, como se dice, hasta que el clima se puso violento. Muy especialmente violento por parte del otro, que ya se levantaba para ir a trompear al bajito. Pero el bajito ni se inmutó. Le dijo, tranquilamente: «Señor... le advierto que discutir discute conmigo, pero si se trata de pelear va a pelear con él» y señaló a su amigo, un gigante que seguía comiendo chucrut y con el que nadie hubiera querido meterse... Tenga presente esto como una enseñanza. Respáldese en los gigantes. Usted discuta sobre el tema pero lea todo lo que pueda para que, si hay que pelearse, que los que están enfrentándolo sepan que tendrán que pelear con Schopenhauer, con Pascal, con Kierkegaard, con San Agustín...

—Con Sabato...

—Sí, puede mencionar a personas que hayan abordado este problema y poner a algún aborigen como Sabato.

Nos reímos. Yo más que él. Creo que le encanta llamarse a sí mismo «un aborigen». El aborigen tenía a su derecha, a un par de metros, una pared toda biblioteca desde donde también debían sonreír las decenas de volúmenes de sus libros en diversos idiomas (cuarenta traducciones de *Sobre héroes...*, entre ellas la alemana, la japonesa, la albana). El aborigen sabe que, no hace mucho tiempo, una muy alta autoridad del comité de selección de los premios Nobel dijo que «Sabato es con creces merecedor al premio en Literatura, pero no tiene una gran cantidad de obras, ése es su problema». El aborigen sabe que, en ese caso, sería razonable darle el Nobel a Corín Tellado, por ejemplo, que escribió muchísimo. Pero el aborigen no dice nada, y ahora sonríe con su propia broma. Se levanta a las cinco de la mañana, sin despertador. Se acuesta a eso de las diez de la

noche. Pinta. Lee personal y trabajosamente cada una de las decenas de cartas semanales que llegan a su casa. Piensa en Matilde en forma permanente y rigurosa, como parece ser todo lo que él hace. Abre su propia mente y ayuda a abrir las de los demás. Ahora atiende el teléfono y lo escucho dar su autorización para que a una nueva biblioteca de no-sé-dónde le pongan su nombre, cosa que no es nueva para él. Saborea su caldo del mediodía y se queja un poco de algunos kilos que perdió porque cree que dejó con ellos también algo de la energía, lo cual no se nota. Antes de acompañarme hasta la puerta de su casa responde una última pregunta, de manera definitiva y sin vueltas.

—¿Puede decirse, don Ernesto, que de alguna manera el positivismo y el racionalismo científico son una forma de la ignorancia?

—Una forma muy perversa, presuntuosa y peligrosa de la ignorancia.

Quiero dejar en claro que, por un profundo respeto, transcribí todo el diálogo que acaban de leer con las palabras exactas de Ernesto Sabato. No existieron acomodamientos en las frases con el fin de que sonaran mejor al ser leídas. Están aquí tal como fueron saliendo del grabador, con la salvedad de algunos párrafos que eran personales y no hacían al tema. En el caso de Sabato es un placer transcribir lo que dice porque lo dice bello, pero no se lo tome como algo que haya escrito, para lo cual seguramente él hubiera construido la cosa con su estilo. Así es como Sabato habla. Ya sabemos como Sabato escribe. Lo importante para nosotros —y aquí queda impreso— es cómo Sabato piensa y siente.

Después de todo

La Gran Esperanza es mucho más que este librito que ahora, por el solo hecho de tenerlo ustedes en sus manos, ha ganado la categoría de libro. *La Gran Esperanza* es un sentimiento furioso de puro apasionado que todos tenemos dentro, y que está basado en experiencias de personas que no han dudado en regalar aquí lo mejor de sí mismas. En los primeros días de agosto de 1991 un cable de la agencia noticiosa ANSA cuenta textualmente: «Una mujer describe con detalles la sala de operaciones, los rostros de los médicos y los enfermeros, los colores de los cabellos y de los vestidos. La narración no tiene nada de extraordinario hasta que se descubre que la mujer es ciega de nacimiento y que lo que está describiendo es todo lo que ella “vio” durante un paro cardíaco y en condición de muerte clínica». Esto ocurrió en esa fecha en Roma, Italia, y, por supuesto, no tiene ningún tipo de explicación desde el punto de vista científico a secas. Si este libro sirvió para que ustedes sonrían ante la lectura de la noticia porque saben que hay otro tipo de explicación, este libro ha servido para algo.

Curiosamente, en la última página de *Más allá de la vida*, yo decía: «Tengo toda la sensación de que éste no es el final del libro sino el principio de algo que aún ignoro, pero que será bueno». Y así fue. La mayoría de esas cosas buenas se las debo a ustedes. Gracias. De todo corazón, gracias. Me han hecho sentir útil, y eso no es poco.

Permítanme repetir que «tengo toda la sensación de que éste no es el final del libro sino el principio de algo que aún ignoro, pero que será bueno».

Aquí llega la última frase que, por ser la más bella que conozco, reservé para cerrar estas páginas: Que Dios los bendiga.

Índice

Portadilla	4
Legales	5
Dedicatoria	7
Ante todo	10
1. Coqueteos con la muerte	15
2. Asombros y razones	25
3. El ángel del amor	33
4. Reacciones ante la muerte	41
5. Encuentros muy cercanos	51
6. La fe y la ciencia	58
7. El espectáculo debe continuar	71
8. Los códigos del Más Allá	79
9. Un caso muy particular	87
10. La luz, la luz	96
11. Más allá con los niños	104
12. Nadie puede explicar esto	114
13. Confianzas y desconfianzas	120
14. Algo está ocurriendo	129
Ernesto Sabato	138
Después de todo	149